
SU MENTIRA
Perfecta
EL CLAN GRAVITCH
LEONA WHITE

SU MENTIRA PERFECTA

LEONA WHITE

Copyright © 2026 por Leona White

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en reseñas de libros.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Lev
2. Vivika
3. Lev
4. Vivika
5. Lev
6. Vivika
7. Lev
8. Vivika
9. Lev
10. Vivika
11. Lev
12. Vivika
13. Lev
14. Vivika
15. Lev
16. Vivika
17. Lev
18. Vivika
19. Lev
20. Vivika
21. Lev
22. Vivika
23. Lev
24. Vivika
25. Lev
26. Vivika
27. Lev
28. Vivika
29. Lev
30. Epílogo

[También por Leona White]

SINOPSIS

Me secuestraron porque tengo la cara equivocada.

Dicen que me parezco a una reina de la mafia muerta.

No soy poderosa.

No soy peligrosa.

Solo soy una mujer que estaba en la calle equivocada.

Ahora la Bratva Gravitch es dueña de mi silencio.

Y Lev Gravitch es dueño de mi supervivencia.

Me entrena para caminar con autoridad.

Para hablar como si nunca hubiera suplicado por mi vida.

Para mentir sin pestañear.

Es frío. Controlado. Intocable.

El tipo de hombre criado para seguir órdenes—

incluso si terminan en sangre.

La proximidad forzada se vuelve volátil.

El miedo se confunde con el deseo.

Y empiezo a desear al hombre que vigila mi jaula.

Se supone que soy un cebo.

Una mentira perfecta destinada a empezar una guerra.

Pero el enemigo no se deja engañar.

Las armas ya están apuntando.

Si la verdad sale a la luz, moriré.

Si Lev me salva, lo traiciona todo.

Cuando la mentira se desmorone, tendrá que elegir…

la Bratva… o mi vida.

Nota de la autora: Una novela romántica de mafia oscura y de alto riesgo que incluye proximidad forzada, tensión de enemigos a amantes y un héroe ferozmente protector.

Sin infidelidades. Sin final abierto. Final feliz garantizado.

1

LEV

El asiento de cuero bajo mí conserva el frío de un marzo en San Petersburgo, y el escalofrío se filtra a través de mis pantalones y se instala en los músculos de mis muslos mientras Yuri tamborilea con los dedos en el reposabrazos en la parte trasera de su limusina. La mampara entre nosotros y el conductor permanece subida, con el cristal lo bastante grueso como para tragarse cualquier conversación que pudiéramos tener.

—Cabrón testarudo —murmura Yuri, obviamente frustrado por la reunión de la que acabamos de salir—. Cinco meses lleva desaparecida su hermana y no tiene autoridad. Y aún así, se sienta ahí diciéndome que las rutas pertenecen a su familia por derecho de nacimiento.

Mantengo los ojos en la ventana, observando cómo los escaparaces pasan borrosos, los toldos combados por la nieve húmeda que gotea sobre la acera. El fango derretido cubre las calles en montones grises, y toda la ciudad parece magullada bajo el cielo nublado.

—Yaros tiene miedo —digo—. Se aferra a esas rutas porque son lo único que mantiene a Kolar en la mesa. En el momento en que admita que Ana no va a volver, los Balcanes se marcharán.

—Entonces es un idiota —la mandíbula de Yuri se tensa, los músculos bajo su barba incipiente se flexionan mientras rechina los dientes—. Kolar ya está haciendo preguntas. ¿Cuánto tardará en decidir que Yaros le ha estado mintiendo todo este tiempo?

—Probablemente ya lo haya decidido —me giro desde la ventana para mirar a mi tío, notando las hebras plateadas en su pelo oscuro en las sienes, las callosidades en sus manos de décadas de trabajo que dejaron cicatrices tanto visibles como ocultas—. Pero Kolar necesita esas rutas tanto como nosotros. Esperará un poco más antes de hacer un movimiento.

—Y mientras tanto, Yaros se sienta en su trono fingiendo que su hermana va a entrar por la puerta cualquier día de estos —Yuri niega con la cabeza mientras el asco distorsiona sus facciones—. El hombre es un mentiroso de mierda.

—No tiene que ser bueno en ello. Tiene las rutas, y eso es lo único que le importa a cualquiera.

—Por ahora —los dedos de Yuri retoman su tamborileo contra el reposabrazos—. Pero el sindicato balcánico no va a jugar a ver qué pasa. Kolar hizo un trato con Ana, no con su hermano pequeño. Y Ana no ha dado señales de vida en cinco meses.

—Lo que significa que a Yaros se le está acabando el tiempo.

—Lo que significa que a todos se nos está acabando el tiempo —Yuri se gira para clavarme sus ojos gris acero—. Las rutas comerciales del sur no son calderilla, Lev. Sin ellas, nos estancamos.

La limusina gira hacia la Avenida Nevski, y el tráfico se densifica a nuestro alrededor mientras pasamos frente a las grandiosas fachadas de edificios que atraen a turistas. Pienso en Ana Veche, en los rumores que han circulado desde su desaparición. Algunos dicen que está muerta. Otros que huyó. Nadie lo sabe con certeza, y Yaros no habla.

—Necesitamos influencia —dice Yuri—. Algo que le fuerce a actuar. Sin ello, volvemos al punto de partida, mendigando migajas mientras él...

—Para el coche.

La mano de Yuri se congela a mitad del gesto, sus ojos grises se entrecierran mientras estudia mi rostro. —¿Qué?

—Para el puto coche —me inclino hacia delante, estirando el cuello mientras parpadeo varias veces para asegurarme de lo que estoy viendo.

Pulsa el botón del interfono y transmite la orden al conductor, y la limusina se acerca a la acera junto a una hilera de tiendas con sus persianas metálicas bajadas a medias. Mi inclinación hacia delante para ver mejor por la ventana me hace balancearme cuando el coche se detiene y el conductor lo pone en punto muerto.

—¿Qué pasa? —pregunta Yuri, llevando la mano hacia el bolsillo interior de su abrigo donde descansa su pistola.

—Al otro lado de la calle —señalo hacia la boca de un callejón donde dos figuras discuten junto a un puesto de comida—. La mujer del abrigo gris.

Ahora nos da la espalda, pero sé lo que vi. Su pelo castaño oscuro cae más allá de sus hombros en ondas sueltas que se mueven mientras gesticula ante un hombre con un abrigo grueso y un delantal. Su abrigo cuelga abierto a pesar del frío, y la disputa que mantienen ha puesto color en ambos rostros.

—¿Y qué hay de ella? —Yuri se inclina hacia delante, entrecerrando los ojos para mirar a través del cristal.

La mujer se da la vuelta, levantando las manos con frustración, y ahora no hay duda sobre sus rasgos. Pómulos altos bajo unos ojos verde claro. Labios carnosos apretados en una línea dura. El

parecido con nuestra desaparecida Donna Veche es increíble. Hace que mi pulso golpee con fuerza contra mi garganta.

—Joder —susurra Yuri, y sus ojos se abren tanto como siento que lo están los míos. Esto es increíble.

Ana Veche nos devuelve la mirada desde veinte metros de distancia.

Excepto que Ana Veche lleva desaparecida cinco meses y esta mujer lleva zapatos baratos con manchas de sal alrededor de las puntas. Ana Veche es la líder de un sindicato criminal que no ha conocido un solo día de pobreza en su vida, pero toda la apariencia de esta mujer apesta a clase baja. Aun así, su rostro es idéntico, la estructura ósea coincide a la perfección, pero todo lo demás sobre ella grita ordinario.

—Eso no es posible —murmura Yuri, pero no deja de mirarla. Incluso él puede ver el parecido asombroso. Quizás sus labios no sean lo bastante carnosos, y tal vez su pelo sea un tono demasiado claro—, ambas cosas que pueden rectificarse con un poco de ayuda.

Hace que mi mente empiece a funcionar.

—No es ella —mantengo mi tono plano incluso mientras mi mente corre—. Mira sus zapatos. Su abrigo. Su forma de comportarse. Ana Veche nunca se plantó en una esquina discutiendo con alguien que trabaja para ganarse la vida… —No, Ana tendría un soldado para hacer eso, y si se dignaba a cruzarse con alguien así, sería con asco.

La mujer empuja un puñado de rublos hacia el hombre y retrocede, cruzando los brazos sobre el pecho. Levanta la barbilla con desafío, y el ángulo solo hace el parecido más impresionante. Podría ser la gemela de Ana, separada al nacer y criada en un mundo completamente diferente.

—Entonces, ¿quién coño es? —pregunta Yuri.

—¿Importa? —No aparto la vista de ella mientras hablo, el plan ya tomando forma—. Querías ventaja. Ahí la tienes.

Yuri guarda silencio mientras su mente empieza a asimilar lo que estoy diciendo, y la mujer se aleja del vendedor y se ajusta el abrigo alrededor del torso mientras espera. Parece frustrada y molesta con él, pero no puedo oír de qué trata su discusión.

—Yaros ha pasado cinco meses mintiendo —digo—, diciéndole a todo el mundo que su hermana está viva y bien. No puede admitir que ha desaparecido porque en el momento que lo haga, Kolar se larga. Pero si Ana Veche reapareciera de repente—

—En nuestra custodia —termina Yuri, sus ojos grises agudizándose. Asiente porque empieza a entender la idea.

—Con pruebas de que su hermano ha estado mintiendo sobre su paradero. Yaros no tendría más remedio que negociar con nosotros o enfrentarse a la ira de Kolar y todo su ejército de hombres. —La idea empieza a asentarse en mi pecho como un peso de plomo. La repentina reaparición de Ana Veche obligaría a Yaros a producir a su hermana real o inevitablemente permitiría que las grietas formadas bajo sus alianzas se hicieran visibles al tener que admitir que algo le ha pasado a ella.

—No es Ana —gruñe Yuri, pero puedo ver lo cerca que está de ceder a mi idea.

—No tiene que serlo. Solo tiene que parecerse lo suficiente a Ana como para que Kolar se lo crea el tiempo suficiente para que acorralemos a Yaros. Para cuando alguien descubra la verdad, ya tendremos las rutas y la ventaja para conservarlas.

—Podría salir muy mal —dice, frotándose la mandíbula y mirándome con ceño fruncido. No es un hombre de asumir grandes riesgos, y con sus pérdidas en los últimos seis meses, no le culpo. Su hijo fue asesinado a sangre fría y casi pierde a su esposa por un cargo de asesinato.

—O podría jugar a nuestro favor… —No soy tan tonto como para creer que podemos llevarlo a cabo sin ningún contratiempo, pero si

lo único que hace es poner en alerta a Luka Kolar y su banda de inadaptados que, por alguna razón, eligieron alinearse con la familia Veche y no con nosotros, habrá valido la pena.

—Entonces es tu plan. Tengo demasiados asuntos entre manos para estar pendiente de algo así. —Se aparta de la ventana y se relaja en su asiento, y sé que tengo luz verde.

Si esa mujer se parece tanto a Ana Veche de cerca como de lejos, no tendré problemas para provocar a Yaros y convencer a Kolar de que coma directamente de mi mano. Y no habrá nadie alrededor para detenerme, porque mi instinto me dice que la verdadera Ana Veche está muerta en algún lugar y quizás su propia familia tuvo algo que ver con ello.

2

VIVIKA

El vapor del carrito de comida se enrosca en mi rostro, llevando consigo olores de carne chamuscada y grasa. Me duelen los pies y mis zapatos están arruinados, las bailarinas de cuero aún húmedas por el desastre del café de esta mañana. El vendedor no levanta la vista cuando me acerco. Está ocupado volteando salchichas en la parrilla con unas pinzas que raspan el metal y me crispan los nervios.

El humo ondea entre nosotros, y respiro por la boca para evitar que su espesor se me asiente en la garganta. —¿Cuáles están frescas? —pregunto.

Gruñe, sin mirarme aún a los ojos, y señala vagamente la fila de envolturas doradas que brillan bajo las lámparas de calor. Me inclino, examinando la hilera, tratando de encontrar una que no parezca reseca o excesivamente carbonizada.

El día ya me ha derrotado lo suficiente como para conformarme con comida callejera mediocre, y no pienso añadir otra decepción a la colección. Odio lidiar con clientes quisquillosos como aquel con quien terminé un amargo contrato de cuatro años por mi elección de

fuente. Es como si le hubiera ofendido personalmente escoger Arial en vez de Times New Roman.

Luego la representante de la aerolínea me informó que mi vuelo no saldrá hasta el jueves en lugar de esta tarde, lo que trastoca todo mi horario. Sin planes de estar en casa esta noche, tampoco tenía planeado cenar en casa, y eso significa que no hay comida en mi nevera. De ahí la comida callejera.

Presiono las yemas de los dedos contra mi sien, donde un dolor sordo lleva creciendo desde mediodía. Odio cuando mi vida no va según mis planes. He planeado cada segundo consciente de cada día de mi vida desde que tengo memoria, hasta la hora exacta en que haré pausas para ir al baño. Hasta los cambios más minúsculos resultan desconcertantes.

—Esa —digo, señalando una salchicha cerca del fondo de la parrilla, más oscura que las demás pero no quemada.

El vendedor finalmente me mira frunciendo el ceño como si le hubiera pedido lo imposible. —Esa no está lista —refunfuña con un marcado acento serbio.

—A mí me parece lista —replico, subiendo más el bolso sobre mi hombro. La correa se clava en el músculo, y la presión me provoca un dolor que recorre el brazo. Solo quiero conseguir esta comida y meterla en mi estómago para que deje de gruñir y doler.

El ruido callejero crece a nuestro alrededor—un autobús frenando con un silbido dos manzanas más allá, alguien gritando en ruso sobre aparcamiento, el lejano aullido de una sirena que atraviesa el aire. Pero el hombre ignora mi comentario y sigue volteando la carne en su parrilla mientras se seca el sudor de la frente con un pañuelo.

—¿Entonces cuál sí está lista? —pregunto de nuevo, irritándome.

Señala con las pinzas una salchicha cerca del frente. Está demasiado oscura y arrugada, claramente llevaba allí más tiempo del debido.

—No quiero esa —me burlo, frunciendo el ceño hacia él. Con tan poco tiempo para conseguir comida y volver al trabajo, no puedo ir vagando esperando encontrar otro vendedor por aquí.

Se encoge de hombros. —Entonces espere. —Suena grosero y despectivo, y siento cómo se me tensa la mandíbula como respuesta. El aire frío muerde mis mejillas, y me ajusto el abrigo alrededor del cuerpo, pero no consigue detener el frío que ya se ha filtrado por la tela y se ha instalado contra mis costillas. Mi estómago gruñe, y casi me dan ganas de irme.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto.

—Cinco minutos. —Su respuesta brusca viene acompañada de otra mirada de advertencia, y retrocedo del carrito, pero no me voy.

El vendedor murmura entre dientes, tan bajo que no puedo distinguir las palabras, pero el tono es claro. Está tan molesto conmigo como yo lo estoy con él. Me da la espalda mientras ajusta el calor de la parrilla, y el chirrido del metal contra el metal me pone los dientes de punta.

Pero tengo hambre, y la tienda de comestibles más cercana está a otras diez manzanas, y la idea de arrastrarme hasta allí después del día que he tenido me parece insuperable. Así que me quedo, cambiando de nuevo mi bolso de hombro y sintiendo el peso del portátil contra mi cadera. Por fin, el vendedor saca la salchicha que señalé de la parrilla, la deja caer en un envoltorio de papel y me la ofrece sin decir palabra. Intento cogerla, pero no la suelta inmediatamente; sus dedos agarran el envoltorio con tanta fuerza que tengo que tirar.

—¿Cuánto? —pregunto.

—Trescientos rublos.

Lo miro fijamente mientras mi mano sigue sobre el trozo de carne. —Eso es ridículo —murmuro, pero sé que si no suelto el dinero, no como, y necesito desesperadamente meterme algo en el estómago.

Ni siquiera parpadea. —Ese es el precio —refunfuña con voz débil, y entorna los ojos hacia mí mientras aprieta la carne como si esperara que saliera corriendo con su salchicha y lo estafara por unos cientos de rublos.

El calor de la comida atraviesa el fino papel, calentándome la palma de la mano, y pienso en dejarla de nuevo en su carrito y marcharme. Pero mi estómago vuelve a retorcerse, y la idea de llegar a casa y encontrar la nevera vacía toma la decisión por mí.

Saco la cartera, forcejeando con la cremallera, y cuento los billetes con los dedos entumecidos que no quieren cooperar con el frío. No es que esté forrada ni nada por el estilo, pero en verdad es carísimo. Por este precio, en casa podría comer doce salchichas.

Dejo el dinero en su palma de un manotazo y le fulmino con la mirada mientras vuelvo a envolver la salchicha sencilla con la mano. El vendedor coge el dinero sin agradecérmelo, lo mete en el bolsillo del delantal y se vuelve hacia la parrilla como si ya hubiera desaparecido mientras yo escudriño su carrito para ver si tiene salsa de tomate.

—Sus precios son un robo a mano armada —murmuro, más para mí que para él—. ¡No debería tener que regatear con viejos sucios por carne callejera a precio de oro! —Estoy enfadada y no me importa quién me oiga ni qué piensen de mí.

—Entonces no vuelva —replica sin levantar la vista—. Qué poca vergüenza. No es que esté insultando su cocina. Podría ser una salchicha muy deliciosa. Es solo que es demasiado cara, y la única razón por la que puede seguir cobrando tanto es porque pobres tontas como yo lo pagan.

Abro la boca para responder, pero antes de que pueda hacerlo, oigo el chirrido de neumáticos detrás de mí. El sonido es repentino y cercano, y me doy la vuelta; el instinto aparta mi cuerpo del ruido por miedo. Un coche negro se ha detenido en diagonal en la calle, con la parte delantera metida en el paso de peatones, y la puerta del

lado del pasajero se abre de golpe antes de que el vehículo se haya detenido por completo.

Un hombre sale corriendo directamente hacia mí, y mi cerebro lucha por procesar lo que veo. Es alto, ancho de hombros, y su abrigo se agita detrás de él mientras se mueve. Doy un paso atrás, y mi tacón se engancha en el pavimento irregular, haciéndome tropezar. Pero me veo acorralada entre el vendedor y el edificio que hay detrás de nosotros. La salchicha se me escapa de la mano, y el vendedor grita, pero las palabras no me llegan porque el hombre ya está delante de mí, y su mano se cierra alrededor de mi cintura.

Intento gritar, pero el sonido se ahoga en mi garganta, estrangulado por la conmoción y la presión repentina de su brazo que me aprisiona las costillas. Mis pies se despegan del suelo, y me encuentro agitándome de lado mientras él me levanta.

—¡No! ¿Qué estás haciendo? —Le doy una patada en la espinilla, pero no le frena ni un ápice. El pavimento pasa velozmente bajo mí, y luego estoy en el aire durante una fracción de segundo antes de que me suelte en el asiento trasero del coche.

Mi corazón se acelera y me siento mareada y frenética. El impacto en el coche me provoca un dolor punzante en el brazo que llega hasta el hombro, y me esfuerzo por incorporarme, resbalando mis manos sobre el material liso, pero antes de que pueda orientarme, el hombre se sube detrás de mí, bloqueando la puerta abierta. La puerta se cierra de golpe y el coche arranca bruscamente, tirándome contra el asiento. Oigo el rugido del motor, siento la vibración a través del suelo, y se me hunde el estómago cuando el coche acelera con fuerza, haciendo chillar los neumáticos de nuevo.

—¿Qué diablos acaba de pasar y quién coño son estos hombres?

3

LEV

La limusina arranca de la acera antes de que la puerta esté siquiera completamente cerrada, y la mujer cae con fuerza contra mí cuando el vehículo se incorpora al tráfico. Su codo me golpea en las costillas y yo gruño, agarrándola de los brazos para evitar que se sacuda, pero ella se retuerce en mi agarre con una fuerza que me sorprende. Su rodilla sube rápido, y apenas giro la cadera a tiempo para evitar que alcance algo valioso.

—¡Suéltenme! —Forcejea contra mí, su pelo oscuro azotándome la cara—. ¡Suéltenme de una puta vez!

—Sujétala bien —chista Yuri, y agarra sus piernas mientras ella patea hacia la mampara. Sus manos se cierran alrededor de sus tobillos y ella suelta un grito crudo y desesperado que me hace zumbar los oídos.

—¡Socorro! —chilla, su voz elevándose hacia la histeria—. ¡Que alguien me ayude!

—Amordázala —ordena Yuri mientras forcejea por mantener sus piernas inmovilizadas—. Si sigue gritando, al conductor le dará un infarto.

Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo, saqué mi pañuelo y lo desdoblé. La mujer vio lo que sostenía y sus ojos se abrieron como platos, su cuerpo retorciéndose con tanta violencia que Yuri perdió el agarre de uno de sus tobillos. Su bota le alcanzó en el hombro y él soltó un taco, agarrando su pierna de nuevo y presionándola contra el asiento con todo su peso.

—Por favor —jadea mientras se retuerce—. Por favor, no sé lo que quieren. No he hecho nada. Por favor, suéltenme.

—Quédate quieta —digo, y le meto el pañuelo entre los labios mientras se debate.

Sus gritos ahogados continúan mientras ato los extremos detrás de su cabeza, y las lágrimas brotan de sus ojos y le corren por las mejillas. El parecido con Ana Veche es aún más llamativo de cerca, aquellos ojos verde claro ardiendo de furia.

Por un momento, me pregunto si hemos cometido un terrible error, si en realidad es Ana y de alguna manera nos hemos topado con ella escondida a plena vista.

—Bridas de plástico —ladra Yuri, asintiendo hacia el bolsillo de la puerta—. Átale las manos antes de que le saque los ojos a alguien.

Cogí las ataduras de plástico de donde estaban guardadas y pasé una alrededor de sus muñecas, apretándola lo suficiente para sujetar pero no tanto que cortara la circulación. Ella me miró fijamente, pero esos ojos verdes que se parecen tanto a los de Ana no tenían nada de la arrogancia de Ana.

Ana nunca suplicaría ni lloraría. Se sentaría en silencio obsesionándose y planeando, esperando su momento para atacar, segura de que quien se atreviera a tocarla pagaría con su vida. Y Ana Veche habría tenido media docena de hombres armados hasta los dientes protegiéndola.

Esta mujer está genuinamente aterrorizada, temblando mientras los sollozos sacuden su pecho. No tiene ni idea de por qué está aquí o

quiénes somos. Y no tiene ni idea de que es un doble de una de las Donnas más notorias que existen.

—¿La tienes? —pregunta Yuri, soltando lentamente su agarre de sus piernas ahora que ha dejado de patear.

—Sí, la tengo… —Usé el dorso de la muñeca para secarme la frente, que estaba húmeda de sudor después de aquella lucha.

Él se retiró y volvió a su asiento mientras yo pasaba mi pierna sobre la suya para evitar que volviera a patearnos, pero parece que sabe que ha sido vencida. La lucha ha salido de ella ahora.

La mujer gimotea contra el pañuelo, con las manos atadas levantándose para presionar contra su pecho mientras se acurruca en el asiento entre nosotros. Sus ojos aún se mueven frenéticamente, pero los gritos también han cesado. Casi me da pena por ella, y quizás si me siento y lo pienso demasiado, lo haré. Pero cuando cae un rayo, no lo cuestionas. Quienquiera que sea, representa la oportunidad perfecta para ganar ventaja sobre Yaros y sus corruptos planes.

—¿Eres Ana Veche?

Ella negó con la cabeza en un movimiento espasmódico que hizo que nuevas lágrimas le corrieran por las mejillas. Entonces los gritos ahogados comenzaron de nuevo mientras arremetía con sus palabras. No importa lo que diga. Con esa mordaza puesta, nadie puede entender sus palabras. Pero capté la idea. No es Ana, y probablemente ni siquiera sabe quién es Ana.

—¿Sabes quién es Ana Veche? Asiente si me entiendes.

Esta vez, niega con la cabeza como si intentara entender el nombre.

—¿Has oído hablar alguna vez de la familia Veche?

Vuelve a negar, y la confusión en sus ojos es demasiado genuina para ser fingida. Si sigue temblando de miedo así, jamás pasará por

Ana y mi plan se irá al garete. Pero con un poco de entrenamiento y persuasión, quizá aún pueda funcionar.

Yuri la fulmina con la mirada y luego se vuelve hacia mí diciendo: —¿Crees que esta mujer va a hacerse pasar por una Donna? Cuando suelta una risotada oscura, me recuerda lo fácil que pueden fracasar estas cosas y que el fracaso no es una opción en este caso.

—Creo que lo tenemos difícil, pero estoy convencido de que puedo lograrlo. Mi tío es un poco mayor, un poco más sabio, pero tampoco es un temerario como yo. Y confío en mi poder de persuasión. Observo a nuestra cautiva y frunzo el ceño, evaluando ya cómo voy a abordarla para que coopere con nosotros.

Tiene razón. Si se resiste, podría llevar tiempo moldearla, pero la mejor obra de arte nace de la arcilla cruda.

Alargo la mano hacia su bolso, enredado en su chaqueta y brazo tras la lucha, y saco su cartera y su identificación. *Vivika Rozhkova* me devuelve la mirada con ojos desorbitados y una sonrisa hermosa, nada que ver con el desastre sentado frente a mí con rastros de rímel y ojos enrojecidos. Pero me maravilla cómo Dios la creó con una belleza tan intensa. Servirá.

—Tú... no nosotros. Yo no formo parte de esto. Lo lograrás por tu cuenta o fracasarás por tu cuenta, y yo seguiré buscando otra forma de llegar a Rumanía. Yuri mete la mano en el bolsillo y saca su móvil, dando por terminada nuestra conversación, y yo observo a la señorita Vivika Rozhkova, preguntándome por dónde empezar con ella.

Cuando llegamos a la finca de Yuri, Vivika está más tranquila. Sus lágrimas han cesado, probablemente porque dejé de interrogarla y entiende que no estoy aquí para matarla. El coche se detiene frente a la puerta principal, y abro la portezuela sin esperar a que el conductor lo haga por nosotros. Antes de dar dos pasos fuera, Vivika ha desaparecido, corriendo calle abajo y resbalando en la nieve fangosa.

Perseguir a una mujer histérica es lo último que pensaba hacer hoy, pero no me queda opción. Es nuestra salvación y ha visto nuestras caras. Salgo disparado tras ella y la atrapo por el codo, pero sigue forcejeando hasta que la alzo sobre mi hombro y sujeto sus rodillas contra mi pecho con un brazo.

Patea y pierde un zapato, pero lo dejo allí; el conductor corre a recogerlo mientras yo avanzo hacia la puerta principal, donde Yuri ya ha desaparecido dentro de su casa. Vivika golpea mi espalda, gritando contra la mordaza hasta que la deposito en el suelo y la miro fijamente, pero no la suelto ni un segundo.

—Adentro —gruño, y la guío hacia la puerta agarrada firmemente del codo.

Vivika gimotea, pero obedece mientras pasamos por el despacho de Yuri a la izquierda, su salón a la derecha, y bajamos por el pasillo hasta la habitación reservada para momentos como este. No es la primera vez que hemos tenido que tomar medidas tan extremas.

La conduzco a la habitación y noto lo torpemente que camina con un tacón puesto y otro no. Nunca en mi vida había sentido un remordimiento tan punzante. Vivika no ha hecho nada para merecer esto. Cuando tomamos medidas drásticas así, siempre es porque el objetivo es una amenaza para nosotros. Pero ella es inocente y no tiene ni idea de en qué la han metido.

—Te quedarás aquí —le digo suavemente, sin disfrutar del aguijonazo de culpa que siento—. Te traeré comida y agua. Si necesitas algo, llama a la puerta.

Alargo la mano y le desato el pañuelo de detrás de la cabeza; ella jadea aliviada. Tiene la boca roja y seca por la seda, y la abre para hablar, pero yo alzo una mano.

—No grites. No hay nadie que pueda oírte, y solo te dolerá la garganta.

Me observa durante un largo instante con el pecho palpitante, pero luego formula la pregunta que estaba esperando: —¿Por qué estoy aquí?

—Eso no me corresponde explicártelo ahora.

—Por favor —le tiembla el labio y más lágrimas resbalan por sus mejillas—. No lo entiendo. No he hecho nada malo. Solo soy... una don nadie. Soy traductora. No tengo dinero. Por favor, tiene que haber algún error.

—No hay error, Vivika. Estás aquí por un motivo. Retrocedo un paso, pero veo que no se rendirá fácilmente. ¿Quién lo haría? Acabamos de secuestrarla en la calle y amordazarla. Por supuesto que está conmocionada, furiosa y muerta de miedo.

—¿Entonces por qué? —Ella avanza hacia mí mientras yo retrocedo, y sus manos atadas se elevan al pecho como si rezara—. ¿Por qué yo? ¿Qué queréis de mí?

No soy un hombre blando, pero al mirar sus ojos suplicantes casi estoy dispuesto a dejarla ir. Pienso en las mujeres de esta familia, mi hermana y algunas primas, y en el fondo de mi mente, espero a Dios que el karma no exista. Pero aún no puedo responderle. Necesito ordenar mis pensamientos y encontrar la manera de convencerla de por qué está aquí y cómo puede ayudarle sin provocar que se rebele.

Así que salgo y cierro la puerta tras de mí, escuchando sus golpes contra la madera después de haberla cerrado con llave y alejarme.

Yuri me espera en el despacho de abajo, con una copa de vodka ya en la mano. Han encendido el fuego en la chimenea, y me acerco a calentar las manos un momento. Luego me sirvo una copa de la botella en el aparador y me acomodo en la silla frente a mi tío.

—¿Está segura? —pregunta.

—Sí —refunfuño, aún rumiando por qué mi conciencia se debilitó tanto cuando me miró.

—Bien. —Remueve el vodka en su copa, observando cómo el líquido atrapa la luz del fuego—. Ahora hablemos de cómo vas a lograrlo...

—Hay que prepararla —digo, yendo al grano—. Si queremos hacerla pasar por Ana Veche, necesita aprender a caminar, hablar y comportarse. Debe conocer suficiente sobre la familia Veche para responder preguntas básicas sin delatarse. Ahora mismo es una mujer aterrorizada que jamás había oído ese nombre. Eso no engañará a nadie.

—¿Qué necesitas?

—Información. Todo lo que tengamos sobre Ana: fotografías, grabaciones, informes de sus hábitos y gestos. Cuantos más detalles, mejor. —Doy un sorbo al vodka, dejando que el ardor se asiente en mi garganta—. Y necesitaré argumentos para convencerla de cooperar. No va a colaborar voluntariamente, al menos al principio. Debo ofrecerle algo que le compense el esfuerzo.

Yuri entrecierra los ojos y gira hacia el fuego, observando las llamas lamer la leña. —Prométele lo que sea necesario. Dile que saldrá de esto más rica de lo que jamás soñó, si hace falta... —Bebe su vodka y luego me mira al continuar—. Dile cualquier cosa que la haga cooperar.

—¿O sea que le miento? —En situaciones así, rara vez sobrevive el cautivo. Conozco su forma de pensar. Si es útil, se queda, ¿pero por cuánto tiempo? Aprenderá cosas sobre esta familia y nuestros enemigos que podrían usarse contra nosotros. Claro que, en ese caso, será más fácil acabar con ella cuando termine todo. Al menos no me sentiré tan culpable. O eso espero.

—Depende de lo útil que resulte. —Se inclina apoyando los codos en las rodillas, con la copa colgando entre los dedos—. Pero entiende esto, Lev. Ahora esa mujer arriba es solo una herramienta.

Únicamente nos sirve mientras cumpla nuestro propósito. En cuanto se convierta en un lastre en vez de un activo, nos lavamos las manos.

No necesita explicar más.

Sé perfectamente qué significa lavarnos las manos. Si esto sale mal, solo hay una forma de garantizar nuestra seguridad.

—No será un lastre —digo—. Me encargaré de ello.

—Asegúrate. —Yuri apura el vodka y deja la copa en la mesilla junto a él—. Y no la pierdas de vista ni un segundo. Hasta que esto termine, es tu responsabilidad. Si las cosas se tuercen, será tu problema que resolver.

—Lo entiendo.

—¿De verdad? —Sus ojos grises me taladran, buscando cualquier rastro de debilidad o vacilación—. Porque necesito que lo comprendas completamente. Hay demasiado en juego para errores. No me falles.

—No lo haré —respondo, y lo digo en serio—. Te doy mi palabra.

Lo observo levantarse y dirigirse a la puerta. Oigo pasos suaves fuera y luego el fugaz rostro de su esposa sonriendo mientras lo abraza al salir. Entonces la puerta se cierra y me quedo solo con el crepitar del fuego y mis pensamientos.

Vivika Rozhkova podría convertirse en uno de los mayores desafíos de mi vida, pero no voy a eludirlo. Cada miembro de esta familia tuvo su rito de paso, el momento de elegir lealtad familiar sobre conciencia, y esto me pondrá a prueba.

Me levanto, bebo el vodka de un trago y paseo frente al fuego. El primer paso será informarle por qué está aquí y cuál es mi plan. Luego, según su respuesta, podremos entrenarla... o quizá necesite persuasión.

En cualquier caso, tengo poco tiempo para lograr un pequeño milagro.

Y no soy Dios.

4

VIVIKA

Techo sobre mí se arremolina en patrones que mis ojos recorren una y otra vez mientras yago aquí contemplándolo. No entiendo qué me está pasando ni por qué estoy aquí, y no me gusta cómo estas bridas se clavan en mis muñecas y dan la sensación de que me están cortando las manos.

Estoy cansada, pero sé que es por la adrenalina y el cortisol que recorren mis venas. También siento como si hubiera estado tumbada aquí durante horas, intentando asimilar por qué esos hombres me habrían secuestrado en la calle y por qué el puñetero vendedor de comida salió corriendo en lugar de ayudarme. ¿En qué se está convirtiendo este mundo? ¿Y qué importancia puedo tener yo para un hombre de negocios en su limusina?

Quienquiera que sea Ana Veche debe ser importante para ellos como para creer que yo soy ella. Estoy segura de que es un error y de que, cuando se den cuenta de que no soy ella y que no sé quién es, me soltarán. Pero sigue siendo aterrador. No tengo ni idea de dónde estoy ni quiénes son ellos, y solo quiero volver a casa, a mi aburrida vida.

Un golpe en la puerta me hace estremecerme, y todo mi cuerpo se pone rígido al girarme para observar cómo gira el pomo.

—¿Señorita? —pregunta una mujer con voz suave y titubeante—. Voy a entrar.

El pestillo hace clic y la puerta se abre para mostrar a una mujer mayor con cabello plateado recogido en un moño pulcro. Lleva una bandeja en las manos, de la que sale vapor de un cuenco con algo, y sus ojos marrones son amables al entrar en la habitación y cerrar la puerta tras ella con la cadera.

—Le he traído comida —dice mientras deja la bandeja en la mesita junto a la cama—. Debería comer. Mantenga las fuerzas.

Me incorporo y miro a la mujer mientras la esperanza florece en mi pecho. Ella no es de los otros. Es una criada, quizá una ama de llaves, alguien que trabaja aquí pero no forma parte de todo este asunto. Tal vez pueda ayudarme.

—Gracias —murmuro suavemente y le sonrío—. Gracias por la comida.

La mujer asiente con la cabeza y mira mis manos atadas, chasqueando la lengua con gesto de reprobación. Es la primera señal en todo este jodido lío de que alguien, además de mí, se da cuenta de que esto está mal.

—Por favor —digo, alargando la mano para tocarle el brazo—. Por favor, tiene que ayudarme. No sé por qué estoy aquí. No he hecho nada malo. ¿Puede ayudarme a salir? ¿Hay algún teléfono que pueda usar, o alguna puerta sin cerrojo, o...—

—Lo siento —responde, negando con la cabeza mientras retira suavemente el brazo de mi agarre—. No puedo hacer nada por usted. Podría quitarle las...—

—Pero usted podría...—

—No puedo —afirma con firmeza—. Lo siento, señorita. De verdad que lo siento. Pero no está en mi mano hacer nada.

Luego suspira hondo y mete la mano en el bolsillo, de donde saca un abrecartas. Hace un gesto y yo le alargo las manos. Si la golpeara con fuerza, podría salir corriendo por esa puerta y escapar, pero mi conciencia nunca me permitiría hacerlo. Ella no es quien me secuestró, y no quiero hacerle daño a una anciana.

Así que permanezco sentada y la dejo trabajar con el abrecartas hasta que las bridas se rompen y mis manos quedan libres. Me froto las muñecas, sonriéndole con tristeza mientras ella retrocede. Siento cómo la esperanza se desvanece tan rápido como llegó. No va a ayudarme. No puede o no quiere. Estoy atrapada aquí, y nadie va a venir a rescatarme porque el resto del mundo cree que esta noche tomé un avión para salir del país durante dos semanas.

—¿Necesita algo? —pregunta la mujer con suavidad, mientras sus ojos se estrechan con preocupación. Se preocupa aunque no pueda hacer nada. Me pregunto si también será prisionera. —¿Algo que pueda traerle?

Bajo la cabeza y tiemblo levemente. Esta falda y blusa son demasiado finas para el clima. Me encantaría tener unos pantalones de chándal y una sudadera, o al menos un par de calcetines para abrigar los pies. Aunque supongo que mis captores ni siquiera quieren tratarme como a un ser humano.

—Ropa —digo—. ¿Qué se supone que debo ponerme?

La mujer asiente. —Hablaré con el señor Gravitch al respecto y veré qué puedo hacer.

—¿Cómo se llama? —pregunto.

Me ofrece una pequeña sonrisa triste. —Me llamo Rosa. Volveré cuando pueda.

No hay mucho más que decirle. Si no va a ayudarme a salir de aquí, no es una aliada. Así que vuelvo a sentirme completamente sola, aunque al menos ahora tengo comida.

Cogo la cuchara e intento comer, pero mi estómago es un nudo de ansiedad y miedo, y la sopa sabe demasiado sosa. Consigo tomar unos bocados, suficientes para evitar que mi cuerpo colapse por completo, y entonces aparto el cuenco y me siento al borde de la cama con la cabeza entre las manos.

Siento como si cada célula de mi cuerpo hubiera perdido toda su energía. He perdido un zapato, me palpita la cabeza con una migraña inminente, y los pies me helaron tras aquel paseo por la nieve. Además, me siento asquerosa, sudorosa y sucia.

Había oído antes el nombre Gravitch, pero no sabía que ese era el dueño del coche en el que me metieron. Si el señor Gravitch es uno de los que me secuestraron, y esta es su casa, y esa era su ama de llaves, entonces esto es grave. Mi mente empieza a inventar historias más aterradoras que la de ser arrastrada por la calle.

Gravitch es un nombre que todos en esta ciudad conocen. No es de extrañar que fueran en una limusina con trajes caros. La Bratva gana millones de dólares a costa de la gente que extorsiona o manipula. Así que si son Bratva, ese tal Ana Veche debe ser algún tipo de enemigo suyo.

Tengo que ser inteligente.

Mi primer instinto es gritar, luchar y arrojarme contra la puerta hasta que alguien me deje salir, pero eso no va a funcionar. Esos hombres no se van a conmover con histerias. Cuando me puse nerviosa en el coche, solo me ataron y amordazaron. Son matones sin corazón a los que les da igual quién soy o lo inocente que sea.

Esto es demasiado. Siento una sobrecarga emocional, y debo sacudir mi sistema nervioso para ponerlo en orden o tendré otro ataque de pánico. Paseo un rato, pero eso solo me altera más, así que me

dirijo al baño y empiezo a quitarme la ropa. Una ducha caliente siempre me ayuda a relajarme cuando estoy tensa, y sé que es justo lo que necesito para calmarme y pensar con claridad.

El agua se calienta casi al instante, y tras mirar el cardenal del brazo donde me agarró ese bastardo, entro y ajusto la temperatura hasta que está lo suficientemente caliente como para ponerme la piel rosada.

Luego me quedo bajo el agua caliente y dejo que arrastre el pánico hasta poder pensar con claridad. No cambiará mi situación, pero quizá me ayude a calmarme lo suficiente para decidir qué hacer.

La presión del agua es débil pero la temperatura es buena, y coloco la cara bajo el chorro con un exhalo tembloroso que libera parte de la tensión acumulada en los hombros. El calor penetra en los músculos, aflojando los nudos, y cierro los ojos permitiéndome imaginar por un momento que estoy en casa, en mi propio baño, sin otra preocupación que decidir qué cenar.

Pero como todo lo bueno en la vida, no dura lo suficiente. Apenas me he relajado cuando el agua empieza a enfriarse. Es solo otra cosa más para añadir a mi creciente lista de quejas, que pienso mencionar en cuanto uno de esos imbéciles abra la puerta.

Cierro el grifo y cojo la toalla del perchero junto a la ducha para envolverme. Exprimo el agua del pelo, pero me detengo al oír ruidos en la otra habitación. Alguien se mueve allí. Oigo el tintineo de la cuchara en el cuenco y pasos. Me esfuerzo por distinguir si la pisada es masculina o femenina, pero sin haber oído antes los sonidos de esta casa, no tengo referencias. Decido evitar el pánico.

Tiene que ser Rosa, que vuelve con la ropa limpia.

Empujo la puerta del baño y salgo, todavía goteando, y me quedo helada al ver quién está junto a la cama.

No es Rosa.

Es el hombre que me secuestró, y me hace estremecer mientras me aferro a la toalla alrededor de mi cuerpo.

Se gira al oír mis pasos, y sus oscuros ojos descienden para contemplar la toalla que me envuelve, las gotas de agua que aún perlaban mis hombros desnudos. Cuando sus ojos encuentran los míos, algo cambia en su expresión que hace que mi estómago se contraiga. Me mira como si fuera un pedazo de carne cruda sobre el que decide dónde hincar el diente.

—Te he traído ropa —dice, pero no hay nada amable en su voz, como en la de Rosa. Este hombre suena salvaje y bestial, y sus ojos me recorren por segunda vez mientras sus pupilas se dilatan de lujuria. Hace que se me forme un nudo en el pecho.

Lo único que puedo hacer es quedarme plantada goteando sobre el suelo de madera, con el corazón latiendo tan fuerte que lo siento en la garganta. Coge un montón de ropa de los pies de la cama y me la ofrece, y no me queda más remedio que dar un paso adelante y cogerla de sus manos. Nuestros dedos rozan al sujetar la tela y me aparto de un respingo, apretando la ropa contra mi pecho junto a la toalla, lo único que separa sus miradas de mi cuerpo desnudo.

—Te guste o no —dice, sus ojos oscuros clavados en los míos—, vas a trabajar para mí durante un tiempo. Vas a desempeñar un papel muy importante. Vas a convertirte en Ana Veche.

—No sé quién es.

—Lo sabrás. —Inclina la cabeza, estudiando mi cara con detenimiento.— Aprenderás todo lo que necesitas saber sobre ella. Cómo anda. Cómo habla. Cómo se comporta. Y cuando yo termine contigo, nadie podrá notar la diferencia.

—¿Quién es usted? —pregunto, pero he de aclarar mi garganta para articular las palabras.

—Lev —responde. Retrocede, dándome algo de espacio, pero sus ojos no dejan de devorarme. Normalmente, si un hombre me mirara

así, me excitaría, pero estoy demasiado asustada para pararme a notar lo diabólicamente guapo que es.

Mi garganta se nota apretada y las palabras se atascan al intentar forzarlas. —¿Podré volver a casa alguna vez?

Me mira un largo instante mientras aprieta los dientes y los rechina, antes de decir: —Si haces bien tu papel, quizá te deje marchar.

¿Qué coño significa eso? Mi conciencia grita internamente, pero no quiero que me vuelvan a atar. Me muerdo la lengua y en su lugar lloro.

—Vístete —ordena—. Intenta descansar. Mañana empezamos el entrenamiento.

Da media vuelta y sale de la habitación sin añadir palabra. La puerta se cierra tras él, seguida por el ya familiar sonido del cerrojo al echarlo. Me quedo allí, sujetando la ropa contra mi pecho.

En cuanto se marcha, me invade el alivio. Es como si su mera presencia obligara a mi cuerpo a entrar en estado de lucha o huida. Ni siquiera me ha tocado ni amenazado. Si acaso, el intercambio ha sido civilizado, pero sigo encerrada aquí y muerta de miedo.

Dejo la ropa sobre la cama, luego dejo caer la toalla y empiezo a revisar las telas caras. Parece que quienquiera que sea Ana Veche, tiene gustos de lujo.

El camisón de noche es de seda cien por cien y lleva pantaloncitos a juego. Parece que incluso ha hecho que me lo ajusten a medida. Al ponérmelo, siento como si me sumergiera en un mar de comodidad. La tela se desliza sobre mi piel.

Al mirarme al espejo, no me reconozco. Jamás he visto algo tan caro en mi vida. ¿Qué diablos pasa, y por qué quiere que interprete a esa mujer misteriosa? ¿Por qué no va directamente a buscarla y que ella misma actúe?

No hay forma de que vaya a dormir esta noche después de todo lo ocurrido, pero aun así me meto en la cama y me cubro con las mantas. Hace frío y me estoy temblando, así que me dispongo a calmarme del todo e intento pensar una salida de esto.

Tengo que recordarme que estoy a salvo y que no me han hecho daño.

Saldré de esta y volveré a casa, y cuando lo haga, tal vez me vaya a vivir muy, muy lejos de aquí.

5

LEV

En el instante en que la cerradura hace clic, aparto la mano del pomo como si me quemara. Vivika está jodidamente buena, y casi pierdo el control al verla con nada más que esa toalla y gotas de agua en su pecho y brazos. Me miró como si yo fuera un depredador y ella la presa, y no se equivocaba.

La deseé. Casi me abalancé sobre ella y la tomé también. De no ser por mi necesidad de usarla para ayudar a esta familia a arreglar sus mierdas, habría encontrado la manera de tenerla. Me costó un mundo mantener la expresión calmada y darle la ropa. Pero joder si no pasé cada segundo imaginando cómo se sentiría estar enterrado dentro de ella.

Dios, soy un hombre débil.

Paseo durante unos minutos intentando quemar la energía nerviosa, luego me acomodo en la silla fuera de su puerta, me recuesto y cierro los ojos. Mi sangre todavía corre caliente, mi polla medio tiesa, y respiro hondo obligándome a pensar en algo que no sea la mujer al otro lado de esa puerta cerrada.

Tengo que verla como una herramienta que se usa y guarda al terminar. No puedo permitirme considerarla otra cosa, sin importar lo

buena que se vea en toalla. Pero joder si no quiero descubrir qué sonidos hace cuando un hombre le pone las manos encima. Solo sé que para conseguir que coopere y convencerla de interpretar a Ana Veche y joder a Yaros, debo jugar bien mis cartas.

No puedo ir por ahí medio excitado dejando que mis hormonas decidan por mí.

Saco el móvil y abro el navegador, desplazándome por los resultados de búsqueda que guardé antes. He estado investigando sobre ella usando el documento de identidad de su bolso. Vivika Rozhkova es una traductora autónoma de veintiséis años especializada en lenguas raras y antiguas. Dirige su propia pequeña empresa y ha trabajado para diplomáticos y dignatarios. Cuanto más leo sobre ella, más impresionado estoy.

La mujer ha traducido textos antiguos para museos europeos y trabajado con equipos arqueológicos en documentos tan viejos y frágiles que la mayoría de traductores no tocaría. Ha manejado comunicaciones sensibles para políticos de alto nivel que requerían autorizaciones de seguridad que la mayoría ni sabe que existen. Su lista de clientes es como un quién es quién político: gente con dinero, poder y conexiones transcontinentales.

Examino su perfil profesional, anotando los idiomas que habla—ruso, inglés, francés, alemán, latín, griego antiguo y otros cuantos. Es brillante, una auténtica tiburona en lingüística. El tipo de persona que buscan por su talento y relaciones con gente importante. Significa que sabe manejarse bajo presión.

Y significa que es lo bastante lista para aprender lo necesario de mí, lo bastante sofisticada para moverse en círculos de élite sin delatarse, y lo bastante hermosa para hacer que los hombres crean lo que ella quiera. Es perfecta para esto. Más perfecta de lo que pensé cuando la vi en aquella esquina.

Sigo desplazándome, examinando fotografías. En todas va vestida con sencillez y recato, pero ya lleve traje de pantalón o vestido

ceñido, resulta tentadora. No parece darse cuenta de lo impactante que es, o quizá no le importa, y es increíble que nadie haya notado su parecido con Ana Veche.

Su estructura ósea es idéntica; la coloración tan similar que un buen estilista podría igualarla. Pónle la ropa de Ana, enséñale sus gestos, y engañaría a cualquiera que no haya pasado años junto a la Donna.

Cuando suena mi móvil mostrando el número de Dimitri en una franja superior, deslizo para contestar.

—¿Qué pasa?

—Tenemos un problema —la voz de mi tío suena tensa y frustrada—. Movimientos de Veche cerca de Bielorrusia. Están desplegando hombres en las rutas fronterizas.

—¿Qué clase de movimientos?

—Intentan cortar nuestros envíos de armas por su ruta. Si bloquean esas rutas, perdemos la mitad de nuestra cadena de suministro.

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz, sintiendo cómo se me forma un dolor de cabeza detrás de los ojos. Los Veche han sido una espina en nuestro costado durante años, pero esto es una escalada. Yaros está haciendo alarde de los pocos músculos que le quedan, intentando demostrar que todavía puede jugar en la liga de los grandes incluso sin su hermana que lo respalde. Y que ocurra justo después de la reunión que tuvimos esta mañana lo convierte en una bofetada. Está respaldando su negativa a ceder invadiendo lo poco que nos quedaba allí.

—¿Cuánto tiempo falta para que estén en posición?

—Días, quizá una semana como máximo —Dimitri hace una pausa—. Yuri tiene que enterarse de esto.

—Se lo diré yo.

—¿Qué vamos a hacer?

Solo necesito un poco más de tiempo para preparar a Vivika y empezar a ejecutar nuestro plan. Pero eso no ocurrirá si Yaros escala al punto de declarar la guerra antes de que yo tenga oportunidad de entrenarla.

—Vamos a contraatacar —digo—. Con contundencia. ¿Los Veche quieren jugar? Les daremos un juego que no puedan ganar.

—¿Cómo?

—Te lo explicaré cuando te vea. Ahora mismo necesito que sigas vigilando esos movimientos. Avísame si hay algún cambio.

—Así lo haré —dice antes de colgar.

La línea se corta y me quedo sentado mirando el teléfono en mi mano. Yaros está haciendo su jugada, intentando consolidar poder y demostrarle a Kolar y al resto del sindicato balcánico que sigue siendo una fuerza a tener en cuenta incluso sin Ana. Está desesperado, y los hombres desesperados hacen tonterías.

Pero también los que no tienen nada que perder.

Me levanto y me dirijo al despacho de Yuri para ver si ha vuelto del recado que le mandó Inessa. Las noticias de Dimitri cambian las cosas. Tenemos que preparar a Vivika antes, presionarla más, convertirla en una Ana Veche convincente antes de que Yaros tenga oportunidad de consolidar su posición. Si esperamos demasiado, le daremos tiempo para cortar nuestras rutas de suministro y fortalecer sus alianzas, y perderemos nuestra ventana.

Vivika es nuestra única baza en esta situación. Él posee los derechos de esos pasos gracias a su hermana. Ana bien pudo haber llegado a un trato con nosotros para quedarse un porcentaje de nuestros beneficios a cambio del acceso a las rutas, pero Yaros es un necio obstinado. Cree que puede asfixiar nuestro comercio y así cortarnos y estrangular a toda la organización, y se equivoca.

Vivika es nuestra oportunidad de abrir la familia Veche para tomar lo que necesitamos. Aún no lo sabe, pero está a punto de convertirse en la pieza más importante del tablero. Y si nos ayuda, podría salir de esto como una mujer muy rica. O muy muerta si las cosas salen mal. Solo el tiempo lo dirá.

Encuentro a Yuri en su estudio con una copa de vodka en la mano y un mapa de las regiones fronterizas extendido sobre su escritorio. Alza la vista cuando entro y se le nota cansado. Meses luchando contra el régimen Kozlov y persiguiendo a los asesinos de su hijo lo han desgastado. Cada vez que logramos una victoria —como eliminar a un testigo que podría haber metido a su mujer en prisión de por vida— retrocedemos unos pasos con otro ataque. Es como si el universo siguiera dándonos de hostias, y empieza a pasar factura a todos.

—Ha llamado Dimitri —digo—. Los Veche están avanzando sobre Bielorrusia. Se están posicionando para cortar por completo nuestras rutas de armas.

Yuri aprieta la mandíbula y los músculos bajo su barba de varios días se tensan. Deja su copa y se inclina sobre el mapa, donde sus dedos trazan las rutas que conectan nuestras operaciones con los proveedores de los que dependemos.

—¿Cuánto tiempo?

—Días. Quizá una semana.

—Maldita sea —se endereza y se pasa una mano por el pelo. Las canas en sus sienes nunca han sido más evidentes—. Yaros se está volviendo más osado.

—Así es, y tenemos que responder con contundencia… —me acerco a él mientras él me mira con los ojos entornados.

Yuri me mira con una ceja alzada. —¿Tienes un plan?

—Sí…

Cuando todo se alinea a la perfección, la Tierra se sitúa en la sombra de la luna mientras el sol se eclipsa. Ahora mismo Yaros brilla porque cree que tiene autoridad para hacerlo. Pero cuando el sol salga sobre el territorio Gravitch, toda la familia Veche verá lo que ocurre durante un eclipse.

Luka Kolar será iluminado. Yaros Veche caerá, y todos los que llevan sangre Gravitch corriendo por sus venas celebrarán que hemos derribado a quienes pretendían acabar con nosotros.

—Y implica a Ana Veche… —le digo, acomodándome frente a él en su escritorio mientras él toma asiento.

Usar a Vivika para interpretar un papel en esto se ha convertido en una espada de doble filo. Cuando le diga a Yuri lo que pienso, entenderá por qué Ana Veche es la clave para solucionar todos los problemas de nuestra organización. Y cuando ejecutemos este plan, nunca más tendremos que preocuparnos de si nuestros intercambios saldrán bien.

Lo único que quedará después será perseguir a los últimos hombres que intentaron eliminarnos, y sé que Dimitri puede encargarse de eso por su cuenta.

6

VIVIKA

Despierto en la tercera mañana de mi cautiverio con un plan ya formándose en mi mente.

La luz que entra entre las cortinas me indica que es temprano, quizá las seis o siete, y me quedo quieta un momento escuchando los sonidos de la casa. Oigo el lejano traqueteo de cacharros y el zumbido de música procedente de algún sitio, probablemente Rosa preparando el desayuno para quien esté aquí.

Me deslizo fuera de la cama y me visto rápido, poniéndome los vaqueros y el jersey que Rosa me trajo ayer. Los vaqueros son de diseñador, ajustados a la perfección a mis caderas y muslos, y el jersey es de cachemir, tan suave que parece llevar puesta una nube. Son solo más elementos del atrezo, como el montón inicial de ropa que Lev arrastró aquí para hacerme parecer cada vez más ese personaje de Ana. Estoy empezando a odiar todo sobre esa mujer a la que nunca he conocido.

Los únicos zapatos que tengo son las baratas zapatillas de ballet de lona que llevaba el día que me secuestraron. Están arañadas y manchadas por el fango de la entrada cuando una se cayó.

Desentonan junto a todo este lujo, pero son el último pedazo de mi vida real que me queda.

Me las pongo y camino hacia la ventana.

Ayer llovió desde la mañana hasta bien entrada la noche con una llovizna constante y fría. Me quedé aquí varias veces mirando hacia afuera los constantes regueros de agua que bajaban por los cristales deseando que hiciera buen tiempo. El enrejado que vi el primer día habría estado resbaladizo y peligroso con la lluvia, y habría caído rota algo.

Pero esta mañana, las condiciones son perfectas para que me deslice por esta ventana y más allá de las vides muertas que serpentean por la madera ajada. El enrejado está justo ahí, quizá a un metro a la izquierda de mi ventana, lo bastante cerca como para que pueda alcanzarlo si me inclino lo suficiente. Desde allí es un camino directo al suelo, unos cuatro metros y medio, y entonces corro y me esfumo en el campo antes de que nadie sepa que me he ido.

Sé que es un plan de mierda. Pero es el único plan que tengo, y prefiero morir intentando escapar con un plan de mierda que quedarme sentada aquí esperando a descubrir qué tienen preparado para mí estos hombres. No quiero fingir ser otra, ni siquiera un segundo. Quiero volver a casa y quiero contarle a la policía sobre estos psicópatas para que no puedan hacerle esto a otra mujer inocente.

Desbloqueo la ventana y la empujo para abrirla, y al instante me estremezco. No tengo mi abrigo y el aire frío me azota. Mi aliento se empaña cuando me inclino y calculo la distancia al enrejado. Está más lejos de lo que parecía desde dentro. El hueco entre el alféizar y el listón de madera más cercano es de al menos un metro veinte, quizá más, y no hay más que aire vacío bajo mí. Esto no es un plan de mierda. Esto es una puta trampa mortal, y estoy entrando en ella voluntariamente.

—Puedo hacerlo —me animo.

Paso una pierna por encima del alféizar, con mi zapatilla de ballet colgando en el aire, y me agarro al marco de la ventana con ambas manos. Mi corazón late tan fuerte que siento que podría hacerme perder el valor, y mis palmas están resbaladizas de sudor. Solo tengo que estirarme, agarrar el enrejado y pasarme al otro lado. Un movimiento fluido. No pienses en la caída ni en qué pasaría si te cayeras... una pierna rota, quizá el cuello.

Cambiando mi peso, me preparo para lanzarme, pero mi zapato se resbala del pie.

El tiempo parece ralentizarse mientras lo veo dar vueltas en el aire, cayendo de punta a punta, hasta que golpea la grava de abajo. Y como es temprano por la mañana sin tráfico ni siquiera ruido de animales fuera ahora mismo, la zapatilla caída suena como una puta bomba explotando.

Me quedo helada con la pierna aún colgando fuera de la ventana y mis manos agarrotadas en el marco. Y entonces oigo una voz gritar algo que no logro distinguir.

Luego, pasos pesados subiendo corriendo las escaleras.

Todas las alarmas de mi cuerpo están sonando, pero aún así me estiro hacia ese maldito enrejado como si me fuera la vida en ello. Estoy inclinada, cubriendo el hueco entre ventana y madera, cuando siento dos manos fuertes rodear mi torso y empezar a arrastrarme de vuelta por la ventana y sé que mi plan ha fracasado.

Me vuelvo sobre mi hombro con el miedo reemplazando la subida de adrenalina y veo los ojos salvajes y furiosos de Lev clavados en mí mientras gruñe—: ¿Qué diablos estás haciendo? ¡Te vas a matar!

No tiene sentido intentar luchar contra él. Sus brazos son como bandas de acero alrededor de mi cuerpo, su agarre tan fuerte que apenas puedo respirar, y sé que me ha vencido. Dejo que me

arrastre dentro y me sujete contra su pecho con posesividad, y me mantiene allí con un brazo mientras cierra y bloquea la ventana.

Es una locura lo fuerte que es. Mis brazos rodean ese bíceps grueso y siento lo duro que está. Este tipo es un auténtico musculoso, y ni siquiera está sudando al hacerlo. Una fuerza tan poderosa es un gran excitante, y mi cuerpo se agita sin control mientras me gira y me clava contra la pared. Se me revuelve el estómago cuando me mira a los ojos con ira, y trago saliva al notar un nudo que se forma en mi garganta.

¿Qué coño me está haciendo?

—¿Es que eres estúpida o qué? —gruñe—. ¿Te creías que podías saltar por la ventana y desaparecer?

Mi voz queda atrapada en mi garganta, entre el miedo y el torbellino de hormonas que recorren mi cuerpo ahora que me ha soltado. Joder, además huele bien.

Su expresión es tormentosa, tiene la mandíbula apretada, sus ojos oscuros arden de rabia. Me acorrala poniendo una mano a cada lado de mi cabeza mientras me acobardo.

—Sabemos quién eres —dice—. Lo sabemos todo sobre ti. Dónde vives. Dónde trabajas. Quiénes son tus clientes. Si huyeras, te encontraríamos. Y la próxima vez, no serías tratada con tanta suavidad.

Trago con dificultad, tengo la garganta seca. —Tenía que intentarlo.

—No. No tenías que hacerlo. —Se acerca más, erguido sobre mí, y tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos—. Lo único que tienes que hacer es seguir el juego. ¿No te das cuenta de que enfrentarte a esta familia te costará la vida?

—Lo siento —murmuro, aunque en realidad no lo siento.

Algo brilla en sus ojos cuando descienden hacia mis labios y luego vuelven lentamente a encontrarse con mi mirada. Hace que el pulso

me retumbe en los oídos, pero no soy la clase de mujer que puede enfrentarse a hombres como este. No sé qué decir ni cómo comportarme. Da igual lo que diga, no va a cambiar de opinión.

—Vístete —dice—. Vas a bajar a desayunar. Lev se aparta de la pared y se dirige hacia la puerta mientras yo me aparto el pelo de la cara e intento que se me vaya el ardor de las mejillas.

—Ya estoy vestida.

Se da la vuelta hacia mí y me fulmina con la mirada. —Vas vestida como una estudiante universitaria. Ana Veche no lleva vaqueros con jerséis. —Camina hacia el armario y saca un vestido, algo de seda y verde oscuro que parece demasiado caro—. Ponte esto, y arréglate el pelo. Parece que acabas de salir de la cama.

Acabo de salir de la cama, pero no tengo agallas para decírselo. No quiero que me dé una bofetada o algo así. La frustración me hierve cuando cojo el vestido de sus manos y lo miro. No es horroroso, pero no es para nada mi estilo. Yo llevaría un vestido de cóctel mono sin mangas, no esto. Parece algo que llevaría una mujer quince años mayor que yo.

Fruncio el ceño, camino hacia la cama para dejar el vestido y así poder desvestirme y cambiarme, pero Lev no se va. Se queda allí con los brazos cruzados sobre ese enorme pecho en forma de barril que acaba de clavarme contra la pared y observa con ceño cada movimiento que hago.

—No me voy a cambiar delante de ti.

—Y no voy a salir de esta habitación otra vez después de tu pequeño intento furtivo de escapar. —Su mirada no se aparta ni un ápice mientras dice—: Cámbiate. Ahora.

El calor me inunda las mejillas y aprieto el vestido contra mi pecho como un escudo. —No lo intentaré de nuevo. Lo prometo.

—Tus promesas no me importan una mierda. —Se apoya en la pared, acomodándose como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Si quieres ganarte la confianza, empieza por obedecer órdenes. Ahora quítate la ropa y ponte el vestido.

Lo miro, esperando que aparte la mirada, que me conceda aunque sea un mínimo de privacidad, pero no lo hace. Sus ojos oscuros permanecen fijos en mi rostro, y me doy cuenta con un sentimiento de hundimiento que no va a ceder. Va a quedarse allí y verme desnudarme hasta quedarme en ropa interior porque intenté escapar, y este es mi castigo.

Me tiemblan los dedos cuando alcanzo el dobladillo de mi jersey y me lo quito lentamente por la cabeza. La piel se me eriza con la piel de gallina que aparece en cada centímetro expuesto de mi cuerpo que cae bajo su mirada. El aire de la habitación se siente espeso, cargado de química, y puedo sentir sus ojos mirándome fijamente aunque yo estoy mirando al suelo. El jersey se me cae de los dedos y me quedo allí en sujetador, luchando contra el impulso de cruzar los brazos sobre el pecho.

—Sigue —gruñe, pero el deseo es espeso en su tono. Hace que mi centro palpite y duela por un momento antes de recordarme que este hombre es un secuestrador y probablemente culpable de otros crímenes mucho peores.

Me desabrocho los vaqueros con dedos torpes y me los bajo por las caderas, saliendo de ellos una pierna tras otra hasta que me quedo solo en sujetador y bragas. No son el tipo de lencería que una mujer lleva cuando espera que alguien la vea. Son prácticos y sencillos y me hacen sentir aún más expuesta que si no llevara nada. Es embarazoso, y ni siquiera puedo levantar la vista para mirarle.

Me arde la cara de humillación mientras estoy allí semidesnuda y los ojos de Lev beben la imagen de mi cuerpo. Ni siquiera finge darse cuenta de lo incómoda que estoy. Su mirada se detiene en mis pechos, en la curva de mi cintura, en la curva de mis caderas. Me siento como una pieza de mercancía que está siendo mirada

fijamente en una subasta, y lo odio por no dejarme huir por esa ventana.

Y me odio más aún por el calor que florece en lo bajo de mi vientre a pesar de mi vergüenza.

—El vestido —gruñe, y su garganta suena tensa—. Es una locura que su evidente atracción hacia mí me excite. No debería sentirme así. —Póntelo.

Cojo la seda verde y me la pongo por la cabeza tan rápido como puedo, desesperada por cubrirme. La tela se desliza por mi cuerpo como agua fresca, ajustándose a cada curva, y cuando la aliso para que quede bien, me siento un poco menos vulnerable, pero solo un poco. El recuerdo de sus ojos sobre mi piel perdura como un tatuaje que sé que sentiré durante horas. Y voy a necesitar bragas nuevas después de esto.

Me paso los dedos por el pelo intentando domar los enredos, con las manos aún temblorosas. Cuando finalmente reúno valor suficiente para levantar la vista, Lev está de pie junto a la puerta con mi zapato plano de ballet caído en la mano, como si lo hubiera producido mágicamente o alguien se lo hubiera traído. Tiene la mandíbula apretada, los hombros tensos, y hay una oscuridad en sus ojos que me hace estremecer.

Me mira de arriba abajo, pero el fuego que vi hace un momento ahora está encerrado tras una máscara de control. Luego arroja el zapato a mis pies.

—Mejor —dice—. Ahora ven. Tu primera lección empieza ahora.

Lo sigo por el pasillo sin protestar porque esa interacción me dejó sin palabras de momento. Aunque mis piernas se sienten como de goma y, en varias ocasiones, me veo obligada a apoyarme en la pared para no derrumbarme.

Cuando él dobla una esquina hacia una habitación, veo la puerta trasera a la vista y por un instante pienso en salir corriendo, pero

¿de qué serviría? Tiene razón. Incluso si escapara de esto, saben quién soy, dónde vivo y a qué me dedico. Soy su cautiva me guste o no. Tengo que seguir el juego y rezar a Dios que no me hagan daño.

Doblo la esquina, abrazándome, y veo una mesa puesta para dos. A diferencia de todo lo demás en esta finca enorme, es sencilla y acogedora, sin los muebles y arte lujosos y extravagantes. A primera vista, supongo que la usan para comer normalmente cada día y no para grandes fiestas. Sé que hay otro comedor gigante en este lugar. Este no puede ser el único.

—Siéntate —ordena Lev, señalando la silla a la derecha, donde hay un plato lleno de desayuno—. Da miedo que me obliguen a actuar con normalidad ante alguien que me secuestró en la calle, pero también es imposible hacer callar mi estómago. Ayer no pude comer mi comida callejera y apenas toqué la sopa que Rosa trajo arriba. Estoy hambrienta.

Así que me hundo en la silla con la boca hecha agua y él se sienta frente a mí y se sirve una taza de café, sin apartar los ojos de mi cara.

—Come —ordena—. Su actitud autoritaria me dan ganas de rebelarme, pero mi estómago gruñe, así que hago lo que dice.

Cojo el tenedor y alcanzo los huevos, pero antes de que pueda dar un bocado, él niega con la cabeza.

—Mal.

Me quedo helada, con el tenedor a medio camino de la boca. —¿Qué?

—La forma en que sostienes el tenedor. Es incorrecta. —Deja su café y se inclina hacia delante, con los codos sobre la mesa—. Ana Veche se crió con dinero de buena familia. Tuvo años de clases de etiqueta, estuvo en internados y veraneó en Suiza. No sostiene el tenedor como una campesina atiborrándose de comida.

El calor me sube a las mejillas y miro hacia el plato sintiéndome enfadada. —No soy una campesina.

—Lo sostienes como una. Toma. —Alarga el brazo sobre la mesa y ajusta mi agarre, y aunque quiero apartarlo de un manotazo, simplemente dejo que me manipule—. Así, con delicadeza. Como si el tenedor fuera una extensión de tu mano, no una herramienta que estás blandiendo.

Intento imitar el agarre que me ha mostrado, pero se siente incómodo y antinatural, y cuando doy un bocado de huevos, estoy tan concentrada en la posición de mi mano que apenas los saboreo. Esto se siente como una tortura peor que vestirme delante de él. Al menos hubo un poco de placer al ver cómo le afecté en eso. Me esfuerzo más, doy un segundo bocado, y esta vez es más fácil.

—Mejor —dice Lev—. Ahora siéntate más erguida. Ana no se encorva.

Enderezo la columna, echando los hombros hacia atrás. Realmente espera que dé un espectáculo para alguien.

—Bien. Ahora cuéntame sobre tu trabajo. ¿A qué te dedicas?

—Esto es ridículo. Sabes a qué me dedico.

—Respuesta incorrecta —dice con voz más aguda—. Ana no se queja. Nunca admitiría debilidad o vulnerabilidad. Siempre tiene el control.

Respiro hondo e intento de nuevo. No quiero hacer esto, y me hace sentir como su juguetito. Lo miro preparada para regañarle, pero él está mirando su comida mientras corta un trozo de huevo. Me prometió que si lo hacía bien, me dejaría ir a casa, aunque no estoy segura de creerle. Pero si me enfrento a él en cada paso, no conseguiré más que quedarme encerrada en esa habitación. Tengo que intentarlo.

—Ayer fue productivo. Pasé tiempo revisando algunos documentos y preparando las próximas reuniones.

—Mejor, pero tu tono es demasiado pasivo. Suenas como si leyeras de un guión. —Se recuesta en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho—. Ana es segura y autoritaria. Cuando habla, la gente escucha. Necesitas proyectar autoridad, no sumisión.

—No soy una persona autoritaria —bufo, con ganas de comer mi maldita comida.

—Entonces conviértete en una —gruñó Lev mientras yo le fruncía el ceño.

Dejé el tenedor, sintiendo cómo la frustración me hervía en el pecho, pero no alzaba la voz. Me conozco. Si empiezo a gritar, empezaré a llorar, y lo último que quiero ahora es proyectar debilidad.

—No puedo convertirme en alguien que no soy. Soy traductora. Me siento sola en habitaciones y trabajo con documentos. No dirijo a la gente. No soy—

—No te esfuerzas lo suficiente —dijo, interrumpiéndome—. ¿Crees que esto es un juego? Si no puedes convencer a la gente de que eres Ana Veche, no nos sirves para nada. Y ya sabes lo que les pasa a los inútiles en mi mundo…

Bajé la cabeza, con la mirada fija en los huevos que se enfriaban en mi plato. La lucha se esfumó de repente, reemplazada por un vacío agotador que se instaló en mis huesos. Tenía razón. No me esfuerzo lo suficiente. Estoy tan concentrada en estar enfadada, asustada y desafiante que no hago lo necesario para sobrevivir.

Nunca volveré a casa si no hago lo que dicen, y demostrar que puedo ser como esa tal Ana quizá sea mi única oportunidad. El problema es que realmente no soy líder. Nunca lo he sido. Soy tan introvertida y autosuficiente como se pueda ser. Generalmente no necesito a los demás ni tampoco los quiero cerca. Así que si debo

convertirme en quien él cree que debería ser, significa que tengo que encontrar una musa.

—Vale, pues háblame de esa Ana Veche… —levanté la vista para mirarle, y él alzó la barbilla como si le interesara lo que iba a decir—. ¿Cómo es su familia? Necesito saber quién es si esperas que me parezca a ella.

Los ojos de Lev se entrecerraron mientras una sonrisa siniestra le cruzaba el rostro. Le complacía aquella respuesta, probablemente porque creía que por fin cedía.

—La familia Veche controla rutas comerciales que atraviesan Bielorrusia y Ucrania. Rutas que se usan para traficar con chicas rusas y ucranianas, algunas apenas mayores para llamarlas mujeres. Las venden como esclavas, las transportan entre fronteras como ganado, y los Veche se lucran con cada transacción.

Se me revolvió el estómago mientras sus palabras punzaban mi conciencia. ¿Así es como quiere que me comporte? Estoy horrorizada y ofendida. —Eso es… espantoso.

—Lo es —se inclinó hacia delante mientras su frente se arrugaba y sus ojos se suavizaban—. Si logramos que el hermano de Ana, Yaros, nos abra esas rutas, podremos detener la trata y el flujo de chicas vendidas. Pero sin palanca no podemos, y tú eres nuestra única palanca.

Le miré fijamente, intentando procesar sus palabras. Estos hombres me secuestraron en la calle, me encerraron, me amenazaron con la muerte si no cooperaba. Pero si dice la verdad y este papel puede ayudar a detener algo tan maligno como la trata de personas…

—Si lo hago —dije lentamente, dejando que las palabras se desvanecieran mientras buscaba cómo expresarme—. ¿Estás diciendo que fingir ser Ana Veche salvará a esas chicas? ¿Cómo?

—Déjame a mí los detalles… pero sí —sostuvo mi mirada, y por alguna razón, al mirarle a los ojos, le creí—. Puedes ser fundamental

para salvarlas, pero solo si te comprometes. Que nadie sospeche ni por un instante que no eres ella o todo se irá al traste.

Pensé en las chicas que describió. Se me partió el corazón y los ojos se me llenaron de lágrimas. Siempre supe que pasaban estas cosas, como todos saben que algo ocurre a su alrededor sin poder evitarlo. ¿Cuántas veces oí sobre una joven secuestrada preguntándome dónde estaría? Ahora tengo oportunidad de cambiar algo.

Respiré hondo y suspiré. —Me esforzaré más.

Algo cambió en la expresión de Lev cuando asintió y se recostó, satisfecho. —Bien. Ahora coge el tenedor y muéstrame cómo desayuna una Donna.

Cogí el tenedor, ajustando el agarre como me enseñó, y comí huevos con la espalda recta y los hombros hacia atrás. Seguía sintiéndome rara, como disfrazada con la vida ajena, pero ahora parecía haber un motivo. Lo que me hicieron no estuvo bien, pero quizá redunde en algo bueno.

—¿Y podré volver a casa? —pregunté tras masticar y tragar con cuidado.

—Respuesta equivocada —dijo con un dejo de escepticismo.

—Y después de esto, me llevarás a casa —dije con más seguridad, lo que le arrancó una sonrisa.

—Ahora lo entiendes —su cabeceo fue todo el elogio que necesitaba.

Lev me observaba comer mientras su café se enfriaba, y me pregunté qué más ocultaba. Qué secretos guardaba tras esos ojos oscuros. Pero ahora, en este instante, decidí creer que bajo tanto cálculo frío latía un buen corazón.

Era la primera vez que le veía como algo más que mi captor.

Aún no sé qué significa.

Pero creo que estoy a punto de descubrirlo.

7

LEV

Mi teléfono vibra en el bolsillo y alzo una mano para interrumpir a Vivika a mitad de frase. Lleva una hora practicando sus presentaciones, aprendiendo a extender la mano, inclinar la barbilla y mirar a los ojos con esa fría seguridad que caracterizaba a Ana Veche. Está mejorando. No lo suficiente, pero algo es algo.

—Guarda esa idea —digo, sacando el teléfono. El nombre de Yuri parpadea en la pantalla—. Tengo que contestar.

Salgo al pasillo para evitar que Vivika oiga cosas que no debe. De momento la he convencido con esa historia del tráfico de chicas, que es parcialmente cierta, pero si descubre el verdadero motivo por el que necesito utilizarla, seguirá rebelándose. Así es más fácil.

—¿Qué pasa? —pregunto al teléfono.

—Fyodor está aquí con información sobre los Veche. Baja a mi despacho.

—Estoy en mitad de una lección con—

—Dimitri puede vigilarla. Baja ahora mismo.

La llamada se corta antes de que pueda responder. Miro el teléfono un instante, luego lo guardo y vuelvo al comedor, donde Vivika sigue de pie con la mano extendida hacia un invitado imaginario.

—Ha surgido algo —le digo—. Mi tío Dimitri te vigilará mientras estoy fuera.

Su expresión cambia, una sombra de inquietud cruza su rostro. —¿Va todo bien? En el mismo instante en que vuelve a ser Vivika, todo rastro del personaje de Ana se desvanece y se repliega sobre sí misma.

—Todo va bien. Sigue practicando lo que hemos estado haciendo —hago una pausa en la puerta, recordando la otra tarea que debo organizar—. Más tarde vendrá una mujer a tomarte las medidas para el vestuario. Necesitamos trajes hechos a medida para ti, cosas que te queden mejor que lo que te hemos dado hasta ahora. Esas eran solo aproximaciones de tu talla…

—¿Trajes a medida?

—Ana Veche no lleva ropa de confección. Todo lo que tiene es de alta costura —la miro a los ojos, manteniendo el contacto—. Tienes que parecer ella de pies a cabeza. Sin atajos. Y se me pone dura al pensar en cómo se verá esa diosa con ropa de diseñador. Aunque, la forma en que me puso como una piedra llevando solo unas bragas de algodón habla por sí sola. No podré controlarme si la veo en seda.

Asiente lentamente, procesando la información, y la dejo allí con la mano aún medio alzada y sus ojos verdes llenos de preguntas para las que no tengo tiempo de responder.

Dimitri espera en el pasillo cuando salgo, observando mi expresión mientras se pone de pie y me mira a los ojos. Como hermano de Yuri, Dimitri está preparado para hacerse cargo de la familia si las cosas no salen como el jefe ha planeado, y no pienso permitir que eso ocurra después de ver cómo intentó maniobrar a la familia

contra Yuri cuando murió Dominic. Me sorprende que esté incluso en San Petersburgo después de todo eso. Es un solitario. Preferiría estar ocupándose de sus negocios fuera de la ciudad.

—¿Te da problemas? —pregunta, señalando con la cabeza el comedor.

—Lo está haciendo bien. Tengo que ir a hablar con el jefe —le doy una palmada en el hombro al pasar—. No la pierdas de vista. Y asegúrate de que la mujer del vestuario entre a tomarle las medidas cuando llegue.

—Entendido —dice, aunque tiene infinitamente más autoridad que yo en esta familia. Pero por fin está enmendando su comportamiento.

Me dirijo por el pasillo al despacho de Yuri, donde la puerta ya está cerrada y el sonido de voces bajas vibra a través de la madera. Llamo una vez y entro sin esperar respuesta, encontrando a Yuri tras su escritorio y a Fyodor despatarrado en una de las sillas de cuero con una carpeta en el regazo. Mi hermano alza la vista cuando entro, siguiéndome con la mirada mientras cierro la puerta y tomo asiento a su lado.

—¿Qué información hay? —pregunto, omitiendo las formalidades.

Fyodor arroja la carpeta sobre el escritorio de Yuri. —Ana Veche. O lo que queda de su historia, en cualquier caso.

Yuri abre la carpeta y esparce el contenido sobre su escritorio: fotografías, informes de vigilancia, transcripciones de comunicaciones interceptadas. Me inclino para ver mejor, reconociendo algunos de los nombres y lugares mencionados en los documentos.

—Nuestras fuentes dentro de la organización Veche han estado hablando —dice Fyodor—. La versión oficial sigue siendo que Ana está visitando a su familia, de viaje prolongado, o cualquier mierda

que Yaros le haya estado contando a la gente. Pero la gente más cercana al círculo interno cuenta otra historia.

—¿Cuál? —pregunto, alzando la vista hacia él y arqueando una ceja.

—Ana fue traicionada —la voz de Fyodor es plana mientras se inclina y me desliza un expediente—. Por su propia familia. Los datos sugieren que Yaros podría estar detrás de su desaparición.

Me reclino en la silla, procesando sus palabras. ¿Que Yaros elimine a su propia hermana? No es algo inaudito en nuestro mundo —los lazos familiares no significan nada cuando el poder está en juego—, pero Ana fue quien lo crió, quien lo preparó, quien le dio todo lo que tiene. Que él se vuelva contra ella…

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Cómo podría un hombre hacerle eso a su propia familia?

—Control —Yuri se acerca sigilosamente y se sienta en uno de los sillones de cuero—. Ana era la Donna. Yaros era su marioneta, bailando al son que ella marcaba. Quizá se cansó de bailar.

—O quizá alguien le ofreció un trato mejor —añade Fyodor—. Hay rumores de que Yaros ha estado negociando con algunas familias menores, intentando construir su propia coalición independiente de las alianzas de Ana. Difícil hacer eso cuando tu hermana sigue siendo quien manda.

—¿Entonces crees que la hizo desaparecer? —le pregunto, mirando el expediente que Fyodor me deslizó. Es un informe de uno de nuestros hombres infiltrado en la organización de Ana para protegernos.

—No tengo pruebas, solo una corazonada. Pero me inclino por eso —Yuri mete la mano en el bolsillo, saca un puro y lo huele—. Pero esto no cambia nuestro plan. Más bien lo refuerza.

—¿Cómo? —pregunto, dejando el expediente de nuevo sobre la mesa.

—Los aliados del Veche no saben que Ana ha desaparecido. No tienen motivos para dudar de Yaros. Al fin y al cabo, sigue las normas de la alianza. Así que cuando ella reaparezca repentinamente —cuando nuestra Ana reaparezca— no les parecerá extraño. Pensarán que ha vuelto para ocupar su legítimo lugar —una sonrisa fría se extiende por su rostro—. Y se moverán para rodearla, apoyarla, unirse a la Donna a la que han sido leales durante años.

—Dejando a Yaros aislado —dice Fyodor, comprendiendo—. Porque ella hará cosas que nosotros queremos que haga.

—Exactamente —Yuri clava la mirada en Fyodor—. Sus propios aliados se volverán contra él, creyendo que apoyan el regreso al poder de Ana. Cuando alguien se dé cuenta de la verdad, ya tendremos lo que necesitamos y Yaros estará demasiado ocupado apagando fuegos para venir tras nosotros.

Es un buen plan. Pero hay un problema que Yuri no aborda, y ya no puedo callarme.

—Pero Vivika no está preparada —digo—. Está aprendiendo, lo intenta, pero no va a pasar por la verdadera Ana de cerca. Yaros ha pasado toda su vida al lado de su hermana. La verá tal cual es en cinco segundos.

Los ojos de Yuri se entrecierran.

—Entonces prepárala.

—Lo intento. Pero hay límites en lo que puedo hacer en—

—El plan sigue adelante según lo previsto —la voz de Yuri corta mi objeción como un cuchillo caliente en mantequilla—. Hacemos una aparición pública con Ana dentro de dos días para tantear el terreno y ver cómo responde Yaros. Como mínimo, sus aliados empezarán a presionarle para que hable con Ana.

La mirada de Yuri me dice que la discusión ha terminado. Ha tomado su decisión, y cuestionarla más solo me hará parecer débil. Tengo

que preparar a Vivika, y tiene que estar lista ahora.

—Entendido —digo.

Yuri parece satisfecho y se levanta de su escritorio.

—Tengo llamadas que hacer. Vosotros dos resolved los detalles.

Sale del estudio sin decir nada más, y me quedo solo con Fyodor y una carpeta llena de información que no me hace sentir mejor con lo que estamos haciendo.

—Pareces preocupado —dice Fyodor.

—Con razón estoy preocupado —corrijo. No quiero que piense que soy un cobarde—. Vivika no está preparada. Se parece a Ana, pero no lo es. Cualquiera que conociera a la verdadera Donna la verá tal cual es.

—Quizá sí, quizá no —Fyodor se encoge de hombros y apoya un pie en la mesa de café de Yuri—. Yuri sabe lo que hace. Lleva jugando a esto más tiempo del que nosotros llevamos vivos. Si dice que el plan sigue adelante, pues el plan sigue adelante.

No tengo tiempo que perder discutiendo aquí con él sobre posibilidades.

—Debería volver con ella —digo, levantándome de la silla—. La encargada del vestuario ya debería estar allí.

Fyodor espera hasta que llego a la puerta para continuar.

—Atente al plan, Hermano. Yuri sabe lo que hace —me grita.

Me voy sin responder, con la mente revolviendo todo lo que acabo de aprender. Yaros está construyendo una coalición a espaldas de Ana. Todo el maldito imperio Veche está construido sobre cimientos de mentiras y traiciones. Y Vivika está a punto de ser empujada al centro de una guerra que ni siquiera sabe que está librando.

Al acercarme a la puerta de Vivika, oigo voces procedentes del interior. Empujo la puerta sin llamar y me quedo paralizado en el umbral ante la escena que se presenta.

Vivika está en mitad de la habitación con nada más que un sujetador y bragas. No *los suyos*—unos nuevos. Unos sensuales que hacen que mi polla palpite al instante.

La modista—una mujer de mediana edad con alfileres clavados en un cojín en su muñeca—tiene una cinta métrica extendida sobre las caderas de Vivika, con la cabeza agachada en concentración mientras anota cifras en un cuadernillo. Pero apenas la noto.

Mi mirada está clavada en Vivika, en las curvas de su cuerpo, en su piel pálida que parece brillar con la luz de la tarde que entra por las cortinas. Cómo sus tetas redondean ese sujetador de seda y se alzan en una curva carnosa perfecta que me hace babear.

Ella me ve y su rostro se sonroja, cruzando instintivamente los brazos para cubrirse. —Yo... estábamos justo—

—Fuera— le digo a la modista, avanzando hacia aquella piel expuesta. No he olvidado mi plazo, pero joder si puedo concentrarme con ella plantada así.

La mujer alza la vista, sobresaltada. —Pero no he terminado las—

—He dicho fuera. Vuelva más tarde—.

Recoge sus cosas rápidamente, percibiendo el despido en mi tono, y sale escabulléndose por la puerta. La cierro tras ella y me vuelvo hacia Vivika, que sigue allí con los brazos cruzados sobre el pecho, sus mejillas ardiendo de vergüenza.

—Podrías haber llamado— murmura tímidamente. Nunca hay lucha en esta mujer. ¿Qué diablos le pasa? ¿No sabe que debería soltarse y decirme qué pervertido soy?

—Podría—. Camino hacia ella lentamente, dejando que mis ojos recorran su cuerpo sin pudor. Joder, cómo me afecta. He visto

muchas mujeres desnudas, strippers en clubes y putas que quieren tirárseme encima. Pero esto... es la perfección. Como si Dios mismo hubiera creado esta obra maestra solo para mis ojos. —Pero entonces me habría perdido esto—.

Su rubor se intensifica. —Eso no... no puedes simplemente—

—Eres hermosa— gruño, pero no la toco. Joder, cómo quiero tocarla. —¿Te lo ha dicho alguien alguna vez? ¿Lo jodidamente hermosa que eres?—

Me mira con sus grandes ojos verdes, los labios entreabiertos, pero no responde.

Me acerco lo suficiente para ver el pulso en su garganta. —Gracias— le digo suavemente, sabiendo que la única forma de que esta mujer se adapte a mi voluntad es persuadirla. Darle órdenes solo la asusta. Pero aprendo rápido. Vivika necesita sentirse importante y notada. —Por estar dispuesta a ayudar. Por esforzarte tanto. Sé que no es fácil para ti—. Y joder, sí la noto...

—No tengo mucha elección— susurra.

—Tienes más de lo que crees—. Alargo la mano y aparto un mechón de su cara con el meñique, enroscándolo tras su oreja. Su piel está cálida y suave, y ella estremece al contacto. —Joder, estás impresionante... Me encantaría...— Me detengo antes de decir lo que quiero porque necesito su cooperación.

Traga saliva, sus ojos escudriñando mi rostro. —¿Podré volver a casa? ¿Cuando termine todo esto?— Sigue suplicando eso, y ni siquiera puedo responderle. Podría terminar muerta antes de que esto concluya, y no por mi mano.

Yuri dijo que es una herramienta, útil solo mientras sirva a nuestros propósitos. Pero las herramientas que cumplen su función se guardan, y en mi mundo eso significa que es prescindible. Pero cuando me mira como si tuviera el poder de salvarla, no sé hablar. Pierdo la cabeza. Quiero tenerla para siempre así—desnuda,

asustada y completamente mía. Y si me salgo con la mía, así se quedará.

—Me aseguraré de que tengas un buen futuro— digo, y no es del todo mentira, pero tampoco toda la verdad. —Cuando esto acabe, no tendrás que preocuparte por nada. Me ocuparé de ti—.

Algo parpadea en sus ojos, y asiente como aceptando mis palabras aunque no tenga motivos para creerlas.

Retrocedo, poniendo distancia antes de hacer algo de lo que me arrepienta. —Vístete. Tenemos más trabajo antes de cenar—.

Ella alcanza la bata colgada en la silla junto a ella, envolviéndose y atándosela con fuerza a la cintura. La seda se adhiere a sus curvas, acentuándolas, y no ayuda en nada a mi autocontrol, pero me obligo a apartar la mirada. Debo centrarme en el plan, el calendario y las mil cosas que podrían salir mal en los próximos dos días.

Pero bajo todo eso, ya estoy pensando cómo manipular esto para que Vivika permanezca en mi vida mucho después de esta pequeña hazaña. No tiene que volver a su piso de mierda y su vida solitaria.

Podría quedarse.

Podría ser mía.

8

VIVIKA

La ciudad se ve diferente desde el asiento trasero de un sedán de lujo. Las calles que he recorrido cien veces se transforman en algo ajeno y desconocido a través de las ventanillas tintadas mientras pasamos. Apoyo la palma contra el vidrio frío y observo cómo San Petersburgo desfila a toda velocidad.

Es la primera vez que salgo de la finca desde que me llevaron hace cinco días, y el corazón no ha dejado de acelerarse desde que salimos de la entrada. No puedo creer que estos hombres realmente esperen que pase por una líder de la mafia, y no me creo lo bastante tonta como para intentarlo.

Lev está sentado a mi lado, con el muslo casi rozando el mío, y su hermano Fyodor conduce esquivando el tráfico. Están hablando de algo —negocios, rutas, nombres que no reconozco—, pero apenas escucho. Mi mente está demasiado ocupada intentando dejar de acelerarse. Ni siquiera sé por qué hago esto aparte de por aquellas jóvenes que Lev dijo que podría salvar. No ha compartido ni un solo detalle de lo que sucederá o de lo que debo hacer, solo ir de acompañante y fingir que soy Ana.

No sé si creerme la promesa de Lev de darme un buen futuro. No sé si puedo confiar en una sola palabra que sale de su boca. Pero sus promesas son todo lo que tengo a lo que aferrarme.

Podría abrir la puerta en cualquier semáforo y escapar, pero sé que al final me encontrarían. Y sí quiero ayudar a esas mujeres aunque no entienda cómo el fingir que soy otra persona puede ayudar.

Así que me quedo. Mantengo la mano apoyada en la ventanilla y la boca cerrada, y observo pasar la ciudad hasta que los edificios se hacen más altos y el coche aminora la velocidad.

—Ya hemos llegado —dice Fyodor deteniendo el coche frente a un imponente edificio de piedra con columnas flanqueando la entrada y una placa de latón junto a la puerta que reza *Imperial Credit Union* en elegante escritura cirílica.

Lev abre su puerta y sale, luego se vuelve para tenderme la mano. La tomo sin pensar, dejándome ayudar a salir del coche, y sus dedos son cálidos y firmes al cerrarse sobre los míos. Es una sensación extraña, tomar su mano. Cada vez que me ha tocado antes, ha sido para controlarme, no para ayudarme. Y esto se siente personal e íntimo.

No suelta mi mano de inmediato, sosteniéndola un instante más de lo necesario antes de soltarla y colocar su palma en mi espalda baja. Eso se siente aún más pecaminoso e incómodo porque me gusta. Ningún hombre me había tratado jamás así.

—Recuerda lo que practicamos —susurra lo suficientemente bajo como para que solo yo pueda oír—. Segura. Autoritaria. Posees cada habitación donde entras.

Asiento porque tengo la garganta demasiado cerrada para hablar.

Entramos juntos por las puertas de cristal, con la mano de Lev ejerciendo una presión constante en mi espalda, y el interior del banco se despliega ante nosotros en una extensión de suelos de mármol, lámparas de cristal y ventanillas atendidas por mujeres en

trajes caros. Es un sitio en el que jamás he puesto el pie. Gente como yo no pertenece a sitios como este, y me siento una impostora en cuanto cruzo el umbral y surgen susurros a nuestro alrededor.

Pero ahora mismo no soy Vivika Rozhkova.

Soy Ana Veche.

Y Ana Veche pertenece a todas partes.

Levanto la barbilla y enderezo los hombros como me enseñó Lev, dejando que mi mirada recorra la sala con fría indiferencia. He estado practicando días enteros. Puedo hacerlo.

La mujer de la ventanilla más cercana levanta la vista al vernos acercarnos, y observo el destello de reconocimiento en sus ojos antes de que logre controlar su expresión.

Sabe quién es Ana Veche. O quién cree que soy. Juraría que también veo un atisbo de miedo en su rostro, como si Ana, por alguna razón, le resultara intimidante, tal como dijo Lev. Odio que eso dé credibilidad a lo que me contó, pero también me siento más anclada ahora. Porque si lo que dice es verdad, quizá sí pueda confiar en él.

—Buenas tardes —dice Lev, acercándose a la ventanilla conmigo a su lado—. Venimos a hacer un ingreso.

Los ojos de la mujer alternan entre nosotros, con una sonrisa ahora tensa en las comisuras—. Por supuesto, señor. ¿Puedo preguntar el nombre de la cuenta?

—Gravitch Holdings. —Lev desliza una carpeta por el mostrador con movimientos suaves y pausados—. Y me gustaría presentarle a mi nueva colega, la señorita Ana Veche. A partir de ahora trabajará estrechamente con nuestra organización.

La mujer clava su mirada en mi rostro y puedo ver que estudia mis facciones. Es como si las estuviera comparando con la imagen mental que tiene de la verdadera Ana. La miro a los ojos sin

pestañear, dejando que una sonrisa fría y leve curve mis labios, tal como Lev me enseñó.

—Un placer —digo, y mi voz sale firme, nada parecido al temblor aterrorizado que esperaba.

—El placer es mío, señora Veche —la voz de la mujer es cuidadosamente neutra, pero capto el leve temblor en sus dedos al alcanzar la carpeta—. Es... inesperado verla aquí. No nos avisaron de su visita.

—Generalmente no informo de mis movimientos —dejo que un dejo de hielo se cuele en mi tono, como haría Ana—. Suele complicar las cosas. —Mi tono está seco como la yesca y la miro por encima del hombro. Se siente tan incómodo, tan fuera de lugar. No soy una mujer grosera y despiadada. Soy amable, dulce y ansiosa por complacer. Pero parece que funciona.

La mujer asiente demasiado rápido y se ocupa con el ingreso del depósito. Me quedo junto a Lev con la espalda recta y una expresión distante, interpretando el papel de una Donna que considera a los cajeros de banco por debajo de ella. Se siente tan mal, como llevar puesta la piel de otro.

Cuando termina la transacción, Lev me guía hacia la puerta con su mano aún presionando mi espalda. Siento la mirada de la mujer sobre nosotros al marcharnos, y prácticamente la oigo agarrar su teléfono en cuanto desaparecemos de su vista, lo cual hace que un escalofrío me recorra.

Lo conseguí. Realmente lo conseguí.

—Ha sido perfecto —murmura Lev al salir por la puerta—. Absolutamente perfecto. La tenías en el bote.

Sus elogios calientan algo en mi pecho, un destello de satisfacción que se extiende por mí como la miel. No debería importarme lo que piense de mí. Pero me importa. Dios me ayude, me importa.

—Informará a los Veche —digo al llegar al coche—. Por eso elegiste este banco, ¿verdad? Porque ellos también tienen negocios aquí.

—Chica lista —Lev abre la puerta para mí, sus ojos oscuros brillando con aprobación—. La noticia se extenderá rápido. Mañana, todos los que importan sabrán que Ana Veche ha vuelto a la superficie.

Me deslizo en el asiento trasero, mi corazón aún latiendo con la adrenalina de lo que acabo de hacer, y Lev se sienta a mi lado. Fyodor arranca de la acera sin decir palabra. Estos hombres no andan con tonterías.

—¿Adónde vamos? —pregunto cuando Fyodor no gira hacia la autopista. Lev nunca dijo que fuéramos a un sitio nuevo.

—A mi casa —dice Lev—. Fyodor nos deja.

Mi estómago se contrae ante esas palabras, la ansiedad y la anticipación enredándose en mi pecho. ¿Su casa? No entiendo por qué quiere que vaya allí. El otro sitio me iba bien. Me había acostumbrado, y esto significa adaptarme a un ambiente y entorno completamente nuevos. Pero no protesto.

El trayecto nos lleva a otra zona de la ciudad, un tramo residencial donde los edificios son más pequeños y las calles están bordeadas de árboles desnudos que florecerán hermosos en unos meses. Fyodor se detiene frente a un adosado modesto con una puerta azul oscura y hiedra trepando por la fachada de ladrillo, y Lev abre su puerta antes de que el coche se detenga por completo.

Me ayuda a salir como lo hizo en el banco y, esta vez, su mano no suelta la mía mientras se inclina hacia el coche.

—Me pondré en contacto mañana —dice Fyodor.

—Hazlo —Lev cierra la puerta y el coche se aleja, dejándonos solos en la acera vacía.

Lev espera un segundo antes de guiarme hacia dentro, y solo cuando estamos en su salón con sus muebles de cuero voluminosos

y un fuego crepitante, suelta mi mano.

—¿Una copa? —pregunta, acercándose a un aparador con decantadores de cristal.

—Por favor.

Sirve dos copas de algo ámbar y de aspecto caro, entregándome una antes de acomodarse en el sofá y dar unas palmaditas en el cojín a su lado. Me siento, pero dejo un generoso espacio entre nosotros, y doy un sorbo al whisky. El calor se extiende por mi pecho, aflojando parte de la tensión que arrastro desde que salimos de casa de su tío esta madrugada.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —pregunto, sosteniendo la copa con ambas manos—. ¿Qué más tendré que hacer?

—Algunas salidas más como la de hoy. Apariciones públicas donde la gente pueda verte y corra la voz de que Ana Veche ha vuelto. —Mueve su copa, observando cómo el líquido refleja el fuego—. El trabajo duro me toca a mí. Tú solo tienes que presentarte.

—¿Y después?

—Y después, si todo sale según el plan, habrás acabado... —Fruncio el ceño cuando no aclara qué significa "acabado" ni cuándo volveré a casa, pero la jornada ha sido agradable. No quiero empezar algo que complique esto.

Doy otro sorbo, más largo esta vez, dejando que el alcohol caliente mi vientre. —Explícame más sobre cómo tu familia presionará a los Veche para que dejen el tráfico.

Lev me estudia un momento con sus ojos oscuros. Después se recuesta contra los cojines y comienza a explicar. —La familia Veche espera que Ana se haya marchado, porque es la historia que han vendido. Yaros le ha dicho a todo el mundo que Ana está fuera visitando familiares, pero tenemos información que sugiere que la hizo desaparecer.

Arqueo las cejas e él inclina el vaso, terminándose la bebida, antes de continuar. —Mi tío cree que nos hemos topado con un motín. Que Yaros ha matado a su hermana y lo está encubriendo el tiempo suficiente para colocar sus piezas y hacerse con el control. Si eso ocurre, estamos perdidos. Nuestro objetivo es sumir a su familia en el caos.

—¿Y luego?

—Y luego ejerceremos presión para que confiesen o se arriesguen a perder a todos sus aliados… —Lev deja su copa y se vuelve hacia mí completamente—. En ese caos, nos apoderamos de sus rutas comerciales, las fortificamos y les impedimos seguir con sus negocios.

Bebo un sorbo de whisky y dejo que me queme mientras reflexiono sobre lo siniestro que es este plan. Si el hermano de Ana realmente la asesinó, ¿quién dice que no vendrán también tras de mí cuando crean que ella está viva y ha resucitado? Y si no, ¿quién dice que algún enemigo suyo no hará lo mismo?

Despejo ese pensamiento y recuerdo por qué hago esto. Si de todo esto solo resulta que unas pocas chicas son rescatadas, sigue siendo una causa digna. Sigo haciendo algo bueno.

—Estás haciendo algo bueno —me oigo decir—. Aunque… aunque todo esto sea una locura, esté mal y dé miedo. Lo que intentas hacer por esas mujeres… Es lo correcto.

Lev me estudia mientras se inclina más cerca, y observo cómo su mirada desciende hacia mis labios. Noto que está pensando en besarme. Pero se contiene, lo que solo lo hace aún más atractivo para mí.

—Haré lo que sea necesario —continúo, envalentonada por el calor que se extiende por mis miembros—. Para liberar a esas mujeres. Lo que necesites que haga, lo haré. —No pretendo que mis palabras suenen seductoras, pero veo cómo su mandíbula se tensa y siento

una oleada de poder embriagadora. Este hombre—este hombre peligroso, poderoso, hermoso—me desea. Apenas se está conteniendo.

—Deberías tener cuidado —ruge desde lo bajo de su pecho—. Diciendo cosas así a un hombre como yo.

—¿Por qué? —El alcohol me hace sentir algo atrevida y temeraria—. ¿Qué vas a hacer? —No he comido en todo el día. Tampoco he bebido en años. Renuncié a ello cuando apenas tenía edad para vivir sola. Sé que solo me traerá problemas, pero hoy me pareció aceptable. ¿Cómo si no iba a calmar mis nervios? Y ahora la cabeza me da vueltas.

—Vivika.

—¿Qué? —Sonrío, y se siente distinto en mi rostro—coqueto, invitador—. Solo estoy haciendo una pregunta.

—Estás borracha.

—No estoy borracha —digo, quizá demasiado a la defensiva. La cabeza me da vueltas, pero no estoy colapsada. Él se levanta, quitándome el vaso de las manos con dedos suaves pero firmes. —No eres de beber, ¿verdad? —pregunta, y yo frunzo el ceño.

—Me siento bien.

—No te sentirás así por la mañana. —Deja mi vaso junto al suyo en la mesa, luego se inclina y toma mi mano, levantándome. La habitación da vueltas y me tambaleo contra él, con las manos posándose en su pecho. Su cuerpo está rígido. Noto las curvas de sus músculos bajo mis palmas. Hace que me duela el vientre.

Ahora me pregunto si me ha drogado. Quiero decir, no soy tan ligera. Me tomé una copa, no una botella, y no debería notarlo tan rápido, ¿no?

—Lev —murmuro, mirándolo bajo unas pestañas que de repente pesan mucho. Sus ojos vuelven a mis labios, y ruge mientras aprieta

los dientes. Soy una tonta. Me estoy lanzando sobre él sin motivo. Solo me quiere para su pequeño plan, y aunque sus ojos gritan lo excitado que está y su polla se anuncia contra mi muslo, sigue rechazándome.

—Tus ojos dicen que me deseas, señor Gravitch. —Incluso cuando intento usar el tono y la actitud de Ana Veche, poniéndome más recta, él sigue rígido—. ¿O no?

—Si deseo lo que me ofreces —masculla contra mi oído, tomándose su tiempo para que la barba raspe y el calor penetre mi piel—, lo tomaré cuando estés sobria. Cuando puedas recordar cada detalle… no así.

Mi mano desliza por su cuerpo, pasando el cinturón hasta el bulto en sus pantalones que demuestra sin duda que tengo razón, pero él me la quita de su agarre y me levanta en brazos, llevándome como una niña hacia la puerta. Mis párpados se cierran varias veces y sé que me ha drogado. Me siento impotente y furiosa, y los ojos se me llenan de lágrimas ante su rechazo, pero luego estamos en una habitación oscura y me invade un cansancio enorme.

—Duerme —dice, depositándome en una cama.

Intento responder, pero la lengua se me hace espesa y torpe, y los ojos se me cierran sin permiso. Noto sus manos sobre mí, quitándome con cuidado los zapatos y luego el vestido ajustado que llevo todo el día. Sus dedos rozan mi piel mientras trabaja, dejando estelas de calor, y quiero atraerlo hacia la cama junto a mí, pero las palabras no salen.

Lo último que percibo antes de que la oscuridad me atrape es el peso de una manta cubriendo mi cuerpo.

9

LEV

Parece tranquila cuando duerme.

Me quedo en el marco de la puerta del dormitorio y la observo un momento. Su pelo oscuro se esparce sobre la almohada como un halo. Sus labios están ligeramente entreabiertos, y su pecho sube y baja con el ritmo lento y constante del sueño profundo. La manta se ha deslizado hasta su cintura, dejando ver el sujetador de seda, y dejo que mis ojos recorran las curvas de su cuerpo sin vergüenza. Es hermosa—aún más hermosa así, completamente inconsciente de que la estoy observando.

Habría sido tan fácil tomarla. Estaba justo ahí, apretada contra mí, prácticamente suplicándome que lo hiciera. Solo tenía que coger la fruta madura y me la habría dado de buena gana. Podría haberle hecho lo que quisiera allí mismo en ese sofá.

Y aunque el sedante que le di para dejarla inconsciente funcionó, no lo hice.

Cuando por fin la tenga—y la tendré, eso es seguro ahora—será en mis términos. Hace tiempo que dejé de fingir que soy un buen hombre, aunque el papel que he interpretado esta semana para ella

diga lo contrario. Puede que confíe en mí, pero no soy el tipo de hombre con el que ninguna mujer debería emborracharse.

Aun así, quiero que recuerde cada detalle, no un revolcón de borracha que olvidaría en su mayoría mañana al mediodía.

Me aparto del marco de la puerta y vuelvo al salón, dejando la puerta del dormitorio abierta para oír si se mueve. El fuego se ha reducido a brasas, así que añado un leño y me sirvo otra copa de la garrafa del aparador antes de acomodarme en el sofá donde ella estaba sentada hace un momento. El cojín aún conserva el calor de su cuerpo, y me empapo de él mientras me recuesto y cierro los ojos.

Le dije a Vivika que le daría un buen futuro—que podría volver a casa, pero supe incluso al pronunciar las palabras que estaba mintiendo. Una mujer como Vivika no aparece dos veces. Inteligente, hermosa, maleable—es todo lo que he querido sin saber que lo quería, y ahora que la tengo, no voy a permitir que se me escape de las manos.

Doy un sorbo de whisky y dejo que el ardor se asiente en mi pecho, mientras mi mente ya está sopesando las posibilidades. Ahora cree en la misión. Cree que está ayudando a salvar a mujeres traficadas, que soy una especie de héroe que lucha contra el mal, y esa creencia la ha transformado de una prisionera reticente en una participante voluntaria.

Todo lo que tengo que hacer es mantener viva esa creencia. Si sigo alimentándola con historias sobre el bien que hacemos, se quedará a mi lado por voluntad propia. Pero eso no basta. Las creencias pueden desvanecerse. Las convicciones pueden desmoronarse. Necesito algo más fuerte que la ate a mí de formas de las que no pueda escapar fácilmente.

Necesito averiguar lo que realmente le importa y usarlo para reforzar su deseo hacia mí. Nunca esperé que fuera tan fácil. La mayoría de las mujeres habrían opuesto más resistencia, pero Vivika es

maleable y quizá un poco demasiado crédula. Es como plastilina en mis manos.

Mi teléfono vibra en el bolsillo y lo saco, echando un vistazo a la pantalla. Es Fyodor. Deslizo para contestar, manteniendo la voz baja para no despertar a Vivika.

—¿Qué pasa?

—Yaros… —La voz de Fyodor es cortante—. Ha enviado un aviso y quiere saber quién estaba contigo hoy en el banco.

Me incorporo y me inclino hacia delante para asegurarme de captar cada detalle. —¿Qué clase de aviso?

—Envió a un mensajero que casi lo matan directamente a la puerta de Yuri. Saben que fuiste al banco con alguien y quieren saber quién era. —Dimitri hace una pausa—. La llama "la mujer que dice ser Ana Veche".

—¿Dice ser? —Repaso la frase en mi mente, buscándole significado —. Así que no se lo cree.

—Es difícil de decir. Está siendo cuidadoso, no está revelando sus cartas. No ha amenazado a nadie ni ha pedido pruebas de vida. Pero está buscando información, intentando averiguar a qué estamos jugando.

Me parece extraño que no pidan pruebas. Si alguien apareciera afirmando ser mi hermana tras cinco meses de silencio, querría algo más que un avistamiento en un banco. Querría fotografías, grabaciones de voz, algo concreto que pudiera analizar y verificar. Pero Yaros está tanteando el terreno, y esa cautela me dice algo importante sobre su estado mental.

—Pero ¿no niega que pudiera ser ella? —Me duele la cabeza de pensar tanto.

—No lo niega. Lo cual es interesante, ¿no crees? Si supiera con certeza que su hermana está muerta, lo habría desmentido

inmediatamente. El hecho de que haga preguntas en lugar de acusaciones sugiere que no está tan seguro de su destino como suponíamos.

Remuevo el whisky en mi vaso mientras pienso. —O Yaros mató a su hermana —o la hizo matar, que viene a ser lo mismo—, y no quiere dejarlo entrever… —murmuro antes de beber otro sorbo.

La información que revisé hace dos días era clara al respecto. Pero quizá Yaros realmente está preocupado por su hermana y no solo juega. Si ese es el caso, atacará primero, creyendo que podría asaltar las puertas y salvarla. La única señal será cómo actúe después.

—Tenemos su atención —digo—. Ese era nuestro objetivo…

—De acuerdo. La pregunta es: ¿cuál es la siguiente jugada?

Vivika hizo un trabajo increíble hoy. Estaba con el alma en vilo esperando que el cajero se lo creyera, y por lo visto funcionó. Vivika lo logró mejor de lo que esperaba, y ahora debemos planear qué haremos para que Yaros preste verdadera atención.

—Intensificamos —digo—. Otra aparición pública, pero esta vez más grande. Donde Yaros no pueda ignorarnos, donde su gente nos vea e informe. Y dejaremos claro que Ana no solo ha vuelto: ahora trabaja con nosotros. Aliada con la familia Gravitch contra su propio hermano. —Estoy maquinando. Yuri me dio esto y me hago cargo. Haré que todo funcione, de una forma u otra.

—Eso le forzará a actuar —murmura Fyodor, como si también estuviera pensando.

—Esa es la idea. No puede permitir que la gente piense que su hermana se ha vuelto contra él. Tendrá que responder, ya sea presentando a la verdadera Ana —algo que no puede hacer— o atacándonos.

—Y cuando lo haga, estaremos preparados.

—Exacto.

Fyodor guarda silencio un momento, y me lo imagino sacudiendo la cabeza pensando ya en el peor escenario. —Mañana —dice al fin—. Hay un evento benéfico en el Teatro Mariinski. Una cena con muchos invitados importantes, mucha prensa. Si aparecemos con Ana de tu brazo, todos los poderosos de la ciudad lo sabrán antes de medianoche.

—¿Puedes conseguirnos entrar?

—Ya estoy en ello. Tendrás los detalles por la mañana.

—Bien. —Me bebo el resto del whisky y dejo el vaso aparte—. ¿Algo más?

—Solo una cosa. —La voz de Fyodor cambia, adoptando un tono más cauteloso—. Yuri quiere saber cómo está rindiendo el activo.

Como si Vivika fuera un equipo que mantener. Siento un destello de irritación pero lo reprimo, manteniendo mi voz neutra. —¿No le has contado lo del banco?

—No me corresponde a mí, hermano.

—Pues dile que es impecable —digo, y lo dejo ahí. Porque lo es, y cada vez entiendo más que esa impecabilidad es la cualidad exacta que he esperado en una mujer toda mi vida.

La línea se corta, y me levanto para volver al dormitorio, deteniéndome en el umbral para observarla dormir de nuevo. Se ha movido mientras hablaba por teléfono, acurrucada de lado con una mano bajo la mejilla como una niña. La manta se ha deslizado más, revelando la curva de su cadera bajo esas bragas negras de encaje, y siento el calor familiar agitarse en mi entrepierna ante la vista.

Paciencia.

Me obligo a contenerme. Quiero meterme en esa cama con ella y hacerle notar mi presencia, pero me siento en la silla y me limito a

mirarla.

Mi vida ha estado llena de una prueba tras otra. Cosas contra las que he luchado. Cosas que he tenido que vencer antes de ser aceptable.

Y ahora esto.

Vivika Razhkova es un ángel enviado por Dios mismo para salvarme. No me cabe duda. El lujo de su presencia no puede desperdiciarse, ni un solo segundo. Solo debo averiguar cómo convencerla de que quedarse aquí es su única opción después de todo esto.

Después de todo, si le gusta el poder de saber que ayuda a mujeres, hay muchas obras filantrópicas que puede hacer con mi dinero y poder. Y si eso basta para que abra las piernas y se le vuelvan los ojos hacia atrás, es un precio pequeño.

Porque ahora es mía. Y nadie, ni siquiera mi tío Yuri, puede arrebatármela.

10

VIVIKA

Me despierto con el calor de otro cuerpo presionado contra mi espalda desnuda y no recuerdo haberme quitado la ropa.

Mis ojos se abren de golpe y el corazón me golpea contra las costillas mientras intento orientarme. ¿Dónde estoy y cómo he llegado aquí? La habitación no me resulta familiar. Las sábanas huelen a colonia masculina, y hay un brazo sobre mi cintura con tantos tatuajes que apenas distingo su color. Me sobresalta incluso cuando reconozco que es Lev y recuerdo que estamos en su casa, ya no en la de su tío. Pero los detalles de cómo acabé desnuda y cómo llegué a esta cama con él son borrosos.

Empiezo a deslizarme hacia el borde de la cama, moviéndome despacio para no despertarle, pero una mano fuerte me agarra la cadera y me arrastra de nuevo contra un pecho duro.

—¿Adónde vas? —La voz de Lev es ronca por el sueño, su aliento cálido contra mi nuca. Siento la barba de tres días rozar mis vértebras, luego un mordisco de sus dientes en mi piel, y me muero de vergüenza. ¿Me lo he tirado y no me acuerdo?

Me pongo rígida en sus brazos mientras los sucesos de anoche vuelven a mí en fragmentos: el banco, el trayecto a su casa

adosada. Bebimos whisky junto al fuego. Y recuerdo haber coqueteado con él cuando aquel trago hizo efecto misteriosamente rápido.

Luego… nada. Un vacío donde debería haber recuerdos, lleno solo de oscuridad y la vaga sensación de haber sido cargada.

—Yo… —Me sale la voz ronca—. ¿Qué ha pasado?

Su mano se mueve desde mi cadera, deslizándose por mi costado en una lenta exploración que eriza mi piel. No toca mis pechos, y cuando su mano resbala hacia abajo sobre mi cadera, noto la goma de mis bragas. Así que no estoy completamente desnuda.

—¿Hemos…? —Trago saliva, forzándome a hablar—. ¿Hemos mantenido relaciones? —La pregunta sale casi en un susurro cómplice porque me siento avergonzada.

—No —Su mano continúa su recorrido, trazando la curva de mi cintura, el hueco bajo mis costillas—. Estabas borracha. No follo con mujeres incapaces de recordarlo por la mañana.

Me inunda el alivio, seguido de inmediato por la confusión. Noto cómo me presiona por detrás, duro como una roca y empujando contra mis nalgas. ¿Me tuvo en su cama toda la noche, casi completamente desnuda, y no hizo nada?

Me quedo allí pensándolo un minuto y eso me relaja un poco. Anoche lo deseaba con locura. Llámalo efecto del alcohol, o quizá el subidón de haber dado la talla como Ana Veche, pero mi cuerpo ardía y él era lo único que podía apagarme. Si no tuvimos sexo, fue porque él tiene autocontrol. Yo desde luego no. No entiendo qué lo detuvo.

—Pero me desnudaste tú —digo suavemente, con curiosidad mezclada con casi acusación.

—Porque tú no podías. Apenas te tenías en pie. ¿No querías dormir con ese vestido de cuatrocientos dólares? —Sus labios rozan mi

hombro, leves como plumas, y tiemblo a pesar de mí—. Fui un perfecto caballero. Pero ahora que estás sobria…

Deja la frase en el aire. Su mano acaricia ligeramente entre mis pechos, evitando mis pezones, pero noto que quiere tocarlos.

—¿Ahora que estoy sobria, qué?

—Ahora seré lo que tú quieras que sea.

Su mano desciende ahora, rozando la parte inferior de mi pecho derecho, y sé que debería apartarme. Este hombre me secuestró y me tiene prisionera. Cualquier atracción que sienta por él es retorcida y equivocada, probablemente un síndrome de Estocolmo. Diablos, seguro que me drogó. Imposible que aquel trago fuera tan fuerte como para dejarme inconsciente.

Pero pienso en anoche, en lo fácil que le habría resultado tomar lo que yo le ofrecía. Estaba borracha, dispuesta y prácticamente arrojándome sobre él, y él me metió en la cama. Podría haberme hecho lo que quisiera y yo no habría podido evitarlo.

Sus caderas bombean contra mi cuerpo, recordándome esa parte de él ansiosa por tener lo que yo estaba tan dispuesta a entregarle anoche, pero aprieto los ojos y los dientes. ¿De verdad quiero abrirme y dejar que mi captor me posea? ¿Soy tan débil que un ápice de humanidad en un hombre que me robó mi vida basta para doblegarme y abrirme para él?

—Eso si aún te interesa —La mano de Lev omite ya las delicadezas, agarrándome con fuerza, retorciendo un pezón y amasando mi carne. Hace que estremezca y emita un leve silbido mientras mi cuerpo responde al estímulo.

—Yo… —gimoteo, incapaz de detenerle. Aunque quisiera, no podría. Es mucho más fuerte que yo y ya estoy prácticamente desnuda.

—Si no te gusta esto, solo dime que pare. No significa que lo haré, pero puedes decirlo —dice, y noto que sonríe al decirlo.

Me quedo rígida mientras sus labios imprimen beso tras beso por mi espalda y mi muslo. Cuando se incorpora, la manta se va con él y el aire me enfría. Cuando agarra mi rodilla y me abre de piernas, no me queda más remedio que girarme de espaldas y dejar que me mire, temblando. Y solo puedo quedarme mirándole.

Tiene unos músculos abdominales cincelados y fibrosos, unos pectorales duros y llenos que piden a gritos ser tocados y acariciados, todo cubierto de tatuajes oscuros que lo pintan como el monstruo que es. El monstruo que anhelo que me devore.

—Mira este desastre —ronronea, frotando su pulgar por fuera de mis bragas donde siento la humedad acumulándose—. ¿Todo para mí?

Levanta la mirada hacia mi rostro, pero mis ojos se desvían hacia sus calzoncillos donde su polla ya no está escondida. Sobresale por la abertura frontal y es enorme. Hace que me contraiga involuntariamente y gima.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿Nunca habías visto una polla tan grande? No te preocupes… —Su pulgar sigue frotándome, pero ahora también se está tocando él—. Seré suave.

—Joder. —Estoy muerta. Literalmente muerta, y esto es un sueño antes de que se abran las puertas del infierno y me coronen como la peor pecadora de la Tierra, ¿verdad?

Me ha secuestrado. Él, y no otro, y ahora mi cuerpo gotea por desearlo mientras está ahí rogando por entrar.

—Lev, yo… —intento protestar, pero su pulgar se desliza bajo la tela empapada de mis bragas y me puntea como una guitarra. Piel con piel, es tan intenso que no puedo hacer otra cosa que arquearme hacia él. Y cuando mete ese pulgar dentro de mí, gimo y me retuerzo contra su mano.

—Así, buena chica.

Dios, cómo me habla. No puedo. No debería.

—Lev, por favor… —No sé si pido más o que pare, así que cuando me pregunta, no puedo responder.

—¿Por favor qué, cariño? ¿Qué quieres que haga por ti? —El dedo de Lev sigue trabajando, deslizándose en mi profundidad, luego sale rozando mi clítoris y vuelve a empezar. Es embriagador, llevándome a una excitación profunda, y no quiero que pare. Simplemente no me gusta lo que esto dice de mí.

—Yo… —Me contraigo y protesto. Mis brazos cubren mis pechos en posición de oración y él chasquea la lengua.

—Qué pena tapar un cuerpo tan hermoso, Vivika. Déjame verte. —Sus ojos son casi negros de lujuria mientras alarga la mano libre y tira de un brazo, luego del otro—. Tetas perfectas.

Soy un charco de gemidos y descontrol. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué mi cuerpo me hace esto?

Con un fuerte tirón, arranca la entrepierna de mis bragas y sin querer, también rasga sus calzoncillos, quedando ambos desnudos. Me sobresalta tanto que salto y vuelvo a cubrirme el pecho. Pero esta vez, se inclina sobre mí, estirándose para sujetar mis muñecas y fijarlas sobre mi cabeza con una mano.

—Te voy a tomar despacio y con calma. Desgarraré ese coñito hasta hacerlo trizas para que recuerdes quién te posee ahora. Y cada vez que mees, recordarás mi nombre. Te durará días. —Los labios de Lev rozan los míos, pero siento su mano entre nosotros, deslizando su polla por mi humedad.

—Mierda —siseo, y odio lo mucho que deseo que me penetre.

Pero esto está mal.

No puedo hacerlo. Es como darle permiso para seguir teniéndome cautiva aquí. Quiero irme a casa. No quiero ser más la doble de Ana Veche. Quiero mi vida aburrida y mi rutina.

—Pa… para —gimo, pero su pulgar recomienza ese movimiento, recorriendo mi clítoris, bajando hasta mi entrada y volviendo arriba.

—¿De verdad quieres que pare ahora?

Su pulgar me estimula de verdad, y gimo, frotándome contra él. Mi cuerpo claramente no quiere que pare, pero ¿cómo hacer que mi mente lo acepte? No respondo—no contesto, salvo por seguir embadurnando mi humedad por su ardiente polla mientras él me toca.

—Vamos… No voy a tomarlo. Tienes que dármelo. Sé buena chica y dime que pare, o que lo tome. —Muerde mi labio inferior y luego baja la boca para chupar mi pulso; mientras lo hace, su polla roza mi entrada y me encuentro bajando la cadera. Lo quiero dentro.

—Dime que pare, Viv —tienta, ya con un centímetro dentro de mí. Tiene infinitamente más control sobre su cuerpo que yo. Mis manos le arañan los costados y mis caderas se alzan para encontrarlo—. Dilo, princesa. Dime que pare lo que estoy haciendo y todo esto desaparecerá. Nunca más tendrás que preocuparte por que quiera follarte. Serás solo mi activo y trazaremos esa línea.

Vuelvo a gemir, especialmente cuando me besa con plenitud. El calor abrasador de sus labios me hace temblar. Podría correrme aquí mismo si solo prestara un poco más de atención a mi clítoris. Pero es tortuosamente lento en lo que hace. Como si supiera lo que necesito y me lo negara, obligándome a hablar.

Cuando su mano rodea mi garganta y aprieta fuerte, abro los ojos para mirarlo fijamente. Al mismo tiempo, su polla comienza a descender en mí, estirándome y hundiéndose hasta que lo siento completamente dentro.

—He dicho que me digas que pare —repite, pero niego con la cabeza.

—No pares —chillo, y es como si hubiera roto un dique.

El agarre de Lev en mi garganta se afloja sin soltar. Sus caderas chocan contra las mías mientras su polla alcanza mi fondo y sus labios vuelven a cubrir los míos.

Es exquisito, las poderosas oleadas de sensaciones recorriendo cada centímetro de mi cuerpo. Levanto las piernas y las enrosco en sus caderas mientras me alzo para seguir su ritmo, y me muerde el labio con tanta fuerza que saboreo el cobre.

—Joder, qué estrecha estás. Tu coño fue hecho para mí, Vivika.

—Ay, Dios —gimoteo. Se siente increíble— como si mi cerebro pudiera implosionar y me daría igual morir aquí, y ni siquiera me ha hecho correr todavía. Pero se está acumulando.

Siento la presión en mi centro, como un muelle apretándose alrededor de un tornillo a punto de saltar. Se me curvan los dedos de los pies y arqueo la espalda. Nunca es tan fácil.

—Mierda, vas a correrte caliente, cariño… Tienes que aflojar. —Retrocede, sacándola por completo antes de voltearme y hundir mi cara en las almohadas. Luego vuelve a entrar, deslizándose en mí por detrás mientras me da una palmada en el culo—. Sí… así. Ese coño está gritando por liberarse, ¿verdad?

—Mmm —es todo lo que logro articular, y él agarra un mechón de mi pelo y tira fuerte.

—Dilo…

—Sí —gimoteo—. Quiero correrme tanto. Por favor. Mis palmas se extienden sobre la sábana y él empuja dentro de mí con más fuerza.

—Buena chica. Le agarrarás el tranquillo a esto. —Otra palmada fuerte en mi culo me hace sobresaltar, y gimo alto, retrocediendo hacia él mientras levanta mis caderas pero mantiene mi cara hundida en las sábanas—. Joder, estás que ardes. —Su pulgar presiona contra mi trasero mientras dice—: Voy a coger esto

también después, estirar este anillo ardiente hasta que grites mi nombre.

Pero cuando introduce su pulgar en mí, escupiendo en mi entrada para lubricarla, pierdo el control. Mi cuerpo se tensa y empiezo a sacudirme y convulsionar. Su pulgar se hunde tan profundo como puede empujarlo, estirándome casi dolorosamente, mientras su polla sigue deslizándose dentro y fuera de mi centro.

—Dios… demasiado… Es tan intenso. —Me retuerzo, arañando las almohadas, y cuando mete un segundo dedo en mi agujero trasero, grito en una de ellas.

Pero mi agonía y éxtasis duran poco cuando siento que empuja más hondo y su polla empieza a palpitar. Pequeños gruñidos de placer escapan de sus labios mientras continúa deslizándose dentro y fuera de mí unas cuantas veces más, y suspiro y tiemblo cuando saca sus pulgares.

Entonces solo queda su polla y la humedad rezumante que chorrea por mis muslos. Todavía me sacuden las réplicas, temblando y babeando en un montón de pelo enmarañado y almohadas. Y cuando Lev se retira y el resto de su semen escurre por mi pierna, lo único que puedo hacer es desplomarme de lado y respirar.

Fue increíble y me siento agotada.

Sus labios presionan mi hombro mientras se acurruca a mi alrededor, y siento las palabras vibrar contra mi piel antes de oírlas. —Eres increíble.

No sé qué responder. Mi cuerpo aún zumba con las réplicas, mi mente aún aturdida por la intensidad. Nunca he estado con nadie como él, nunca había experimentado algo ni remotamente parecido a lo ocurrido en esta cama. Me deja sintiéndome desnuda y expuesta, casi como si me hubiera traicionado por desearle.

Pero le deseé. Le deseo. Simplemente no sé por qué.

Ahogo las emociones antes de que echen raíces. Esto no es amor. Ni siquiera es el principio del amor. Es sexo, puro y duro, dos cuerpos buscando placer mutuo. No significa nada. No permitiré que signifique nada.

—¿Café? —pregunta Lev, saliendo de la cama con despreocupación. Como si no sintiera nada, o quizá para él es más fácil desconectar emocionalmente. Pero logro responderle con voz ronca.

—Por favor.

Le observo ponerse unos pantalones, mis ojos recorren los tatuajes que cubren sus brazos y pecho, los músculos que se mueven bajo su piel. Me pilla mirando y sonríe burlón, y siento que me sube el calor a las mejillas mientras agarro la sábana y me cubro cuando sale con paso seguro.

Acaba de follarme. Tenía los dedos en mi culo y ¿me avergüenza que me mire desnuda? Dios mío, soy tan estúpida. ¿Por qué le permití hacerme eso? ¿Qué me pasa? ¿Cómo puedo ser tan débil dejando que las sensaciones físicas gobiernen mi vida?

Para cuando encuentro mi ropa y me arreglo, el aroma de café recién hecho flota por la casa adosada. Lo sigo hasta la cocina, donde Lev está apoyado en la encimera con una taza en la mano y otra esperándome.

—Tenemos que hablar de esta noche —dice mientras cojo la taza y rodeo su calor con mis manos.

—¿Qué pasa esta noche? —Cambia tan fácilmente de follarme a los negocios. Me pregunto si tendrá corazón en ese pecho.

—Otra salida: un club Gravitch al este de la ciudad. —Toma un sorbo de su café, observándome por encima del borde—. Debemos seguir presionando, asegurarnos de que los Veche noten que Ana ha reaparecido. El banco fue un buen comienzo, pero necesitamos más visibilidad.

No sé qué pensar de todo esto. Acepté colaborar con él para salvar a esas mujeres, pero mi negocio peligra cuanto más lo ignoro. Mis clientes no sabrán qué me pasó ni por qué falté a las citas. ¿Y mi alquiler? ¿Mis facturas? ¿Quién cuida de mi vida mientras desfilo aquí?

Pero aún tengo su sabor en los labios y me cuesta concentrarme. El recuerdo de sus manos en mi piel está grabado como una marca. Ni siquiera puedo pensar en otra cosa. Pero me obligo a centrarme y entrar en situación. Seguro que tendré tiempo de sobra para la autocrítica y las obsesiones cuando vuelva a encerrarme.

—¿Qué tendré que hacer exactamente?

—Lo mismo que antes. Finge ser Ana. Quédate cerca. Deja que la gente vea tu cara y saque sus propias conclusiones. —Deja su taza y cruza la cocina hacia mí, deteniéndose tan cerca que debo levantar la cabeza para mirarle—. Lo hiciste bien en el banco. Mejor de lo esperado. Esta noche será más fácil porque estaré a tu lado todo el tiempo.

—¿Y después de esta noche?

—Paso a paso. —Alarga la mano y me aparta un mechón de pelo tras la oreja, luego enrosca sus dedos en mi nuca y me besa con fuerza. El beso se prolonga, y aún saboreo mi humedad en sus labios, salada y penetrante. Cuando enreda su mano en mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás, dejo escapar un gemido suave. Lev se demora y luego me suelta—: Céntrate en esta noche. Ya nos ocuparemos del resto luego.

Bebo un sorbo de café para ocultar mi confusión, el enredo de emociones que no sé nombrar. Hace una hora desperté en la cama de este hombre sin recordar cómo llegué. Y ahora estoy en su cocina con el vestido sucio de ayer y las pruebas de nuestro encuentro aún pegajosas entre mis muslos.

Mi vida se ha convertido en algo irreconocible.

Pero cuando Lev me mira con esos ojos oscuros, cuando su mano roza mi mejilla con esa inesperada ternura, siento que me inclino hacia no querer la misma vida de antes.

Me aterra.

11

LEV

El Teatro Mariinsky es exactamente como lo recordaba de la última vez que asistí a un evento aquí: grandiosas arañas de cristal, molduras doradas en cada arco, cortinas de terciopelo color sangre y una elegancia de otro tiempo que me hace sentir como si retrocediera décadas. La cena benéfica ha atraído a todos los poderosos de San Petersburgo, y el salón principal está repleto de políticos, empresarios y gente que quiere ser vista codearse con ambos.

Guío a Vivika entre la multitud con la mano en su espalda baja, asintiendo a conocidos e ignorando las miradas curiosas que nos siguen. Está deslumbrante esta noche con un vestido negro hasta los pies que abraza sus curvas y deja sus hombros al descubierto. Su cabello oscuro recogido revela la elegante línea de su cuello. Parece que pertenece a este lugar.

Se parece a Ana Veche.

—Señor Gravitch —se acerca un camarero con una bandeja de copas de champán, y cojo dos, entregándole una a Vivika—. ¿Disfrutando de la velada? —Sus ojos se posan un instante en el rostro de Vivika

con expresión perpleja, como si la reconociera pero sin atreverse a mencionarlo.

—Muchísimo —le digo, recorriendo la sala con la mirada en busca de alguien que pueda hacer de mensajero sin pedírselo. Alguien que conozca a Ana y a Yaros y tenga propensión al chismorreo.

Los ojos del camarero se ensanchan casi imperceptiblemente antes de componer una sonrisa profesional mientras dice—: Señora Veche, por favor avíseme si necesita algo. Y el anzuelo está clavado. Ya hay un pez en el sedal que cree que Vivika es realmente Ana. Hasta ahora, todo bien.

Le despido con un gesto mientras avanzamos hacia las mesas. El camarero desaparece entre la multitud, y sé que en minutos todos los empleados susurrarán ese nombre. Para mañana por la mañana, la información habrá llegado exactamente a los oídos que quiero. El Teatro Mariinsky es terreno neutral, frecuentado por todas las familias de la ciudad, y por eso precisamente Dimitri lo eligió para esta salida.

—Lo estás haciendo muy bien —le digo a Vivika en voz baja para que solo ella lo oiga, y me recuerda a los elogios que le prodigué esta mañana en la cama. Dios, qué ganas de repetirlo—. Pero relaja los hombros. Ana nunca parecía tensa, ni siquiera rodeada de enemigos.

Vivika ajusta su postura, dejando escapar la tensión de su torso—. ¿Mejor?

—Mejor —doy un sorbo al champán sin dejar de escrutar la sala—. Recuerda: somos socios discutiendo negocios, nada más. Si alguien se acerca, déjame hablar a mí. Tú solo aparenta que perteneces aquí.

—No pertenezco aquí —murmura, y percibo la falta de confianza en su tono. Pero sus hombros permanecen erguidos y su sonrisa fija.

—Nadie tiene que saberlo —dejo mi copa y sostengo su mirada—. Perteneces donde decidas pertenecer. Esa es la primera regla para ser una Donna: actúa como si la sala fuera tuya, y todos creerán que lo es.

Nos dirigimos a nuestra mesa asignada cerca del frente, donde tarjetas de lugar nos sitúan entre empresarios y sus esposas. Aparto la silla de Vivika y se acomoda con la gracia que le he inculcado durante días. Pide del menú con tal seguridad que casi no la reconozco, nada que ver con la mujer temblorosa que saqué por aquella ventana hace una semana.

La transformación es asombrosa, y me pregunto cuánto es actuación y cuánto es la verdadera Vivika encontrando por fin su lugar.

La cena se sirve por platos, cada uno más elaborado que el anterior, mientras vigilo a Vivika con un ojo y la sala con el otro. El teatro está concurrido esta noche, mesas llenas de la mezcla habitual de oligarcas, políticos y trepas. Nada fuera de lo común. Nada que justifique las campanas de alarma que repiquetean levemente en mi mente.

Pero algo no encaja.

No sé precisar qué, pero he aprendido a confiar en mis instintos. Me han mantenido vivo cuando hombres más listos acabaron en fosas poco profundas. Así que sigo observando la sala mientras mantengo una conversación trivial con Vivika sobre el tiempo. Ella sonríe, inclina la cabeza con elegancia y bebe vino ocasionalmente, pero mi inquietud no cesa.

—¿Lev? —la voz de Vivika corta mis pensamientos—. ¿Va todo bien?

—Perfecto —fuerzo una sonrisa—. Solo vigilo el entorno.

Llega el plato principal y comemos, manteniendo la ficción de una velada casual mientras mi atención se divide entre la mujer a mi lado y la sala llena de extraños que son meros espectadores de

nuestra obra. Y cuando alargo la mano hacia mi vaso de agua, el mundo estalla.

El estampido del disparo llega a mis oídos una fracción de segundo después de que la alta ventana estalle. Una cascada de cristales llueve sobre el comedor entre gritos y gente que se tira al suelo cubriéndose. Vivika grita, y ya estoy en movimiento, lanzándome sobre su cuerpo y arrastrándola bajo la mesa mientras el caos estalla a nuestro alrededor.

La gente grita corriendo y volcando sillas y mesas en su desesperación por huir del peligro. Mantengo a Vivika inmovilizada bajo mí, pero no llegan más disparos, solo la cacofonía de docenas de invitados embistiendo para escapar. El disparo vino desde fuera, al otro lado de la calle, pero cuando miro hacia la ventana, solo veo acera vacía y cristales rotos.

El tirador se ha esfumado—desaparecido sin dejar rastro.

—Quédate agachada —le siséo a Vivika mientras me incorporo. Y veo a dos hombres abriéndose paso entre la multitud aterrorizada hacia nuestra mesa. Me miran con furia, llevando la mano hacia armas ocultas, y sé para qué han venido. Quieren a Vivika, quizá para salvarla o para matarla, pero no pienso permitirlo.

El primero llega hasta mí y lanza un puñetazo que bloqueo con el antebrazo antes de contraatacar con un gancho a las costillas que le dobla por la mitad. Luego alzo la rodilla contra su cara cuando se desploma. La sangre brota de su nariz y cae pesadamente, pero el segundo ya está sobre mí, su puño impacta contra mi mandíbula en un golpe que hace que mi visión se vuelva blanca por un instante.

Tambaleo pero no caigo, la memoria muscular toma el control cuando esquivo su siguiente golpe y clavo el codo en su garganta. Se atraganta y retrocede tambaleándose, con las manos en el cuello, y remato con una patada en la rodilla que lo derriba junto a su compañero.

Ninguno se levantará pronto, pero tampoco están muertos. Lo que significa que debemos movernos ahora o eventualmente se recuperarán e intentarán arrebatármela de nuevo.

—¡Ana! —Le agarro la mano y la saco de debajo de la mesa—. Tenemos que salir pitando. Tiembla al salir del escondite, aferrándose a mí como si fuera su salvavidas, y echamos a correr.

Atravesamos el caos del comedor, esquivando mesas volcadas y invitados en traje de noche presas del pánico, y empujo una puerta lateral hacia los pasillos traseros del teatro donde el personal se agrupa en rincones con rostros pálidos por el miedo, pero se apartan sin mediar palabra mientras arrastro a Vivika hacia la salida trasera.

Irrumpimos por la puerta de servicio al callejón trasero del Mariinsky, y por suerte, el coche está aparcado en la acera donde lo dejé. Meto a Vivika en el asiento del copiloto antes de deslizarme sobre el capó y meterme al volante. El motor ruge al arrancar, y salgo patinando con un chirrido de neumáticos, el corazón acelerado y los nudillos blancos sobre el volante.

—¿Qué coño ha pasado eso? —La voz de Vivika tiembla, su rostro tan pálido que parece un fantasma.

—No lo sé. —Y odio no saberlo. Nadie me advirtió que esto era posible, lo que significa que surgió rápido o Dimitri lo habría sabido —. Pero voy a averiguarlo.

Saco el móvil y marco a Yuri, manteniendo una mano en el volante mientras recorremos las calles hacia mi adosado. Contesta al segundo tono.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha intentado matarme, joder. Un tirador reventó una ventana en el Mariinsky durante la cena benéfica. —Que sea sobre mí quita presión a Vivika. No puede pensar que quieren matarla o se echará atrás—. Luego dos tipos nos atacaron dentro, pero los dejé fuera de combate. —Tomo una curva demasiado rápido y siento

cómo derrapan los neumáticos en el asfalto mojado—. Creo que eran los Veche, pero no tengo pruebas.

—¿Estás herido?

—No, ni ella tampoco.

—Bien. —Yuri siempre suena tan condenadamente seguro, pero no es él quien recibe los disparos—. Llévala a un lugar seguro y quédate allí. Haré algunas llamadas, veré qué puedo averiguar.

—Los hombres del restaurante... no los reconocí. —Conozco a la mayoría de los matones de esa familia, lo que hace esto aún más extraño. Quizá Yaros contrató ayuda externa para ocultar sus crímenes a su familia, o quizá fue otro completamente distinto. No es el único que saldría ganando si Ana desaparece para siempre.

—Lo resolveremos. Por ahora, céntrate en mantenerla con vida. Muerta no nos sirve de nada.

La llamada se corta, y tiro el móvil a la consola. Entonces miro a Vivika y la encuentro mirando al frente, con las manos apretadas en el regazo, temblando y aterrorizada. Algún maldito bastardo intentó tocar algo que he reclamado como mío, y al verla, noto lo mucho que la ha afectado.

—Oye. —Alargo la mano y tomo la suya, apretando suavemente—. Estás bien. Estamos bien.

—Alguien ha intentado matarme. —Su voz apenas supera un susurro asustado, pero me mira con ojos desorbitados y cejas alzadas.

—Alguien ha intentado matarme a *mí* —la corrijo, aunque al decirlo no estoy seguro de que sea cierto—. Tú solo estabas allí por casualidad.

—¿Se supone que eso me hace sentir mejor? —Lágrimas le surcan las mejillas y se suelta de mi agarre, así que le doy espacio. Esta mañana estaba tan abierta conmigo, tan enredada en mi dedo que realmente conectamos, y luego pasó esto. Es exasperante no poder

controlar las circunstancias fuera de casa como controlo el termostato dentro.

Conduzco en silencio, escuchándola llorar suavemente sin poder ayudarla. No soy un hombre que dé consuelo. Mi trabajo es entrenarla y hacerla obedecer, no mimarla como una gallina clueca. Pero tampoco quiero llevarla al punto de no retorno donde empiece a rebelarse. Estoy atascado, así que me callo.

Veinte minutos después, entro en la entrada de mi adosado y apago el motor, volviéndome hacia ella en la oscuridad. Ya no solloza, pero sigue resollando y aún me duele. —No te voy a mentir, Vivika. Esto es peligroso, más de lo que pensé. Pero esta noche te has comportado de maravilla. Mantuviste la cabeza fría cuando la mayoría se habría desmoronado.

Me mira, sus ojos verdes brillan con lágrimas retenidas. —Estaba aterrorizada.

—Yo también. —No es del todo cierto, pero se acerca—. El miedo no importa. Lo que importa es lo que haces cuando tienes miedo. Y tú hiciste exactamente lo necesario.

Asiente lentamente mientras parte de la tensión abandona sus hombros. Llevo su mano a mis labios y beso sus nudillos, manteniendo su mirada mientras lo hago.

—Vamos —la convenzo, besándola una vez más—. Deberíamos entrar por si nos siguieron. Mi casa es una fortaleza. Nadie puede entrar ahí, ¿vale? Ahora estamos a salvo.

Ya no sé si eso es cierto. No estoy seguro de que haya algún lugar realmente seguro ahora. Pero aun así la conduzco hacia la casa, cerrando la puerta con llave y activando la alarma, y no suelto su mano hasta que estamos en medio de mi salón con las cortinas corridas y las luces bajas.

Alguien quiere que muramos.

Tengo la intención de descubrir exactamente quién antes de que tengan otra oportunidad.

Y cuando los encuentre, se arrepentirán de haber apretado ese gatillo.

12

VIVIKA

No puedo dejar de pensar en cómo estalló el cristal hacia dentro, destellando mientras llovía sobre los invitados que gritaban. El sonido al romperse se ha incrustado en mi cerebro, repitiéndose cada vez que cierro los ojos. Apenas he dormido esta noche, y cuando logré quedarme dormida, soñé con balas y sangre y el cuerpo de Lev cubriéndome mientras unos hombres nos perseguían.

—Necesitas comer algo.

La voz de Lev me saca de mis pensamientos y miro el plato que tengo delante, intacto y enfriándose. Estamos sentados a la mesa de su cocina con un portátil abierto entre nosotros, las imágenes de vídeo de Ana Veche congeladas en la pantalla. Estoy jodidamente cansada de ver a Ana Veche. Lev llama a esto «lecciones», y las odio. Si convertirme en Ana Veche significa también recibir los ataques dirigidos a ella, no quiero saber nada de eso.

—Estoy bien —digo, apartando el plato.

—No has comido desde la cena. Vas a ponerte enferma.

—Quizá ya lo estoy —le sostengo la mirada al otro lado de la mesa —. Quizá estoy harta de todo esto.

La mandíbula de Lev se tensa, pero no responde. Alarga la mano y pulsa la barra espaciadora para que el vídeo vuelva a reproducirse, y Ana Veche entra en una habitación llena de hombres con trajes caros, con la cabeza erguida y andando con seguridad. La veo estrechar la mano de alguien cuyo rostro está difuminado. Sonríe, pero todo en ella parece superficial. No es en absoluto el tipo de mujer que quiero ser.

—Fíjate en cómo le saluda —dice Lev—. La forma en que extiende la mano, con la palma hacia abajo. Es un movimiento de poder.

—Me da igual.

Pausa el vídeo. —¿Perdona?

—He dicho que me da igual —me aparto de la mesa y me levanto, haciendo que las patas de la silla chirríen contra el suelo—. Alguien intentó matarme anoche, Lev. ¿Y quieres que me siente aquí viendo vídeos como si no hubiera pasado nada?

—Los disparos no iban dirigidos a ti —refunfuña y pulsa de nuevo la pausa. La frustración grabada en las profundas arrugas de su frente es dolorosamente obvia. Nunca me había rebelado hasta ahora. He sido su pequeña marioneta obediente, pero que alguien me disparara ha soltado algo. No voy a quedarme sentada aquí para que me ejecuten sin luchar.

—¿Cómo puedes saberlo? —levanto los brazos dramáticamente, pero estoy asustada. Eso realmente me ha jodido la cabeza.

Se recuesta en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho. —Porque los Veches creen que eres Ana... su Donna. La mujer que dirige toda su organización. ¿Por qué iban a intentar matar a su propia líder?

—Quizá saben que soy una impostora.

—No saben nada —su voz es controlada, pero de ningún modo está tranquilo. Le he alterado y está conteniendo sus reacciones—. Si supieran que eres una impostora, te expondrían. Lo usarían para desacreditarnos, para volver nuestro propio juego contra nosotros. Matarte no les reporta nada.

—Entonces, ¿a quién intentaba alcanzar el tirador?

—A mí —lo dice como si fuera obvio, como si fuera estúpida por preguntarlo—. Soy yo quien tiene a su Donna secuestrada. Me quieren muerto para recuperarte.

Le miro mientras me rodeo con los brazos. —¿De verdad te crees eso?

—Lo sé. Es lo que haría yo en su lugar —descruza los brazos y se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Quieren a Ana de vuelta. Sin ella, Yaros no tiene autoridad real. Todo el imperio Veche empieza a desmoronarse.

—¿Y se supone que eso me va a hacer sentir mejor? ¿Que intentaban asesinarte a ti en vez de a mí? —Es un estúpido. Niego con la cabeza y le frunzo el ceño. Como si importara si disparan contra él o contra mí. Seguían disparando. ¿Y qué habría pasado si le hubieran disparado a él y vinieran a llevarme, solo para descubrir que no soy realmente su Donna?

—Debería hacerte sentir más segura. Eres valiosa para ellos viva. Mientras crean que eres Ana, no se arriesgarán a hacerte daño.

Suelto una risa amarga que me araña la garganta. —Estoy harta de oír eso. No quiero que mi valor en la vida dependa de una desconocida a la que nunca he visto. Soy una persona con sentimientos. —Niego con la cabeza, notando cómo la rabia me sube al pecho. —He hecho suficiente, Lev. Quiero salir de esto.

—No puedes simplemente—

—Quiero volver a casa —escupo, pero estoy conteniendo las lágrimas. Apenas he reaccionado ante el hecho de que me secuestraran y obligaran a ser su peoncito. Creo que es hora de que oiga lo que realmente siento. —He jugado a tu juego. Me he puesto tu ropa, he memorizado tus vídeos y he dejado que la gente crea que soy alguien que nunca seré. Y todo lo que he conseguido es que me dispararan en un maldito teatro mientras comía salmón carísimo. Así que perdóname si ya he terminado de ser valiosa.

Lev se levanta lentamente, desplegándose de la silla. Cuando se yergue a su estatura completa resulta intimidante, aunque siento un palpito de esa misma atracción mórbida que me invade cuando me mira. Se acerca a mí rodeando la mesa y yo retrocedo instintivamente, chocando contra la pared.

—Me prometiste que esto ayudaría a la gente —digo, temblando ahora—. No he oído ni una sola cosa sobre mujeres salvadas. ¿Dónde están, Lev? ¿Dónde están todas esas chicas que supuestamente estoy rescatando? —Avanza centímetro a centímetro pero yo le empujo el pecho, manteniéndole alejado.

—Estas cosas requieren tiempo.

—¿Cuánto tiempo? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? —Siento las lágrimas quemándome los ojos, pero me niego a dejarlas caer—. ¿O solo me decías lo que quería oír para que cooperara? —Mi puño golpea su pecho, pero estoy segura de que solo yo siento el escozor.

Los ojos de Lev se oscurecen y se estrechan al fijarse en mí, y me agarra la muñeca mientras me fulmina con la mirada.

—La operación sigue en marcha —dice—. Cuando se abran las rutas, cuando tengamos el control—

—¡Cuando, cuando, cuando! —grito, liberándome de su agarre—. Siempre es "cuando" contigo. Y nunca va a pasar. —Empujándole con fuerza, intento pasar a su lado, pero me acorrala—. Ya no te creo. No hay mujeres siendo salvadas. Creo que te inventaste una

bonita historia para que hiciera lo que querías, y caí como una idiota porque soy una estúpida mujer confiada y crédula y tú eres solo un guapo desconocido.

—Vivika—

—¡Quiero volver a casa! —grito de nuevo, golpeando su pecho con tanta fuerza que retrocede, pero vuelve a agarrarme ambas muñecas y me mira fijamente.

—No puedes volver a casa.

—¿Por qué? ¿Porque sigo siendo necesaria? —Le escupo la palabra como veneno—. ¿Aún no has terminado de utilizarme?

Su mandíbula se tensa. Está luchando por controlar su temperamento, y me da un poco de miedo imaginar cómo será cuando lo pierda. —Si te vas ahora, el plan se acaba. Yaros gana.

—Ese es tu problema. Tú me metiste en esto.

—Y ahora estás metida, te guste o no. —Cuando avanza sujetándome ambas muñecas con fuerza contra mi pecho, estremezco—. ¿Crees que puedes volver a casa y te dejaremos en paz porque lo prometimos? ¿Pero qué pasará cuando te encuentren?

—Quizá prefiera arriesgarme.

—No durarías una semana.

Todo el miedo, la rabia y el agotamiento que he estado conteniendo se desbordan de repente, con lágrimas rodándome por las mejillas. Él me arrastró a esto y ya no quiero estar aquí. Pero no tengo elección. Ahora quienes disparaban—a mí o a él—me cazarán allá donde huya. Nunca volveré a estar a salvo.

—Te odio —susurro—. Te odio por hacerme esto.

Lev me gira entre sus brazos, soltándome las muñecas solo para rodearme la cintura con un brazo. Su agarre es tan firme que es imposible zafarse, pero eso no impide que le arañe la piel.

—No me toques.

—Vivika—

—¡He dicho que no me toques! —grito, clavándole las uñas en su precioso brazo tatuado.

Hace que Lev reaccione como una víbora mordedora. Me gira bruscamente y me levanta del suelo mientras forcejeo y pateo, y empieza a caminar por la casa.

—¡Suéltame! ¡Lev, suéltame! —le grito, pateando hacia atrás contra sus piernas para que me libere, pero su agarre sigue firme.

Sigue caminando por mucho que patee hasta llegar a una puerta al final del pasillo, donde desplaza mi peso a un brazo y la abre con el otro, revelando un pequeño dormitorio que nunca había visto. Es austero: solo una cama, un armario y una ventana con rejas.

Rejas.

Me arroja sobre la cama y yo me incorporo de un salto, pero él ya está retrocediendo hacia la puerta.

—Lev, no te atrevas... —sisco, abalanzándome sobre la entrada, pero la puerta se cierra de golpe y oigo el giro de la cerradura.

—¡Lev! —Me lanzo contra la madera, golpeándola con los puños—. ¡Sácame de aquí! ¡No puedes hacer esto!

Ahora las lágrimas fluyen libremente mientras oigo sus pasos alejándose. Cree que es más fácil encerrarme que enfrentarse a mis preguntas sinceras, y quizá yo sea la tonta por pensar que alguna vez tuvo corazón. Estoy tan furiosa, tan herida, por haberme entregado a alguien tan despiadado y cruel.

—¡Por favor! —Sollozo ahora, con las manos doloridas de golpear la puerta, y mi capacidad para defenderme ha desaparecido. Me derrito, volviendo a ser su perra sumisa porque prefiero estar en esa mesa removiéndome y viendo imágenes de Ana Veche que

encerrada e ignorada—. Por favor, haré lo que quieras. Solo sácame de aquí. Déjame ir a casa. No se lo diré a nadie, te lo juro. Por favor, Lev. Por favor.

Pero no hay respuesta alguna: ni un paso ni un crujido en el suelo. La casa está silenciosa ahí fuera, e incluso si hubiera sonidos, estoy lloriqueando y sollozando tan fuerte que nunca los oiría.

No sé cuánto tiempo paso allí llorando antes de que mis piernas flaqueen y me deslice al suelo. Mi espalda presiona contra la puerta y acerco las rodillas al pecho, haciéndome lo más pequeña posible. La madera está fría contra mi columna, la habitación helada.

No va a volver.

Esa certeza me hace sentir tan sola y asustada. No puedo creer que me haya encerrado aquí después de estar tan dispuesta a ayudarle. Soy tan tonta, tan estúpida por pensar que teníamos alguna conexión real. Lev es un aprovechado y un asqueroso. Nunca tuvo buenas intenciones conmigo. Me ha estado usando para lo que quiere desde que me trajo aquí, incluido el sexo, que le entregué voluntariamente porque estoy desesperada, necesitada y ¡estúpida!

Me arrastro hasta la cama y me acurruco de lado. Las sábanas huelen a limpias, sin usar. Me pregunto cuántas otras personas han estado encerradas aquí antes que yo. Cuánta gente ha contemplado estas mismas paredes preguntándose si alguna vez saldrían.

Qué jodidamente estúpida. Qué increíble, dolorosamente estúpida soy.

Las mujeres... La trata. ¿Era algo de eso real? Creí a Lev porque quería creerle. Me hizo sentir como una heroína en vez de una víctima, y me dejé convencer de que estaba eligiendo ayudar en lugar de ser obligada a obedecer.

Pero no ha habido ni una prueba de que lo que me contó fuera más que una bonita mentira diseñada para mantenerme dócil y

cooperativa. Ni una sola actualización ni la más mínima prueba de que esas chicas existieran jamás.

Y me acosté con él.

El pensamiento me revuelve el estómago y me hace subir la bilis a la garganta. Le permití que me tocara y que me pusiera su pene dentro. Me estremezco al recordar cómo gemí su nombre y sentí su semilla verterse en mí. ¿Qué me pasa?

Pero se ha estado aprovechando de mí desde el principio. Cada palabra amable, cada gesto tierno, cada promesa de seguridad y libertad... todo era manipulación. Bonitas mentiras sobre salvar vidas, y me las tragué porque quería creer que significaba algo más para él que un peón.

Soy una jodida idiota.

Las lágrimas vuelven, empapando la almohada bajo mi mejilla. Odio a Lev por lo que ha hecho. Me odio más a mí misma por creerle y por desearle. Por abrirme —mi cuerpo, mi confianza, mi tonto y esperanzado corazón— a un hombre que me veía solo como un medio para un fin.

Nunca me dejará ir, eso lo sé ahora, pero lo que hará conmigo si dejo de fingir ser lo que él quiere... Ni idea. Y me aterroriza.

Pero sé una cosa con certeza.

Nunca volveré a confiar en Lev Gravitch.

Nunca.

13

LEV

—Funciona. —Fyodor lanza una carpeta sobre el escritorio de Yuri y se acomoda en uno de los sillones de orejas, mientras una sonrisa de satisfacción se extiende por su rostro. Dimitri pasea cerca de la ventana con las manos metidas en los bolsillos mientras Yuri coge la carpeta y empieza a hojear las páginas de su interior, sus ojos grises escaneando el contenido.

—La familia Veche está en caos —continúa Fyodor—. Nuestras fuentes dentro de su organización dicen que Yaros no puede contenerlo. Su propia gente exige respuestas sobre por qué Ana se alinearía con los Gravitches, y él no tiene nada que contarles.

Me quedo de pie cerca de la chimenea con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchando. Esto es exactamente lo que planeamos cuando cogimos a Vivika en aquella esquina y la convertimos en un arma.

—¿Qué clase de caos? —pregunta Yuri, todavía leyendo. Sus ojos recorren las páginas de un lado a otro mientras yo me quedo rumiando.

—El tipo que está poniendo nerviosos a sus aliados. —Fyodor se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y

entrelaza los dedos—. Tres capitanes de Yaros ya se han puesto en contacto discretamente con nuestra gente, preguntando por el regreso de la Donna. Quieren saber si es verdad y si realmente trabaja con nosotros ahora. Intentan averiguar hacia dónde sopla el viento antes de elegir bando porque llevan cinco meses y medio sin tener noticias suyas.

Dimitri deja escapar un silbido bajo. —Tres capitanes… eso es significativo.

—Es más que significativo —dice Fyodor—. Es el comienzo de una guerra civil. Estos hombres llevan décadas siendo leales a la familia Veche, y ahora se están cubriendo las espaldas. Miran a Yaros y se preguntan si quizá apostaron por el caballo equivocado.

—¿Y la respuesta de Yaros? —pregunta Yuri. Sus ojos se alzan de los documentos para mirarme primero a mí, luego a mi hermano, que continúa.

—Esa es la parte interesante. —La sonrisa de Fyodor se ensancha—. Le está diciendo a su círculo íntimo que hemos encontrado a una impostora, a una sosias que usamos para desestabilizar su posición. Pero aquí está el detalle: su propia gente no le cree. Han visto a la mujer en el banco, en el Mariinsky. Han oído los rumores que se extienden por todos los canales ocultos de la ciudad. Y se preguntan por qué Yaros mentiría sobre su propia hermana. Por qué no puede simplemente presentarla y poner fin a todo esto.

—Porque no puede presentarla —digo en voz baja, girándome para caminar hacia los hombres agrupados cerca del escritorio del jefe. Necesito un trago. Todo este asunto me tiene de mal humor. Si no hubiera tenido que encerrar a Vivika por la reacción violenta que tuvo conmigo, quizá me sentiría mejor.

—Exactamente. —Fyodor me señala—. Eso es lo que su gente empieza a entender. Si Ana estuviera viva y bien y simplemente viajando como Yaros afirma, ya habría vuelto, plantándose frente a sus capitanes y diciéndoles que ignoren la propaganda de los

Gravitch. Pero en cambio, solo reciben excusas y negativas de Yaros. Ni siquiera puede mostrar una llamada de teléfono o un vídeo de ella.

Dimitri deja de pasear y se vuelve hacia nosotros. —Si no le creen, eso significa que el timo funciona mejor de lo que esperábamos.

—Significa que algo falla —digo, y todos se vuelven a mirarme—. Yaros debería poder presentar a su hermana si realmente está viva. Debería poder ponerla frente a sus capitanes y demostrar que estamos montando un timo. Pero no lo ha hecho. Solo… niega.

Yuri deja la carpeta y junta las yemas de los dedos bajo la barbilla. —¿Crees que está muerta?

—Creo que es posible. —Con el ceño fruncido, me dirijo hacia la mesa auxiliar y me sirvo un trago, bebiéndomelo de un sorbo antes de girarme para continuar—. Ana desapareció hace cinco meses. Yaros lleva poniendo excusas desde entonces: visitas familiares, negocios en el extranjero, todas las tonterías de siempre. Pero si estuviera viva, la traería ahora para callarnos. El hecho de que no pueda…

—El hecho de que no pueda significa que quizá le hizo algo —termina Fyodor mi frase, y los ojos de Yuri se vuelven de un negro azabache. Sabe que tengo razón. No solo estamos burlándonos de un hombre que encerró a su hermana. Estamos enfrentándonos a un asesinato. Simplemente aún no tenemos pruebas.

Que Yaros Veche matara a su propia hermana para tomar el control de la familia es el tipo de movimiento que lo destruiría si saliera a la luz, la clase de traición que ni los criminales más duros perdonarían. Un hombre que mata a su propia sangre para acaparar el poder es un hombre en quien nadie puede confiar. Pero también lo explicaría todo: su actitud defensiva, su insistencia desesperada en que estamos montando un timo cuando la solución más sencilla sería presentarla y demostrarlo.

—No podemos probar nada —dice Dimitri—. Todo son especulaciones por ahora.

—No necesitamos probarlo —responde Yuri, con una fría sonrisa asomándose en las comisuras de sus labios—. Solo necesitamos que su gente lo sospeche. Y ahora mismo ya están haciendo preguntas que él no puede responder. Cada día que pasa sin que Ana aparezca en persona es otro día en que sus capitanes se preguntan qué le ocurrió realmente.

Fyodor saca su tableta y desliza el dedo por varias pantallas. —Hay más… —Su ceño se frunce mientras sigue leyendo. Luego alza la mirada hacia mí con preocupación grabada en el rostro—. Información nueva que llegó hace una hora sobre el tiroteo en el Mariinsky.

Apretó la mandíbula al recordarlo. He vivido un millón de situaciones así. Es como si mi sistema nervioso se hubiera inmunizado y ya no me afectara, pero dejó a Vivika hecha polvo. Nunca olvidaré el miedo en sus ojos ni cómo se aferró a mí.

—Supusimos que era un intento de acabar con la vida de Lev —dice Fyodor—. Un esfuerzo para eliminar al responsable y así poder agarrar a la mujer. Pero nuestras fuentes dicen otra cosa.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

Fyodor aparta la mirada de la tableta y me mira a los ojos. —El objetivo era la mujer. Contrataron a pesos pesados de Ucrania. Yaros dio la orden personalmente: quiere que esté muerta.

La ira que bulle bajo la superficie va a estallar, y cuando lo haga, no podré controlarla. La idea de que ese cabrón enfermo quisiera matar a Vivika es la única prueba que necesito para saber que ya ha matado a su hermana. Y se atreve a pensar que puede tocar lo que es mío. No lo voy a tolerar.

—¿Por qué querría que estuviera muerta? —pregunta Dimitri—. Eliminarla no le ayuda.

—Le ayuda si ella está exponiendo una mentira que él no puede permitirse que salga a la luz —digo, y me sirvo otra copa para poder pensar con claridad—. Piénsalo. Mientras nuestra Ana siga viva, su propia familia seguirá haciendo preguntas. Pero si está muerta —y él nos culpa a nosotros—

—Entonces las preguntas cesan —dice Yuri—. La amenaza desaparece. Vuelve a su historia de que Ana viaja al extranjero, y nadie puede cuestionarle. —Todos los hombres en esta habitación están entendiendo la idea y el conocimiento se hunde como un ladrillo en agua turbia. No solo hemos pulsado el botón equivocado, sino que nos estamos adentrando en un territorio que Yaros esperaba que nadie tocara jamás.

—Está protegiendo lo que le hizo a la verdadera Ana —añade Fyodor en voz baja—. Matando a la falsa. Si nuestra mujer muere, las preguntas mueren con ella.

El pensamiento me hace hervir la sangre. Vivika, usada como peón y luego desechada. Asesinada para proteger los secretos de un hombre que probablemente mató a su propia hermana.

Dimitri niega lentamente con la cabeza. —Esto se está complicando. Si Yaros sabe que es una impostora y está intentando activamente matarla, operamos con tiempo prestado. El timo podría desmoronarse cualquier día.

—O —dice Yuri lentamente— podríamos usar esto en nuestro beneficio. La reacción de Yaros nos dice algo importante. Tiene miedo. Está desesperado. Actúa como un hombre con algo terrible que ocultar. Lo que le ocurrió a la verdadera Ana, no puede permitirse que nadie lo investigue demasiado. Nuestra mujer lo está arrinconando, y los hombres acorralados cometen errores. Entran en pánico. Exageran. Se exponen.

—Entonces, ¿qué demonios hacemos? —pregunto.

Yuri se recuesta en la silla y suspira con fuerza. —Kolar y los otros líderes balcánicos ya están observando esta situación de cerca. Tenían acuerdos específicos con Ana, y están muy interesados en su repentina reaparición. Si Yaros sigue actuando como culpable…

—Empezarán a preguntarse qué oculta —dice Fyodor, asintiendo lentamente.

—Exactamente —vuelve la fría sonrisa de Yuri—. No tenemos que probar que Yaros mató a su hermana. Solo tenemos que hacer que todos los demás se pregunten si lo hizo. La sola sospecha bastará para debilitarle.

Si esa bala la hubiera rozado siquiera, perdería la cabeza. Ningún hombre Veche quedaría en pie. Los segaría como al ganado que son y festejaría con sus cadáveres. Es mía, y la protegeré.

—Tenemos que trasladarla —digo—. Si Yaros está intentando activamente matarla, es un objetivo. Necesitamos llevarla a un lugar seguro.

—O —dice Dimitri con cuidado— podríamos eliminarla nosotros mismos y terminar con todo de una vez. —Abre las manos y se encoge de hombros como si lo que sugiere fuera la opción más lógica.

La habitación queda en silencio.

—Piénsalo —continúa Dimitri—. La situación se está volviendo peligrosa. Yaros sabe que es una impostora. Está intentando matarla. Tarde o temprano lo conseguirá, o saldrá la verdad, o ambas cosas. Quizá deberíamos cortar por lo sano antes de que esto nos estalle en la cara.

Estoy al otro lado de la habitación antes de darme cuenta de que me muevo y agarro la pechera de la camisa de Dimitri, estrellándolo contra la pared. Su cabeza rebota en el yeso y sus ojos se abren desmesuradamente.

—Repítelo —gruño, con mi cara a centímetros de la suya—. Repítelo y te rompo la puta mandíbula.

—Lev. —Fyodor se pone en pie y se acerca a nosotros.

—Es una persona, Dimitri. Una puta persona. Y tú hablas de matarla como si fuera un perro rabioso al que hay que sacrificar.

—Es un activo —escupe Dimitri—. Eso es todo lo que ha sido. Cuando algo deja de ser útil, te deshaces de ello. Sabes cómo funciona esto.

Retrocedo el puño y Fyodor me agarra el brazo, tirando de mí antes de que pueda golpear la cara de Dimitri. Se interpone entre nosotros con las manos alzadas.

—¡Basta! —la voz de Yuri corta el caos—. Los dos, tranquilizaos. Ahora.

Respiro con dificultad, el pulso acelerado. Dimitri se ajusta la camisa y me fulmina con la mirada, frotándose la nuca. No puedo creer que tenga el descaro de sugerir eliminarla. Nuestro plan funciona. No voy a matarla, no por esto. Y tampoco dejaré que ellos lo hagan.

—Lev —la voz de Yuri es calmada pero lleva acero—. ¿Qué demonios te pasa?

Me obligo a mirar a mi tío y sé que no le va a gustar lo que tengo que decir.

—Es mía —le gruño. Me da igual lo que planeasen hacer con ella cuando termine toda esta farsa. Dimitri tiene razón. Cuando tengamos las rutas comerciales aseguradas y los Balcanes en nuestro bolsillo, también tendríamos que explicar la desaparición mágica de Ana, y eso sin duda llevaría a sospechas. Pero no voy a permitir que alguien entre y mate a Vivika. Me da igual lo que digan. Ahora me pertenece.

—¿Perdona?

—Vivika. Tanto si el timo sigue adelante como si se viene abajo, me la quedo. Ahora es mía, y no permitiré que nadie le toque un pelo. No dejaré que Dimitri la elimine, ni que Yaros le meta una bala en la cabeza.

Dimitri me mira como si hubiese perdido la cabeza mientras el silencio se instala en la habitación. Fyodor deja su tableta y observo cómo aprieta la mandíbula. Sé que Dimitri no tiene alma. Apenas es miembro de esta familia. Pero mi hermano acaba de tener su propio encontronazo con una mujer a la que no suelta. Seguro que entiende cómo me siento.

Yuri es el único que no parece sorprendido. Me estudia durante un largo momento, luego suspira y se recuesta en su silla.

—Me preguntaba cuándo pasaría esto —dice en voz baja.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que he visto cómo la miras. Cómo la observas, la sobrevuelas, la tocas —niega con la cabeza—. Te has encariñado, y ahora estás dispuesto a tirarlo todo por la borda para protegerla.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario —digo, aún a la defensiva, pero me enderezo la chaqueta y me paso una mano por el pelo.

—¿Aunque ponga a esta familia en riesgo? —Dimitri me fulmina con la mirada endurecida. ¿Qué sabrá él? Cuarenta años y nunca ha tenido una mujer en su cama que aguantase estar cerca. Es un idiota de primera. Me importa un bledo lo que piense.

—Sí —la palabra sale sin vacilar. Las rutas comerciales y Kolar se alinearán con o sin el papel de Vivika, pero no seré el mismo hombre que era hace tres semanas si la pierdo.

—Yaros ya intentó matarla una vez —dice Yuri—. Si te la quedas, lo intentará de nuevo. No parará hasta que ella esté muerta o él lo esté.

—Entonces me aseguraré de que sea él —me giro, clavando la mirada en mi tío e ignorando al resto de la familia.

—Estás hablando de guerra, Lev. Conflicto abierto con la familia Veche —la voz de Yuri se endurece—. ¿Entiendes lo que eso significa? —Se inclina sobre su escritorio y me mira fijamente.

—Lo entiendo.

Yuri se levanta y rodea su escritorio, deteniéndose directamente frente a mí. —Una vez que empieces este camino, no hay vuelta atrás. Todo por una mujer que conoces desde hace dos semanas.

Mantengo su mirada sin pestañear. —Cuando veo lo que quiero, lo tomo. Tú me enseñaste eso. Y no dejo que nada me detenga una vez que lo he decidido.

Se ríe entre dientes y me agarra el hombro con fuerza, casi dolorosamente. —De verdad eres mi sobrino. Terco como una mula y el doble de peligroso. Igual que tu padre antes de que alguien le metiera una bala.

—¿Eso significa que me apoyarás?

—Significa que no me interpondré en tu camino. Pero estás solo en esto. Si Yaros viene por ella, tú te encargas. No sacrificaré la posición de esta familia para proteger tu obsesión.

—No te lo pediría.

—Bien —vuelve a su escritorio y se hunde en la silla, despidiéndome con un gesto de la mano—. Ahora sal de aquí y ve a proteger a tu mujer. Antes de que Yaros envíe a alguien más para terminar lo que empezó.

Me doy la vuelta y salgo del estudio, pasando por la mirada comprensiva de Fyodor y la mirada venenosa de Dimitri, cruzo los pasillos y salgo por la puerta principal. La graba cruje bajo mis pies mientras camino hacia mi coche, esforzándome por mantenerme controlado. Saber que el disparo fue un intento fallido de asesinato

me altera aún más. Tenía mis sospechas, que por supuesto oculté a Vivika, pero ahora que se confirman, sé que debo subir de nivel.

Vivika me espera, encerrada y sola, probablemente aterrada y odiándome por todo lo que le he hecho pasar.

Y quemaré a cualquiera que intente quitármela.

14

VIVIKA

La puerta principal se abre y se cierra en algún lugar de la casa, y el sonido me hace levantarme de la cama donde llevo horas tumbada en la oscuridad mirando la ventana enrejada. Los pasos de Lev recorren las habitaciones con una pesadez que me indica que algo va mal, y apoyo la oreja contra la puerta cerrada con llave, esforzándome por seguir su avance por su propia casa.

Es tarde —no sé cuánto porque no hay reloj en esta habitación y me quitaron el teléfono hace días— pero ya está oscuro fuera. Me muero de hambre, pero haría una huelga de hambre si eso le hiciera dejarme salir de aquí. Fui una tonta por rebelarme y me arrepiento.

Los pasos se acercan cuando Lev avanza por el pasillo hacia la puerta, y se detienen justo al otro lado. Luego le oigo ir de un lado a otro como un animal enjaulado decidiendo qué hacer con su presa. Está claramente alterado, probablemente decidiendo qué hacer conmigo ahora que no soy dócil. Me asusta, pero al mismo tiempo siento que mi mente se acerca a él, preguntándose qué le estará preocupando y si podría aliviar esa presión.

Es repugnante que haga esto, porque debería, y tengo todo el derecho, odiarle. Nada de lo que me ha hecho ha sido sano o bueno.

Sin embargo, aquí estoy, sintiendo compasión mientras apoyo la palma en la madera fría y presiono la frente contra ella, cerrando los ojos. Contengo la respiración para oír con más claridad lo que está haciendo.

Su voz resuena al otro lado de la puerta, y tardo un momento en darme cuenta de que está al teléfono. Las palabras son una mezcla sucia de ucraniano y ruso, cambiando de idioma a mitad de frase, y me acerco más hasta que mi mejilla está plana contra la madera fría y mi oreja pegada a ella.

—…el cargamento retrasado en la frontera… las malditas rutas Veche todavía bloqueadas… no podemos meter nada en Rumanía hasta resolver esta situación…—

Se me hunde el corazón mientras empiezo a encajar las piezas. Habla de un cargamento de armas retrasado en las rutas comerciales que me prometió que mi acto ayudaría a asegurar. Me han engañado para ayudarles a traficar con armas y caí en sus manos tan fácilmente. Y esta vez quiero enfadarme, pero solo me siento destrozada y triste.

Me mintió.

No hay mujeres traficadas siendo salvadas gracias a mi sacrificio — nunca hubo ninguna mujer. Solo era una historia diseñada para que cooperara. Siempre he sido una herramienta en su arsenal, y saber que el sexo entre nosotros no significó nada es devastador. Podría tirarme y ya está.

Cuando deja de hablar, suspira profundamente y supongo que la llamada ha terminado. Pienso en golpear la puerta y suplicarle que me deje salir, pero eso podría desencadenar emociones volátiles en ambos y lo último que quiero es acabar gritando y llorando otra vez. Lo odio. No es mi naturaleza hacer eso. Pero esta habitación está oscura y fría, y quiero salir y comer. No quiero estar sola.

Entonces suenan llaves al otro lado de la puerta.

El cerrojo hace clic.

Y retrocedo tambaleándome cuando la puerta se abre de golpe. Lev está en el umbral con la corbata aflojada y la mandíbula tensa, y sus ojos oscuros encuentran los míos a través de la habitación tenuemente iluminada.

—Tenemos que hablar —dice, y su voz tiene un tono que no había escuchado antes. Suena derrotado o desanimado, no con su típica ira controlada. Toda mi frustración con él se evapora al observar su postura y cómo le cuelgan los hombros. Algo malo ha pasado realmente.

Abro la boca para responder, pero las palabras no salen. Nunca se me ha dado bien la confrontación. Soy la mujer que deja que la gente se cuele en el supermercado y pide disculpas cuando alguien choca con ella. Me trago la ira antes que montar una escena.

—El atentado en el Mariinsky —dice Lev, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de sí—. No iba dirigido a mí, Vivika. —Estoy confundida y me cruzo de brazos sobre el vientre mientras estudio su rostro—. El tirador, los hombres que nos persiguieron… no intentaban matarme a mí.

Niego con la cabeza y me abrazo con más fuerza—. ¿De qué estás hablando?

—Intentaban matarte —se acerca, y yo retrocedo otro paso hasta que mis piernas chocan contra el borde de la cama—. Lo que significa que debo estar contigo las veinticuatro horas del día a partir de ahora. No puedo perderte de vista.

—Eso es imposible —logro decir mientras me desplomo sobre el colchón y lo miro hacia arriba. Es como temía que sería, y no sé cómo sentirme al respecto—. ¿Por qué querría alguien matarme? No soy nadie. Solo finjo ser—

—Finges ser Ana Veche, y alguien quiere muerta a Ana Veche —Lev se detiene frente a mí, tan cerca que debo inclinar la cabeza hacia

atrás para mirarlo a los ojos—. El propio Yaros dio la orden.

—¿Su propio hermano? —Casi me siento paralizada mientras lo miro con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué querría su hermano matarla?

—La única razón por la que lo haría es por poder. Quiere su autoridad y no puede tenerla mientras ella viva —Lev se quita la corbata y la arroja sobre la cómoda—. Algo ocurrió entre ellos, algo tan grave que Yaros prefiere matar a la mujer que cree que es su hermana antes que permitir que siga hablando con sus aliados.

Me deslizo hacia atrás sobre el colchón porque mis piernas ya no me sostienen. La conversación sobre armas que acabo de escuchar desaparece de mi mente mientras mis pensamientos pululan como abejas enfadadas. ¿Quieren que muera? Me alisté para ayudar a estos hombres y ahora las personas a las que se supone que debo impresionar me persiguen para matarme. No parece justo.

—No lo entiendo —digo con voz débil—. ¿Por qué mataría a su propia familia?

Lev se sienta a mi lado y el colchón se hunde cuando apoya una mano en mi rodilla. —Matar a tu propia sangre tampoco tiene sentido para mí. Pero Yaros solo ve poder. Ana se interpuso entre él y un trono, y ahora tú ocupas su lugar.

—Así que seguirá intentándolo —mis manos tiemblan y no puedo hacer que paren.

—Hasta que yo lo detenga —la mano de Lev encuentra la mía y entrelaza sus dedos con los míos—. Voy a protegerte, Vivika. No permitiré que te toquen ni un pelo.

El miedo es algo extraño. Tiene la capacidad de alterar todo lo que creías saber y cambiar el curso de tu vida. Quiero odiar a este hombre por todo esto porque es culpa suya, pero en el mismo maldito instante me doy cuenta de que bien podría ser la única razón por la que estoy viva. La única razón por la que sigo viva. Y me promete que no dejará que me pase nada.

No sé si es por el sexo que tuvimos o si está desarrollando sentimientos hacia mí. Y no me importa. Lo único que siento es miedo, y eso me hace querer aferrarme a él.

—Tengo miedo —susurro.

—Sé que lo tienes —se acerca hasta que su muslo presiona contra el mío y puedo ver el latido de su corazón en el cuello—. Pero estás a salvo conmigo.

Su mano libre se alza para apartar un mechón de pelo de mi cara y me acaricia la mejilla. La ternura que muestra es impía, tan poderosa que me deshago. Este no es el hombre que me encerró aquí. Algo cambió cuando supo que intentaban matarme, y trato de entender qué ocurrió sin que me dé un tirón en el cuello. Lev Gravitch hace que mi corazón sienta algo peligroso, y me gusta demasiado.

Entonces sus labios encuentran los míos en la oscuridad, y no me aparto. Sus manos se deslizan alrededor de mi cintura, atrayéndome contra él hasta que puedo sentir los latidos de su corazón a través de su pecho.

—¿Te gustó? —murmura contra mi boca—. La última vez, cuando te toqué. ¿Te gustó cómo te hice sentir?

Me odio por la respuesta que surge en mis labios. —Muchísimo — respiro, recordando exactamente cómo me hizo sentir mientras el calor afluye a mi entrepierna.

—¿Quieres que lo haga otra vez?

Asiento con la cabeza, conteniendo la respiración cuando sus ojos se oscurecen con intención. Su pulgar traza mi labio inferior, tirando de él hasta que vuelve a subir, y siento el calor que crece entre nosotros, una atracción retorcida que desafía toda racionalidad. Se inclina, besándome con más profundidad, su lengua reclamando mi boca hasta que me quedo sin aliento. Luego se retira y su mano se desliza hacia mi nuca, guiándome hacia abajo.

Mis manos tiemblan mientras le desabrocho el cinturón, liberándolo de sus pantalones. Su polla emerge completamente dura y envuelvo mi mano alrededor de la base, masturbándolo unas cuantas veces, sintiendo cómo palpita. Gime y su agarre se aprieta en mi pelo, instándome a avanzar, así que me lo llevo a la boca, la sal de su piel inundando mis sentidos.

Enrosco mi lengua alrededor del glande, chupando con más profundidad, hundiendo mis mejillas mientras muevo la cabeza. Sus caderas se arquean ligeramente, empujándolo más adentro de mi garganta, y tengo un poco de arcadas pero no me detengo. Las lágrimas asoman a mis ojos por el esfuerzo, pero cómo me elogia hace que valga la pena.

—Buena chica —murmura con voz cargada—. Estás perfecta así, tomándome tan bien. Mírate, tan ansiosa por mi polla.

Zumbo alrededor de él, la vibración extrayendo otro gemido de sus labios. Su mano libre me acaricia la mandíbula, el pulgar rozando mi mejilla mientras trabajo más rápido, mi saliva cubriéndolo, resbalando hacia abajo. Y él empuja suavemente, follándome la boca mientras relajo la garganta para tomar más.

—Joder, Vivika, eres increíble —dice con la respiración entrecortada —. Qué boca más dulce, hecha para mí. —Es embriagador cómo me habla. Hace que mi interior se tense y se humedezca.

De repente me aparta de él y me voltea sobre mi espalda en un movimiento fluido. El colchón cede bajo su peso mientras me inmoviliza. Sus manos capturan mis muñecas sobre mi cabeza, sujetándolas con una palma mientras la otra recorre mi cuerpo, empujando mi camisa para exponer mis pechos. Se inclina, chupando un pezón en su boca, mordiendo lo justo para hacerme arquearme. El dolor se transforma en placer, y gimo, mis piernas se separan instintivamente.

—Me vuelves loco —susurra contra mi piel, sus dientes rozando mi clavícula—. Tan hermosa... No me sacio de ti.

Su mano desciende, metiéndose bajo mi cinturilla, los dedos encuentran mis pliegues húmedos. Rodea mi clítoris, haciéndome jadear, y mis caderas se elevan hacia él. Dos dedos penetran en mí, curvándose, acariciando ese punto que envía chispas por mis venas mientras los bombea dentro y fuera, su pulgar presiona mi clítoris, aumentando la presión hasta que me retuerzo bajo él.

Su peso me mantiene inmovilizada, y la sujeción intensifica todo: la oscuridad de la habitación, el cautiverio, la atracción prohibida entre nosotros. Es embriagador cómo puede llevarme al borde y mantenerme allí, minutos realmente, y en cuanto habla sé que estoy perdida.

—Correte para mí, Vivika —ordena—. Déjame sentir cómo te aprietas alrededor de mis dedos. Eres mía, y quiero oírte gemir mi nombre.

El orgasmo me arrasa, oleadas de calor pulsando en mi interior. Gimo su maldito nombre mientras mis ojos se vuelven hacia atrás y mi cuerpo se arquea hacia arriba. Tiemblo, mis paredes palpitan alrededor de sus dedos pero él no deja de prolongarlo hasta que estoy agotada, jadeando, mi piel enrojecida y sensible.

Cuando retira su mano, llevándose los dedos a los labios para saborearme, la visión retuerce mi estómago con nuevo deseo.

—Deliciosa —dice con los ojos brillantes—. Sabes a gloria. Ahora, date la vuelta para mí.

Obedezco, girando sobre mi estómago, mi corazón palpita. Me coloca de rodillas, con el culo al aire, y me siento expuesta y vulnerable mientras sus manos separan mis nalgas, los pulgares rozando mi agujero tenso. Me pongo rígida, la anticipación mezclándose con los nervios cuando escupe directamente sobre mi trasero y yo tiemblo. Un dedo rodea el borde, presionando suavemente, estirándome mientras su otra mano golpea mi nalga con fuerza.

Jadeo. El ardor es intenso al principio, pero él lo mueve dentro y fuera, añadiendo más saliva, mientras su otra mano acaricia mi cadera en círculos calmantes para aliviar parte del escozor. Tiemblo y aprieto los dientes ante lo que está a punto de hacer.

—Relájate, preciosa —arrulla—. Lo estás haciendo tan bien. Mírate, abriéndote para mí. Qué buena chica, aceptando lo que te doy.

Añade un segundo dedo, haciendo tijeras, estirándome más. La plenitud transforma el dolor en placer cuando curva los dedos, tocando nervios que me hacen gemir en la almohada. Sus elogios me envuelven, aliviando la incomodidad, convirtiéndola en algo oscuro. Soy suya, marcada por esta intimidad, y el pensamiento me aterra y excita a la vez.

—Perfecta —murmura—. Voy a follarte el culo, Vivika, y vas a correrte otra vez para mí.

Saca sus dedos, escupiéndome de nuevo antes de posicionar su polla en mi entrada. Empuja centímetro a centímetro, llenándome completamente, y jadeo y araño las sábanas mientras el estiramiento me quema. Pero él sostiene mis caderas firmes, una mano alcanzando para frotar mi clítoris. Nunca había tenido sensaciones tan increíbles como estas.

Lev empieza a empujar más rápido, golpeando mi trasero cada pocos segundos mientras combina la estimulación en mi clítoris con el movimiento de sus caderas y yo gimo en la almohada, lista para correrme sobre él otra vez.

—Joder, qué apretada estás —gime—. Tan jodidamente buena, apretándome así.

Sus dedos trabajan mi clítoris sin descanso, y la presión vuelve a acumularse, enrollándose con fuerza. Azota mi trasero y el escozor me hace caer al vacío. Me deshago, mi cuerpo convulsiona, oleadas de éxtasis me atraviesan mientras él empuja más fuerte, persiguiendo su propia liberación. Cuando se corre con un gemido

profundo, derramándose dentro de mí, suelta un gruñido de placer y se entierra lo más hondo posible antes de inclinarse para morderme el hombro.

Colapsamos juntos, su cuerpo cubriendo el mío, ambos jadeando. Cuando se retira con cuidado, envolviéndome en sus brazos, sus labios rozan mi frente. En la resaca, la atracción perdura, pero también esta conexión peligrosa, atándonos en las sombras.

El sueño me toma lentamente, arrastrándome a la oscuridad mientras el latido de Lev resuena bajo mi oído y su mano descansa pesada en mi cadera. El miedo sigue enroscado en mi pecho, recordándome que alguien quiere verme muerta. Pero envuelta en los brazos del hombre que podría ser mi única protección o mi mayor amenaza, me dejo llevar.

Mañana me odiaré por lo que le permití hacer esta noche.

Pero ahora mismo, solo quiero sentirme segura, aunque la seguridad sea la mayor mentira de todas.

15

LEV

Vivika ya está despierta cuando le llevo café a la mañana siguiente, de pie junto a la ventana con la espalda hacia mí mientras se pone un jersey por la cabeza. La tela se engancha en su pelo oscuro y tira de ella con un movimiento irritado que me indica que algo ha cambiado desde anoche, cuando se durmió en mis brazos. El sexo no lo arregla todo, pero conectamos. Sé que lo hicimos.

Pero la herí de verdad al encerrarla en esta habitación, y después de aquel fiasco en el teatro, sé que aún tiene cosas que resolver.

—Café —digo, dejando la taza sobre el tocador.

—Gracias. —Termina de ajustarse el jersey y coge los vaqueros doblados en la silla a su lado sin volverse. Su voz es educada pero distante. Suena como una completa desconocida, no como la mujer que gemía mi nombre hace apenas unas horas.

Me apoyo en el marco de la puerta y la observo vestirse, notando la rigidez en sus hombros y cómo se niega a mirarme a los ojos. Ha estado así desde el tiroteo en el Mariinsky, alejándose de mí poco a poco incluso mientras me dejaba entrar en su cama.

—¿Dormiste bien? —pregunto.

—Bien. —Se pone los vaqueros y se los abrocha, todavía de cara a la ventana. Sé que va a sacar el tema antes de decir nada, así que me preparo. Vivika es una mujer poderosa, más fuerte de lo que me ha mostrado. Solo he visto la docilidad que me muestra, pero en el fondo tiene acero en la columna vertebral como Ana. Es lo que le da esa ventaja cuando se pone un vestido y tacones en su profesión, y es cómo interpreta tan fácilmente el papel de la Donna desaparecida.

—Lev, necesito preguntarte algo. —Finalmente se vuelve y puedo ver las ojeras bajo sus ojos.

—Pregunta lo que quieras.

—Ahora que estamos seguros de que el atentado iba dirigido a mí —dice con cuidado, la cabeza aún gacha—, ¿puedo irme a casa?

Su pregunta es justa, pero impacta como una piedra en el agua, creando un efecto de ondas. Claro que me frustra que no se instale y sea feliz, y no es solo por el trabajo. Quiero que sea feliz porque quiero que considere quedarse conmigo por su propia voluntad. Obligarla no me dará placer, pero la necesito. Que se vaya a casa no es una opción para mí. Y necesitamos terminar este trabajo.

—Ya hemos hablado de esto, Vivika.

—Sé que sí. Pero las cosas han cambiado. —Cruza los brazos sobre sí misma en un gesto defensivo que he aprendido a reconocer—. La familia a la que finjo pertenecer quiere que muera. Yaros sabe que soy una impostora, o al menos lo sospecha lo suficiente como para enviar tiradores tras de mí. Tu influencia sobre él se ha esfumado, Lev. Ahora soy inútil para ti.

Hay una lógica sólida en lo que dice. Probablemente se pasó toda la noche despierta pensando en todo, y no se equivoca. La situación se ha complicado más de lo que anticipé. Pero se equivoca al creerse inútil.

—Prometiste ayudarme a salvar a esas mujeres —digo, y observo su rostro con atención mientras las palabras hacen efecto. Algo cambia en su expresión. El cansancio da paso a la frustración que le arruga la frente. Su mandíbula se tensa y sus ojos brillan con una ira que me hace enderezarme de mi postura relajada contra el marco de la puerta.

—No —dice, con un tono lo bastante cortante como para herir—. No te atrevas a usarme eso en mi contra.

—¿Usar qué?

—A las mujeres. La trata. Toda la maldita historia que me contaste para que cooperara. —Su lenguaje corporal grita lo alterada que está, y gesticula con las manos, mostrándome la palma—. Te oí anoche al teléfono fuera de mi puerta. Hablabas de envíos de armas, de meterlas en Rumanía a través de rutas comerciales. ¿Armas, Lev? No hay trata de personas, ¿verdad? Ni mujeres que rescatar… Todo era mentira para manipularme y que jugara tu partida.

Vivika nunca se ha enfrentado a mí ni me ha combatido. La he visto reaccionar con miedo y he intentado huir, pero nunca ha puesto en duda mis palabras abiertamente. Y la forma en que se comporta ahora mismo, con los hombros erguidos y los ojos entornados fijos en mí, muestra un desprecio ardiente que sé que se tornaría instintivo si tan siquiera la tocara.

Me excita más que la criatura sumisa y dócil con la que he follado dos veces ya. Maleable está bien. Fogosa es más ardiente.

Cruzo la habitación antes de que pueda terminar la frase, mis manos agarran sus hombros y la giran hasta que su espalda golpea contra la pared. Ella jadea, los ojos muy abiertos, pero no retrocede. En lugar de eso, me fulmina con la misma fiera rebeldía, el pecho palpitando por la respiración airada.

—Me has utilizado —continúa alzando la voz—. Te creí porque quería creer que era algo más que un simple peón en tu puto—

La beso para callarla. No hay nada de ternura en ello. Tomo ese beso como si estuviera chupándole la ira, y por un momento ella resiste. Cuando finalmente se ablanda y deja de apretar mi camisa con rabia, me aparto.

No se equivoca en la mayor parte, pero el tráfico de esclavos y la repugnante obsesión de Yaros por robar mujeres jóvenes para alimentarlo están ocurriendo realmente. Lo he visto con mis propios ojos. Puede que no intente robar sus rutas comerciales para detener el tráfico humano, pero ese será su muy desafortunado efecto secundario, y no puedo decir que me entristezca. Tendré las rutas, y esas mujeres estarán a salvo.

Y ahora será un placer demostrárselo a la mujer que tengo delante. —Déjame demostrártelo —digo, apoyando mi frente contra la suya —. Déjame enseñarte que no mentía sobre las mujeres.

Me observa durante un largo instante, su cuerpo aún clavado entre el mío y la pared. El fuego en sus ojos no se ha apagado, pero ahora hay curiosidad allí. Si la leo correctamente, no quiere odiarme. Quiere creerme, pero voy a tener que esforzarme.

—¿Cómo? —pregunta.

—Te llevaré allí y te enseñaré lo que realmente transportan las rutas comerciales de Veche, y entonces podrás decidir por ti misma si te estaba mintiendo.

Mantiene mi mirada un instante más, escudriñando mi rostro con el ceño fruncido. Luego, lentamente, asiente.

—De acuerdo. Enséñamelo.

La suelto y retrocedo. La ira sigue ahí, hirviendo bajo su expresión cuidadosamente controlada, pero ha accedido a venir conmigo.

Puedo trabajar con la ira. Lo que no habría podido manejar era la resignación pasiva que se había filtrado en sus ojos, la lenta aceptación de su destino que la habría vuelto inútil para mí.

Salimos de la casa veinte minutos después, Vivika se desliza en el asiento del copiloto de mi coche con postura rígida. No ha perdonado nada, solo ha acordado un alto el fuego temporal, y lo demuestra sin pronunciar palabra durante todo el trayecto.

No intento romper el silencio. Necesita tiempo para procesar las cosas, y me conformo con dejar que la tensión entre nosotros perdure mientras la ciudad da paso a las afueras industriales y luego a las largas carreteras vacías hacia las regiones fronterizas.

El viaje lleva casi dos horas, y Vivika no dice ni una sola palabra en todo ese tiempo. La pillo echándome miradas ocasionales, pero cada vez que miro en su dirección, desvía los ojos y vuelve a contemplar el paisaje que pasa por la ventana. El silencio no es cómodo, pero tampoco hostil.

Empiezo a sentir la persistente preocupación de que he cometido un error al abandonar la seguridad de mi hogar. Aquí en la carretera abierta, estamos expuestos y vulnerables a ataques que podrían llegar de cualquier dirección. Pero Vivika necesita ver esto para entender que, aunque le haya mentido sobre otras cosas, las mujeres son reales, el peligro que enfrentan es real, y su papel para detenerlo importa más de lo que ella cree.

La estación de autobuses aparece en el horizonte al coronar una pequeña colina, un edificio achaparrado y gris rodeado de asfalto agrietado y vallas metálicas oxidadas. A primera vista parece abandonada, otra pieza más de la infraestructura soviética en decadencia dejada pudrirse en el campo, pero yo sé que no es así. Este lugar es uno de los puntos principales de recogida para la operación de trata de Veche, donde las mujeres son reunidas antes de ser enviadas al sur hacia Ucrania y más allá.

Aparto el coche de la carretera principal y aparco tras un grupo de árboles que ofrece cobertura parcial manteniendo una vista clara de la estación. Vivika se endereza en su asiento y examina el edificio y el solar que lo rodea, con expresión confusa.

—¿Qué es este lugar? —pregunta. Tiene los ojos entornados, el ceño fruncido al volverse hacia mí, y es un alivio oír su voz de nuevo.

—Mira. —Alargo la mano al asiento trasero y cojo los prismáticos que guardo allí precisamente para este tipo de reconocimiento, y se los paso. —Dime qué ves.

Ella levanta los prismáticos a los ojos y ajusta el enfoque, frunciendo el ceño mientras escudriña la estación. Permanece en silencio un buen rato, simplemente observando, y yo estudio su rostro mientras la realidad de lo que está viendo empieza a asimilarse.

Un autobús entra en el aparcamiento mientras estamos allí sentados. Sus ventanillas están tan tintadas que resulta imposible ver a través de ellas, y las puertas se abren para dejar salir a un grupo de hombres con abrigos gruesos que avanzan como depredadores. Abren una puerta lateral de la estación y comienzan a sacar mujeres del edificio—jóvenes, mayores, algunas que apenas parecen tener edad para ser consideradas adultas. Caminan con la cabeza gacha y los hombros encorvados, avanzando en fila india hacia el autobús esperando como ganado conducido al matadero.

—Dios mío —susurra Vivika, y la boca se le abre. —Hay… hay tantas.

—Esta es solo una estación —digo en voz baja—. Hay docenas como esta a lo largo de la ruta, desde San Petersburgo hasta Ucrania, Bielorrusia y Rumanía. Cada día, autobuses como ese llevan mujeres al sur para ser vendidas en mercados.

Baja los prismáticos lentamente, y veo su pálido rostro y las lágrimas acumulándose en sus ojos. —¿Cómo sabes tú de esto?

—Todo el mundo en nuestro círculo lo sabe. La familia Veche lleva décadas dirigiendo esta operación, desde que el padre de Ana estableció las rutas. Es una de sus principales fuentes de ingresos, y la protegen con celo.

—¿Entonces por qué nadie las ha detenido? —La furia relampaguea en sus ojos mientras se enjuga las lágrimas.

—Porque detenerlas requiere acceso a las propias rutas, y los Veche controlan cada centímetro de ese territorio. —Le quito los prismáticos de sus manos inertes y los aparto con rapidez. Me molesta haber tenido que demostrárselo de forma tan cruda, y eso se traduce en mis movimientos bruscos. —Intenté decirte que no he estado mintiendo.

Ella gira la cabeza hacia mí de golpe y la ira se dibuja en su rostro. —No lo entiendo. ¿Qué tienen que ver las armas con salvar a estas mujeres?

—Todo. —Me giro para encararla completamente, manteniendo su mirada. —Los Veche no renunciarán voluntariamente a sus rutas— son demasiado rentables, demasiado esenciales para su operación. Pero si logramos obligarles a permitirnos transportar nuestras armas por esas mismas rutas, establecemos un punto de apoyo. Nuestros hombres empiezan a viajar por ese camino, nuestros recursos fluyen por esos canales. Y una vez tenemos un punto de apoyo, presionamos. Ampliamos nuestro acceso, introducimos más gente, empezamos a tomar el control de puntos clave a lo largo de la ruta.

—¿Y luego?

—Y luego cerramos por completo la trata. Nos hacemos con la operación y la terminamos, estación tras estación, autobús tras autobús, hasta que no quede nada más que recuerdos. —Me paso una mano por el cabello y suspiro. —No tengo autoridad para contarte estas mierdas, pero ahí lo tienes. —Estoy tenso, con el pecho oprimido mientras me recuesto y apoyo la cabeza en el reposacabezas. A Yuri no le gustará que se lo haya contado, pero ella necesitaba oírlo.

Ella me mira, procesando lo que le he contado. La ira aún está sepultada bajo capas de conmoción y horror por lo que acaba de presenciar, pero puedo ver que finalmente empieza a entender lo que está en juego.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—¿Me habrías creído? Tienes razón. Estaba encubriendo nuestro verdadero motivo, pero eso no hace que esto sea menos cierto. —Muevo lentamente la cabeza. —De todos modos, siempre habrías tenido que ver esta parte por ti misma.

Ella vuelve a mirar hacia la estación de autobuses, donde están subiendo a las últimas mujeres al vehículo. Las puertas se cierran y el vehículo empieza a marcharse, llevando su carga humana hacia el sur.

—Te creo —dice en voz baja, y sus hombros se desploman—. Te creo, Lev.

Frustrado porque haya tenido que llegar a esto, refunfuño: —Bien. Ahora podemos—

Pero un movimiento capta mi atención en el extremo de la estación, una figura que sale del edificio principal y señala directamente hacia nosotros. Incluso a esta distancia puedo ver la alarma en su postura, cómo lleva la mano hacia algo en su cadera.

—Joder —digo, con la voz dura y plana mientras meto la marcha—. Tenemos que salir de aquí—

16

VIVIKA

La primera bala impacta en la ventanilla trasera antes de que me dé cuenta de que nos siguen, haciendo añicos el cristal en mil pedazos que salpican el asiento trasero y se quedan atrapados en mi pelo como afilados copos de nieve. Grito y me agacho en el asiento mientras Lev pisa el acelerador a fondo, y el coche se sacude hacia adelante, lanzándome contra la puerta.

—Quédate agachada —gruñe mientras nos mete en una curva tan brusca que los neumáticos chirrían contra el asfalto—. Mantén la cabeza por debajo de la ventanilla y no te muevas.

Otro disparo resuena en el aire y lo oigo atravesar el maletero en algún lugar detrás de mí; el sonido del metal desgarrándose hace que mi estómago se contraiga de terror. Me giro en el asiento para mirar por la ventanilla trasera hecha añicos y veo dos coches acercándose, berlinas negras con cristales tintados y hombres asomados por las ventanillas del copiloto con armas en las manos.

—Hay dos —jadeo, con la voz aguda y temblorosa—. Lev, hay dos coches—

—Los veo. —Vuelve a girar el volante y nos precipitamos por una estrecha carretera secundaria, los árboles desnudos a ambos lados

convirtiéndose en rayas grises al acelerar. Creo que nunca he ido tan rápido en un coche. El cuentakilómetros supera los ciento sesenta y sigue subiendo mientras Lev lleva el vehículo al límite.

Uno de los coches que nos persiguen se pone a nuestra altura por la izquierda, y el hombre del asiento del copiloto levanta su arma y apunta directamente hacia mí. El tiempo parece ralentizarse mientras veo su dedo apretar el gatillo, y entonces Lev vira bruscamente a la derecha y el disparo se pierde en el aire vacío donde mi cabeza estaba un instante antes.

—Necesito que conduzcas —dice Lev, y su voz es aterradoramente serena dadas las circunstancias. Estoy tan conmocionada que ni siquiera puedo hablar. ¿Qué quiere que haga? —Vivika, necesito que tomes el volante.

—¿Qué? No puedo—

—Puedes y lo harás. —Se inclina y agarra mi mano, tirando de ella hacia el volante—. Mantennos en la carretera y no reduzcas la velocidad. Voy a ocuparme de ellos.

Los siguientes segundos son un borrón de movimiento y terror mientras Lev reclina el asiento y activa el control de crucero. Cuando empieza a trepar hacia el asiento trasero, gimoteo, pero su expresión concentrada me dice que quizá debería centrarme.

—Listo —gruñe mientras se inclina sobre el asiento y agarra el volante, y ahora me toca a mí deslizarme sobre la consola central mientras él estabiliza el coche. Entonces estoy en el asiento del conductor con las manos aferradas al volante y Lev está bajando la ventanilla trasera y sacando una pistola de algún lugar dentro de su chaqueta.

—Conduce —ordena, y entonces se asoma por la ventanilla con la parte superior del cuerpo expuesta a los disparos traseros.

No me queda más remedio que pisar el acelerador a fondo. La carretera parece estrecharse cuanto más rápido voy, y oigo disparos

explotando detrás de mí en rápida sucesión mientras Lev devuelve el fuego a nuestros perseguidores. El coche que estaba a nuestro lado se retrasa después de una ráfaga del arma de Lev, y atisbo por el retrovisor cómo se sale de la carretera y se estrella contra una zanja con una salpicadura de barro, escombros y una nube de humo.

—Uno menos —grita Lev por encima del cacareo del viento y el chillido del motor—. Sigue, no pares.

El segundo coche sigue detrás de nosotros, acercándose ahora que su compañero está fuera de la persecución, y piso el pedal hasta el fondo aunque las piernas me tiemblan tanto que apenas siento el pedal bajo el pie. Nunca en mi vida había estado tan aterrada. Avanzo a trompicones por carreteras secundarias, pasando señales de stop, y gracias a Dios no hay otros conductores por aquí o estaríamos provocando accidentes y matando gente. Y es aún más difícil con este asiento completamente reclinado y sin cinturón de seguridad.

Aparece una señal delante de mí advirtiendo de un callejón sin salida, pero cuando procesado lo que significa, ya he girado por la carretera que marca y no queda adónde ir. El asfalto termina en un muro de hormigón desmoronado y una valla metálica oxidada, una especie de complejo industrial abandonado que no ofrece salida ni escapatoria.

—Mierda —susurro, frenando tan bruscamente que el coche derrapa y casi gira sobre sí mismo antes de detenerse a pocos metros de la barrera de hormigón—. Lev, lo siento, no vi—

—Quédate en el coche. —Ya está fuera, corriendo hacia el otro lado parapetándose donde, alargando el brazo, me entrega algo frío y pesado. Miro hacia abajo y me veo sosteniendo una pistola.

—Si alguien se acerca al coche, le apuntas con esto y aprietas el gatillo —dice, clavándome la mirada—. No lo pienses, solo apunta y dispara. ¿Puedes hacerlo?

Asiento aunque tiemblo tanto que el arma baila en mi mano. Nunca había empuñado un arma en mi vida y se siente mal. No soy una asesina. Pero Lev mantiene mi mirada un segundo más y luego desaparece, justo cuando el berlina chirría al detenerse tras nosotros y los hombres empiezan a salir de él con las armas en alto.

Los sonidos que siguen son las cosas más aterradoras que he escuchado en mi vida.

Los disparos resuenan en el aire en ráfagas rápidas, puntuados por gritos y los fuertes golpes sordos de cuerpos cayendo al suelo. Me acurruco en el asiento del conductor con la pistola apretada contra el pecho y los ojos cerrados con fuerza, demasiado aterrorizada para mirar lo que ocurre fuera. Y estoy encogida, demasiado paralizada para hacer otra cosa que quedarme allí sentada y rezar para que Lev sobreviva y pueda protegerme. Cada disparo me hace estremecer.

Las ventanillas de este coche se han reducido a añicos de cristal que lo cubren todo. Rebota en mis hombros y espalda, se amontona en mi regazo, y siento lágrimas ardientes resbalando por mis mejillas mientras me estremezco con sollozos.

Entonces cesan los disparos.

Una sombra se proyecta sobre la ventanilla del conductor y reacciono sin pensar, levantando la pistola y apuntando directamente a la figura que está fuera del coche. Mi dedo encuentra el gatillo, y estoy a una fracción de segundo de apretarlo cuando siento un agarre firme que arranca el arma de mi mano y mis ojos se encuentran con los de Lev.

—Soy yo —dice suavemente, extendiendo la mano por la ventanilla para tomar mi temblorosa mano y calmarme—. Solo soy yo, Vivika.

Abre la puerta y yo me desplomo contra su pecho en cuanto mis pies tocan el suelo, hundiendo la cara en su camisa mientras sollozos incontrolables me sacuden. Me sostiene sin hablar, con un

brazo rodeándome la cintura y la otra mano acunando mi nuca, y lloro contra su pecho hasta quedarme sin fuerzas.

El miedo ha impregnado cada célula de mi cuerpo. Ni un solo pelo de mi cabeza queda indemne mientras gimoteo y me aferro a él. Sus manos mantienen una presión constante que me ancla. No tiene idea del consuelo que estoy extrayendo de él ahora mismo. No lo entiendo, salvo que él está aquí y yo tengo miedo, y es la única persona a la que puedo recurrir. Pero no me molesta que sea él. Si fuera cualquier otro, no me sentiría segura.

Cuando finalmente alzo la cabeza y abro los ojos, la escena a mi alrededor hace que mi estómago suba hasta la garganta. Cuerpos yacen esparcidos por el pavimento como muñecas rotas, al menos cuatro, con charcos de sangre extendiéndose bajo ellos en manchas oscuras. El sedán permanece vacío con las puertas abiertas, el motor aún en marcha, y los hombres que bajaron de él con las armas en alto nunca volverán a subir a nada.

Lev hizo esto. Mató a todas estas personas para protegerme. Ni siquiera sé qué decir al respecto. No soy solo un peón en su juego. Si lo fuera, habría dejado que me llevaran, ¿verdad?

Entonces noto la sangre en su camisa.

—Estás herido —jadeo, apartándome de su pecho para ver mejor. La tela de su costado izquierdo está empapada y el carmesí sigue extendiéndose incluso mientras miro—. Lev, estás sangrando...

—Es solo un rozón —intenta quitarme importancia, pero ya le estoy tirando de la camisa para ver la herida—. Vivika, estoy bien...

—Estás sangrando por todas partes. Eso es lo contrario de estar bien —mi voz es cortante por el pánico. Algo en mí se preocupa profundamente porque este hombre resultara herido. Recibió un disparo defendiéndome, protegiéndome de hombres que querían matarme, y pensar que podría morir por eso hace que sienta que voy a hacerme añicos.

—Yo conduciré de vuelta —anuncio, dirigiéndolo con terquedad hacia el lado del pasajero—. No estás en condiciones de conducir, así que sube.

—Vivika...

—Sube al coche, Lev —abro la puerta y le frunzo el ceño, señalando el asiento mientras él arquea una ceja como sorprendido por esta faceta mía.

Cuando finalmente cede y se sube al coche, lo veo hacer una mueca de dolor y sé que no es solo un rozón. Le ayudo a abrocharse el cinturón y cierro la puerta, luego me acomodo en el asiento del conductor, pero esta vez ajusto el asiento y los espejos para ver lo que hago.

El trayecto de vuelta se hace eterno, o quizá solo lo parece porque no dejo de mirar a Lev cada pocos segundos para asegurarme de que sigue consciente. Su rostro se ha puesto pálido y una fina capa de sudor cubre su frente a pesar del frío y de que no nos quedan ventanillas.

—¿Estás bien? —pregunto por décima vez—. Pareces a punto de desmayarte.

—Estoy bien —gruñe, y percibo la tensión bajo su tono, el esfuerzo que le cuesta mantenerse erguido, alerta y consciente—. Solo conduce, Vivika. He tenido peores heridas que esta.

No le creo ni un instante pero sigo conduciendo, llevando el coche dañado a toda la velocidad que me atrevo. Él me guía en cada curva porque no tengo ni idea de cómo llegar a su adosado, y cada murmullo suyo se vuelve más débil.

Cuando llego a su entrada, Lev tiene los ojos semicerrados y su respiración se ha vuelto superficial. Me asusta, y no puedo evitar preguntarme si debería llevarlo a un hospital, no a casa. Pero pongo punto muerto y corro hacia su lado, abro la puerta de golpe y me agacho bajo su brazo para sostenerlo mientras sale.

—Vamos —murmuro, guiándolo hacia la puerta principal—. Solo un poco más. Tú puedes.

Se apoya pesadamente en mí mientras avanzamos a trompicones por la entrada hasta el salón, y lo bajo al sofá con la mayor suavidad que puedo, dada la diferencia de tamaño. Su camisa está completamente empapada ahora. Es demasiada sangre para ser solo un rasguño, y me siento completamente inútil. No soy enfermera. Ni siquiera tengo formación en primeros auxilios.

—Necesito verlo —digo, alcanzando los botones de su camisa—. Necesito ver lo grave que es.

No protesta mientras le quito la tela arruinada, revelando la herida. La bala atravesó su torso justo encima de la cadera, abriendo un surco en piel y músculo que sigue supurando sangre. Evitó vasos mayores —lo deduzco por el flujo constante en lugar de a chorros—, pero se ve dolorosa y expuesta, y ha perdido más sangre de lo que me tranquiliza.

—¿Dónde está tu botiquín? —exijo, presionando con firmeza la herida para ralentizar la hemorragia mientras con la otra mano le sostengo la cara, inclinándola para ver sus ojos—. Dime dónde está y buscaré lo necesario para arreglar esto.

Él me mira desde bajo sus párpados pesados, y hay calidez en sus ojos cuando encuentran los míos. Transmite su gratitud y su debilidad. Dice un millón de cosas que dudo que pueda articular con palabras, y es suficiente para saber lo que piensa. Y yo siento lo mismo.

—Armario del baño —logra decir—. Bajo el lavabo.

Ya me muevo antes de que termine de hablar, decidida a curar al hombre que acaba de matar a cuatro personas para mantenerme con vida.

17

LEV

El ardor del whisky es una distracción bienvenida del fuego que se extiende por mi costado mientras Vivika presiona un paño empapado en antiséptico sobre mi herida. Silbo entre dientes y agarro el brazo del sofá, observándola trabajar con manos firmes que contradicen el miedo que aún puedo ver persistir en sus ojos.

—Lo siento —murmura, con el ceño fruncido en concentración mientras examina la carne desgarrada sobre mi cadera—. Sé que duele.

—Sigue —digo, mientras doy otro largo trago de la botella que me pasó, dejando que el alcohol embote los bordes del dolor—. Lo estás haciendo bien.

Ha encontrado gasas y esparadrapo en el botiquín, junto con un pequeño kit de sutura que mira con evidente temor antes de dejarlo a un lado. La bala ha abierto un surco en la piel y el músculo, pero no se ha alojado dentro, lo que significa que puede limpiarlo y vendar sin tener que hurgar en busca de fragmentos. Pequeñas misericordias.

—¿Es buena idea el whisky? —pregunto, observándola abrir un paquete de gasa estéril—. Si me desmayo, podrías huir. Salir por la

puerta principal y desaparecer antes de que despierte.

Vivika hace una pausa, con las manos suspendidas sobre mi herida, y me mira a los ojos con compasión. —Vi a esas mujeres en la estación de autobuses, Lev. Ahora te creo —niega lentamente con la cabeza y vuelve su atención a mi costado, presionando una gasa fresca sobre la herida limpia—. Quiero ayudarlas. No tengo intención de irme.

Sus palabras me alivian el pecho y doy otro sorbo al whisky. A diferencia de los hombres de mi mundo, en cuya palabra nunca podría confiar plenamente —hay demasiadas puñaladas traperas—, creo plenamente lo que ella dice. No me ha dado motivo alguno para dudar de ella. Ha sido transparente en todo lo que ha dicho y hecho hasta ahora.

La observo trabajar en silencio durante un rato, admirando la forma en que se muerde el labio inferior mientras pega la venda en su sitio. Es hermosa cuando está tan concentrada y decidida, tan diferente de la mujer temblorosa que casi me disparó en la cara hace una hora. Ese miedo parece haberse disuelto de nuevo, como ya ocurrió antes, y es como si lo único en lo que piensa fuera cuidarme.

Cuando termina, alargo la mano y atrapo la suya antes de que pueda retirarla, llevándome los dedos a los labios y besándole los nudillos. Le corta la respiración y mantengo su mirada mientras bajo su mano pero la mantengo agarrada en la mía.

—Gracias —digo en voz baja— por curarme.

—Te dispararon protegiéndome —su voz apenas es un susurro—. Es lo mínimo que podía hacer.

—Vivika —tire suavemente de su mano, acercándola hasta que se sienta en el borde del sofá a mi lado—. Mientras estés conmigo, nadie te hará daño. Me aseguraré de ello. Prenderé fuego a cualquiera que lo intente.

Soy un tonto. Me es imposible decir lo que realmente siento. Lo que quise decir fue que, si se queda conmigo permanentemente, podré protegerla. Porque la quiero aquí. Quiero que se quede y esté conmigo, no para fingir. Sino para que sea mi compañera, para volver a casa con ella después de un largo día, y quizás algún día tener mis hijos.

—¿Qué pasará si realmente vuelvo a casa? —pregunta después de un momento de silencio—. Cuando todo esto termine y hayas conseguido lo que quieres de los Veche... ¿qué será de mí?

Es parte del plan que nunca terminamos de pensar. Estaba tan centrado en conseguir que fuera Ana Veche y engañar a su hermano corrupto que no tuve en cuenta que Yaros se enfurecerá cuando le robemos sus rutas. Vivika tendría que abandonar Rusia para evitarlo, y quién sabe hasta dónde llega su alcance. Podría perseguirla por todo el mundo.

—No lo sé —admito, sintiendo un poco de tristeza—. Yaros podría saber ya quién eres realmente. Su gente ha estado indagando y haciendo preguntas, intentando verificar la identidad de Ana. Si han descubierto que eres la impostora, podrían haber rastreado tu vida real... —dejo la frase en el aire porque decir esas palabras en voz alta resulta doloroso. No quiero que tenga más miedo del que ya tiene. No quiero que prometa quedarse conmigo por miedo. Tiene que ser su elección porque me quiere.

—Así que vendrán a por mí de todas formas. Incluso si vuelvo a casa e intento fingir que nada de esto ha pasado —ya lo hemos hablado, así que sé que ella lo sabe, pero esta vez, en lugar de una reacción de pánico y miedo, me mira directamente a los ojos reconociendo la verdad. En cierto modo, nunca había enfrentado realmente esta posibilidad hasta ahora.

—Es posible.— Le aprieto la mano, deseando poder ofrecerle algo más tranquilizador que la cruda verdad. —No voy a mentirte sobre eso.

Se queda callada, procesando lo que le he contado, y observo cómo las emociones recorren su rostro—miedo, incertidumbre, resignación. Entonces tiro de su mano de nuevo, atrayéndola hacia el sofá a mi lado, y ella viene de buen grado, acurrucándose contra mi costado ileso con la cabeza apoyada en mi pecho.

—Te deseo— le digo en voz baja, alzando la mano para acariciar su pelo oscuro. —Vivika, te deseo.— Mi corazón se siente como un campo de batalla. Admitir que la necesito en mi vida sería demasiado desesperado, aunque puedo reconocerlo en mi interior. Simplemente no puedo pronunciar las palabras. Decirle que la deseo es lo mejor que puedo ofrecer, pero cuando lo digo, significa algo que no sé expresar de otra manera.

Ella alza la cabeza y me mira, esbozando una sonrisa. —¿Ahora?— Se ríe entre dientes. —Acaban de dispararte, Lev. Deberías estar descansando.

Cree que me refiero al sexo.

Y sí lo deseo—quiero sentirla debajo de mí, rodeándome, gritando mi nombre—pero es más que eso. Mucho más, y no sé cómo hacerle entenderlo.

—Lo digo en serio— afirmo, sujetando su rostro entre mis manos e inclinándolo hacia el mío. —Te deseo.

Vivika levanta la cabeza hacia mí, ofreciéndome las caderas para un beso, y aunque esto no es en absoluto lo que intentaba transmitirle, no la rechazaré. Sus labios son un tesoro que vale más que mi peso en oro. Atesoro su contacto y anhelo la oportunidad de conectar con ella así tanto como sea posible.

Me inclino y capturo sus labios con los míos. Nuestras lenguas se entrelazan en un baile que enciende cada nervio de mi cuerpo. Ella responde con igual pasión, sus manos deslizándose por mi pecho, los dedos aferrándose a mi camisa como anclándose a mí. El dolor

en mi costado se desvanece, eclipsado por el calor que crece entre nosotros.

Ella rompe el beso primero y comienza a desabrocharse la blusa con dedos temblorosos. La observo hipnotizado mientras se quita la prenda, seguida del sujetador, revelando las suaves curvas de sus pechos. —Eres impresionante— mascullo. —Cada centímetro de ti me vuelve loco, Vivika.

Se levanta brevemente para quitarse los pantalones y las bragas, saliendo de ellos y haciendo que mi polla se estremezca de anticipación. Ahora desnuda, parece una diosa, su piel sonrojada, los ojos clavados en los míos. La alcanzo, atrayéndola de nuevo hacia mí, y ella se sienta a horcajadas sobre mi regazo. Su cuerpo está tan cerca pero aún parece lejano, y estoy ansioso por solucionarlo.

Me bajo los pantalones lo suficiente para sacar mi polla mientras ella se mantiene sobre mi regazo. Su autocontrol es mucho mejor que el mío. Yo la habría empotrado al instante, pero ella me provoca y acaricia, frotando el glande contra su humedad mientras me sonríe juguetonamente. Cuando le agarro la cadera y la acerco, se hunde.

Guío sus caderas mientras desciende sobre mí, envolviéndome centímetro a centímetro hasta que estoy enterrado profundamente en ella. Un gemido escapa de mi garganta ante la exquisita sensación, sus paredes apretándome tan resbaladizas y necesitadas.

—Joder, te sientes increíble— alabo, mis manos agarrando su culo, apretando la carne firme. —Es como si tu cuerpo estuviera hecho para encajar solo con el mío.

Ella empieza a moverse, balanceando las caderas en un ritmo que envía chispas por mis venas. Sus pechos oscilan con cada embestida. Sigo sus movimientos, empujando hacia arriba dentro de ella, y sus gemidos llenan la habitación. Que me monte así facilita mi costado herido, pero siento sangre resbalando por mi espalda y sé que la costra se ha desprendido. Pero no voy a parar. Le doy una

nalgada brusca, haciéndola jadear, y ella se aprieta aún más alrededor de mí.

—Buena chica— gruño, mis dedos clavándose en sus caderas para guiarla más rápido. —Móntame más fuerte, Viv. Muéstrame cuánto necesitas esto.— Ella obedece, frotándose con más fuerza, mientras sus uñas surcan mis hombros, dejando estelas de fuego que solo intensifican el placer.

Envuélvole el cuello con una mano, aplicando suficiente presión para que sus ojos se dilaten y su respiración se corte de esa manera embriagadora. No se aparta. En cambio, se inclina hacia ello, volviéndose más frenética.

—Mírate— digo con un quejido, sonriéndole mientras arquea la cabeza hacia atrás, exponiendo la columna de su cuello. —Crees que tienes el control, ¿verdad?— Aun así, la dejo liderar, balanceándose y agitándose hasta que estoy al borde y aprieto los dientes para no explotar.

Puedo sentir su clímax a punto de estallar. Su cuerpo tiembla, su ritmo vacila mientras persigue el alivio, así que empujo más hondo, buscando ese punto que la hace gritar, mi pulgar encontrando su clítoris y rodeándolo.

—Córrete para mí— ordeno, alabándola entre dientes apretados. —Lo estás haciendo increíble, apretándome fuerte. Suéltate, Viv— córrete sobre mi polla. Deja que ese coño rosado y bonito fluya.

Ella se deshace, su cuerpo convulsionando alrededor de mí, las paredes pulsando en oleadas que casi me arrastran con ella. Grita mi nombre, la cabeza echada hacia atrás, y la sostengo durante ello, dándole otra nalgada para prolongar el éxtasis, observando su rostro contraerse de placer.

—Eso es— gruño, —tan preciosa cuando te corres. Me dejas sin aliento cada vez.

Ella sigue montándome mientras le doy una fuerte palmada en el culo. Cada vez que lo hago, su coño se contrae, haciendo que se ciña más a mí y empujándome más cerca del límite. Es el cielo sentirla encajar como un guante. Pero su roce se ralentiza y entonces sus ojos se abren soñolientos antes de mirarme seductoramente. Joder, me deshace.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, alargando la mano para agarrarle el pelo, pero ella aparta mi mano.

—Ya lo verás —murmura con voz seductora.

Vivika se aparta de mí con un tembloroso suspiro, pero sus ojos siguen oscuros de deseo. Se arrodilla entre mis piernas en el suelo y tira de mis vaqueros y calzoncillos hasta bajarlos del todo. Entonces sus manos rodean mi húmedo miembro, aún cubierto de su excitación. Sin decir palabra, se inclina hacia delante y me toma en su boca, chupando con fuerza y haciendo que mis caderas se arqueen.

Le enredo los dedos en el pelo, agarrándolo con firmeza mientras la guío más adentro, empujando hasta que atraganta con mi longitud. Su garganta se contrae alrededor de mí mientras se ahoga; luego retrocede jadeando, con hilos de saliva colgando de sus labios, pero vuelve a lanzarse, decidida.

—Joder, sí —gimo, tirándole del pelo para controlar el ritmo—. Eres increíble en esto, Vivika. Qué boca más hábil, tragándomela como una profesional.

La hago atragantarse de nuevo, manteniéndola así un momento, sintiendo cómo se tensa su reflejo nauseoso antes de soltarla. Es casi como sentir sus músculos calientes apretándose alrededor de mí cuando llega al orgasmo, joder, qué caliente. Tose pero no se detiene, con los ojos llorosos mientras sube y baja más rápido, una mano acariciando lo que no le cabe. Verla así—arrodillada, entregada, dándome placer después de haberla follado—me acerca al límite.

—Sigue —la alabo, con la voz tensa. Cada músculo de mi cuerpo está rígido y a punto de estallar. Observar cómo disfruta hace que mi corazón lata con fuerza y mi polla esté a punto de reventar—. Me pones tan duro, tan dispuesto a explotar. Mírate, ahogándote con mi polla y encantada. Eres todo lo que deseo.

La presión aumenta, enroscándose en mis huevos, y empujo dentro de su boca, tirándole del pelo para enterrarme hasta el fondo. Cada vez que deslizo por su garganta se ahoga y se aprieta alrededor de mí, y no puedo contenerme. Le agarro la cabeza con tanta fuerza que ni siquiera puede moverse mientras empujo una y otra vez, metiendo mi polla tan hondo como puede llegar hasta que siento el primer hormigueo del orgasmo.

La saco justo cuando me corro, manteniendo su cabeza quieta mientras ella jadea buscando aire y chorros de semen caliente salpican su cara—sus mejillas, sus labios, su barbilla—mientras abre la boca para atrapar lo que puede. Es una visión erótica mientras me agarro y acaricio, apuntando a su cara para terminar hasta que cae la última gota y ella me mira con ojos desorbitados, cubierta de mi semilla.

Se lame los labios, encontrando mi mirada con un destello de satisfacción. —Perfecto —susurro, acariciándole ahora el pelo—. Dios, qué desastre más sexy. Sube aquí —ordeno, tirándole del pelo.

Vivika coge su camiseta y se limpia la cara, luego vuelve a subirse encima de mí. Montándome de nuevo, se desploma sobre mi pecho y se relaja. Hay paz mientras deslizo mis dedos por su espalda y bajo por la curva de su culo.

No entendió lo que le dije cuando le dije que la quería. Y no sé si tendré el valor para mencionarlo otra vez. Es ahora o nunca, así que decido repetirlo, y esta vez, intentar ser más específico.

Le paso los dedos por el pelo mientras intento encontrar las palabras para lo que necesito decir. La herida en mi costado palpita con cada

latido, y me dan ganas de abrazarla más fuerte, mantenerla más cerca, no soltarla jamás.

—Vivika —murmuro contra la parte superior de su cabeza—. Necesito que entiendas algo.

—Mmm? —Está medio ida ahora mismo, su cuerpo cálido y maleable contra el mío.

—Cuando dije que te quería, no solo me refería—

Mi móvil vibra, cortándome a mitad de frase, y suspiro con fuerza. El universo sí que disfruta jodiéndome. Es como si no pudiera decir lo que quiero sin que algo me lo impida. Le doy unos golpecitos en el hombro, y ella se gira hacia un lado, desplomándose en el sofá y sonriéndome con expresión nublada y lujuriosa mientras me subo los pantalones y saco el móvil del bolsillo.

El nombre de Yuri parpadea en la pantalla, y sé antes de responder que lo que quiera va a arruinar este momento.

—¿Qué? —gruño en el teléfono.

—Necesitamos vernos. —La voz de Yuri es cortante y tensa, pero ni siquiera sabe lo que pasó hace un rato. Así que sea lo que sea, es peor que los soldados bastardos de Yaros persiguiéndome y aprendiendo por las malas por qué no deberían joderme—. Esta noche. En mi finca.

—Me acaban de disparar, Yuri. No estoy en condiciones de—

—Me da igual si te falta una pierna, Lev. Esto no puede esperar. —Hay una pausa y cuando vuelve a hablar, suena enfadado—. Trae a la mujer contigo. Es hora de que conozca al resto de la familia.

La línea se corta antes de que pueda responder, y miro fijamente el teléfono en mi mano mientras Vivika levanta la cabeza y me observa con preguntas escritas por toda su cara.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Qué ocurre?

—Era mi tío. —Dejo el móvil a un lado y encuentro su mirada preocupada, ya temiendo lo que viene y deseando poder protegerla de ello—. Quiere una reunión, y quiere que tú estés allí.

—¿Yo? ¿Por qué querría que yo estuviera?

No tengo respuesta para ella, pero la inquietud que se enrosca en mi estómago me dice que esto está a punto de complicarse mucho más de lo que cualquiera de nosotros está preparado.

18

VIVIKA

Cuando Lev me informó que esperaban que fuéramos a casa de su tío, no sabía qué esperar. Estoy nerviosa mientras caminamos hacia la puerta principal, aunque él no para de decirme que no lo esté. Lev ha intentado asegurarme varias veces que, como ahora pertenezco a él —sea lo que sea que eso signifique —, su familia me respetará como si fuera una más. Pero los nervios no desaparecen.

La mujer que abre la puerta cuando llamamos irradia luz, con la barriga hinchada por el embarazo, y es preciosa. Solo puedo suponer que es la esposa de Yuri, de la que Lev me habló.

—Lev —le besa la mejilla y le abraza con fuerza antes de separarse —. Tienes una pinta fatal.

—Gracias, Inessa. Siempre es un placer —Lev se ríe de ella, como si su comentario fuera un insulto juguetón que a mí me pasa por alto. Parece una interacción perfectamente normal entre dos familiares. Creo que esperaba que fuera más oscura u hostil, pero esta mujer es agradable... incluso normal.

—Y esta debe ser la mujer de la que tanto he oído hablar —Inessa vuelve su atención hacia mí, recorriéndome con la mirada desde la

cara hasta los zapatos y volviendo a subir—. El parecido es realmente asombroso.

No sé qué decir a eso, así que me quedo junto a Lev con las manos entrelazadas delante de mí y el corazón golpeándome las costillas. Que me examinen así es desconcertante y no me gusta. Es la presión de "conocer a la familia" multiplicada por diez mil porque no son gente normal. Son criminales y ladrones, y yo no soy una de ellos. No encajo.

—Hola —digo con timidez.

—Venga, por favor —dice, sonriendo—. Yuri os espera —Inessa nos guía por el gran recibidor y por un pasillo lleno de cuadros al óleo que parecen tan antiguos como si pertenecieran a un museo, pasando puertas cerradas y habitaciones silenciosas hasta llegar a un par de puertas dobles al final del pasillo. Las abre sin llamar y nos hace un gesto para que entremos.

—La sala de guerra —dice, y hay algo casi divertido en su voz—. Buena suerte.

La habitación de dentro es exactamente lo que habría imaginado si alguien me hubiera pedido pensar dónde celebran sus reuniones los criminales. Una larga mesa domina el centro, rodeada de sillas de cuero, y las paredes están cubiertas de mapas y pantallas. Hay decantadores de cristal llenos de líquido ámbar en una cómoda, y todo el espacio desprende un aire de seriedad.

Tres hombres ya están sentados a la mesa, y todos se giran para mirarnos al entrar.

Reconozco a Fiódor de inmediato—aparte de un traje más oscuro, tiene el mismo aspecto que cuando nos llevó a esas pequeñas salidas que Lev planeó. Y el hombre a su derecha me mira con desdén, como si estuviera decidiendo si valgo la pena. Enfrente de él se sienta otro hombre de hombros anchos y ceño sucio.

Instintivamente me pego un poco más a Lev cuando él me hace entrar e Inessa cierra la puerta.

—Lev —Yuri se levanta de su silla para saludar a su sobrino con un apretón de manos—. He oído lo de la estación de autobuses. Tienes suerte de estar vivo.

—No fue cuestión de suerte —Lev coloca su mano en mi espalda baja, un gesto posesivo que los demás hombres en la habitación no pasan por alto—. Vivika nos sacó de allí y luego me curó.

Todas las miradas de la sala se vuelven hacia mí, escudriñándome, pero nadie dice mucho. Es como si me evaluaran por mi actuación, y se relajan al oír que no abandoné a Lev cuando me necesitaba.

—Venga —Yuri hace un gesto hacia la cómoda—. Tomad algo.

Lev me guía por la habitación y sirve dos copas, entregándome una. La llevo a los labios y me la bebo de un trago largo que me quema hasta el estómago.

Los hombres intercambian miradas, y Lev me quita la copa de la mano y la vuelve a llenar sin comentar nada antes de hacer las presentaciones apropiadas. Nunca recordaré sus nombres, principalmente porque estoy demasiado ansiosa para pensar con claridad, pero cuando termina, me siento un poco mejor respecto a los hombres que me rodean.

—Por favor, sentaos —Yuri vuelve a su silla y señala los asientos vacíos cerca del centro de la mesa—. Tenemos mucho que discutir.

Me siento en una de las sillas y aprieto mi copa recién llenada, hiperconsciente de Lev a mi lado y de los otros cuatro hombres alrededor de la mesa. Dimitri me observa con su ceño frío, lo cual no me gusta, y tengo la sensación de que si dependiera de él, yo no estaría aquí. Pero cuando Yuri empieza a hablar, me giro hacia él e ignoro al otro tío de Lev.

—Iré al grano —dice Yuri, cruzando las manos sobre la mesa que tiene delante—. Hemos recibido confirmación de una de mis fuentes más fiables sobre Ana Veche. La sala se queda en silencio, la atención de todos se agudiza mientras esperan lo que Yuri tiene que decir—. Ana Veche lleva meses muerta. Desde antes incluso de que sacáramos a Vivika de la calle.

Siento que la sangre huye de mi rostro al oír mi nombre. ¿La mujer a la que he estado interpretando... está muerta? Así que realmente la mataron, y ahora Lev me tiene metida en este plan y también quieren eliminarme a mí, porque el hecho de que esté viva y coleando, paseándome como ella, les hace quedar como unos idiotas.

—¿Cómo? —pregunta Lev con voz tensa.

—Ahí es donde se pone interesante —Yuri se recuesta en la silla, escudriñando la mesa para calibrar las reacciones—. Según mi fuente, Ana fue asesinada por su propio hermano, tal como sospechábamos. Yaros la mató para hacerse con el control de la familia, y ha estado encubriéndolo desde entonces.

Ninguno de los hombres en esta mesa parece sorprendido por la noticia. O ya lo sabían o lo sospechaban profundamente, pero a mí me resulta impactante. Que alguien mate a otro ser humano solo por tener más poder es repugnante, ¿pero a tu propio hermano? Mi labio inferior tiembla y doy un sorbo a mi copa para disimular.

—Eso explica por qué quiere matarla —dice Fyodor lentamente—. A nuestra Ana, quiero decir.

—Exactamente —asiente Yuri—. Yaros le ha estado diciendo a su familia que Ana se fue por negocios, pero entonces aparecemos nosotros con una mujer idéntica a ella, y de repente todos hacen preguntas.

—Así que tenía razón —refunfuña Lev dejando su copa sobre la mesa—. Y se preguntan por qué está aliada con nosotros... Lo que

ahora nos pone en el punto de mira.

—Es algo más que preguntas —Yuri coge una carpeta de la mesa y la abre, revisando el contenido—. Nuestro infiltrado me cuenta que los leales a Ana lo han acusado directamente y exigen pruebas. Es cuestión de tiempo que estalle una guerra civil en esa familia.

—¿Y el Sindicato de los Balcanes? —pregunta Dimitri.

—Luka Kolar sigue creyendo que Ana está viva y viajando. Yaros ha sido muy cuidadoso manteniendo esa ficción con sus socios externos —Yuri cierra la carpeta y la aparta—. Pero eso está a punto de cambiar.

Doy un sorbo a mi copa, intentando controlar el temblor de mis manos mientras escucho a estos hombres hablar del asesinato de una mujer a la que nunca conocí. ¿Cómo lo hizo? Y si liderar la familia es la única razón, ¿por qué Ana no se habría apartado para salvar la vida? No entiendo qué merece la pena entregar la vida.

—¿Cuál es el objetivo final de Yaros, entonces? —pregunta Lev—. Si su propia familia empieza a dudar de él, si mantener en secreto la muerte de Ana se vuelve más difícil... ¿cuál es su plan?

Lev tiene razón. Un hombre solo puede ocultar la verdad durante un tiempo. La verdad es como el amanecer. Al final brilla y todos la ven con claridad. Si el hermano de Ana cree que puede retener su poder sin su presencia para respaldarlo, ¿qué acto desesperado cometerá cuando su plan se desmorone? ¿Y estaré yo en el punto de mira? Hago que trago el contenido de mi copa de un sorbo y hago una mueca al darme cuenta de que ya está vacía.

—Por eso he convocado esta reunión —la mirada de Yuri se posa en mí, y siento sus ojos sobre mí como una mano alrededor de mi garganta—. Nuestra fuente ha descubierto la estrategia de Yaros para lidiar con el problema que le hemos creado.

—¿Que es?

—Pretende matar a Ana en público —cuando habla, es pragmático y frío. No hay ni rastro de emoción, ni preocupación ni compasión. Me hiela la sangre—. A nuestra Ana... Vivika. Va a organizar su muerte y culpará a la familia Gravitch, usando eso como justificación para la guerra.

La copa se me escapa de los dedos y se hace añicos en el suelo mientras tiemblo. Han caído de lleno en una trama enfermiza que no habían previsto y yo soy el eje. O sale bien para nosotros o para Yaros, pero en cualquier caso, arriesgo la muerte.

Todos se vuelven a mirarme, pero no puedo respirar. Estoy horrorizada y paralizada, e incluso cuando Lev apoya su mano en mi rodilla, sigo temblando. No soy Ana Veche y ahora mismo no estoy actuando. Si esperaba que yo interpretara a la Donna muerta, debería haberme preparado mejor para esto.

—¿Cree que puede enfrentarse a nosotros? —gruñe Lev antes de soltar una risotrada burlona.

—No lo hará solo —Yuri no aparta la vista de mí—. Si Yaros convence a sus aliados de que nosotros asesinamos a Ana Veche... la adorada Donna... tendrá a todos los soldados Veche y miembros del sindicato balcánico pidiendo nuestra sangre. Las fuerzas combinadas serían aplastantes.

—Estaríamos acabados —dice Fyodor en voz baja.

—Sería peor que acabar. No habría recuperación ni reconstrucción posible. La familia Gravitch dejaría de existir —Dimitri se levanta de golpe, empujando su silla con fuerza hacia atrás. Rueda hasta chocar contra el aparador y se detiene, pero todas las miradas se clavan en él.

La sala estalla en discusiones: voces que se solapan, estrategias propuestas y descartadas, ira y miedo mezclándose en una cacofonía que me hace dar vueltas la cabeza. Pero no oigo nada más allá del

zumbido en mis oídos y el único pensamiento que se repite en mi mente como un disco rayado.

Me van a matar. Me van a matar para empezar una guerra, y no puedo hacer nada para evitarlo. Apoyo las yemas de los dedos en las sienes y cierro los ojos, intentando bloquear la discusión, pero no sirve de mucho. Discuten sobre mi vida como si solo fuera un objeto por el que pelear o que comprar y vender. Me siento enferma y necesito aire.

—Quiero irme a casa.

Todos en esta habitación están locos. Se acabó eso de usarme como su valiosa moneda de cambio. No voy a arriesgar mi vida por esta guerra en la que nunca pedí participar. Intento levantarme, pero Lev me vuelve a sentar cuando Yuri se gira hacia mí.

—Me temo que eso ya no es posible, Vivika. —Su rostro muestra frustración, pero también hay compasión en sus ojos. Él tiene esposa. Seguro que sabe cómo se sentiría ella en mi lugar.

—Pero nunca acepté ser tu peón. Nunca me apunté para morir por los intereses comerciales de tu familia. —Vuelve a temblárseme el labio y mis ojos recorren la habitación frenéticamente, esperando que alguno vea que soy humana y siento. Esto no es justo para mí. No quiero seguir con su juego.

—Eres una mujer inteligente, Vivika. —Yuri se pone de pie juntando las manos sobre la mesa mientras se inclina amenazadoramente. Dimitri vuelve a sentarse, todavía frunciendo el ceño pero más tranquilo—. Estoy seguro de que Lev te explicó lo que pasa si intentas volver a tu vida normal. —Se le arquean las cejas y no puedo responder.

He oído este discurso tantas veces que sé que esos malditos enfermos me seguirían hasta mi vida normal e intentarían matarme allí. Pero nunca quise esto y solo quiero salir de aquí. Quiero volver a sentirme segura en mi propia piel.

La habitación se difumina entre lágrimas. No hay regreso a casa. Ni vida normal que me espere tras esta pesadilla. La mujer que era antes de que los hombres de Lev me secuestraran en aquella esquina... ya no existe.

Empujo la mesa con tanta fuerza que mi silla se vuelca detrás de mí, luego corro a trompicones hacia la puerta mientras la vista se me nubla y el pecho me duele de tanto sollozar. Oigo a Lev llamarme, pero no me detengo. No aguanto ni un segundo más allí. Necesito salir de esta habitación llena de hombres que me han robado la vida dejándome solo peligro y muerte.

Avanzo medio pasillo antes de detenerme y apoyarme en la pared, golpeándola con los puños entre sollozos. Si salgo por esa puerta sin Lev, muero. Si voy a casa, muero. Si me quedo, también podría morir. ¿Cómo ha pasado esto?

—Vivika.

Es una voz femenina. Cuando alzo la vista entre lágrimas veo a Inessa apoyada en la pared junto a mí. Apoya una mano en su vientre y me sonríe con dulzura, como si eso cambiara algo.

—Lo sé —dice en voz baja—. Sé cómo te sientes.

—¿Cómo puedes saberlo? —bufo, reconociendo mi propia amargura —. Eres uno de ellos. Eres parte de esta familia.

—Se vuelve más llevadero —dice Inessa al tomar mi mano con suavidad. El gesto me tranquiliza, pero viniendo de alguien dentro de la familia, me desconcierta—. No te mentiré diciendo que mejora porque esta vida es dura y peligrosa, quita más de lo que da. Pero aprendes a adaptarte. También hay cosas buenas.

Apoya mi mano sobre su vientre y siento una patada contra mi palma, un débil aleteo que parece demasiado frágil para el mundo que espera a este bebé. Ese pensamiento ahonda en mi desesperación. ¿Y si yo también quiero hijos? ¿Se verán condenados a este infierno? ¿Haría eso Lev conmigo?

—Tú le importas a Lev —continúa Inessa—. Lo sé porque le he visto cambiar este último mes. Lo que aportas a su vida... le ha hecho mejor persona... —Hace un mohín—. Y cuando un hombre de esta familia dice que algo le pertenece, lo dice en serio. Y eso incluye la protección de cada hombre en esa sala, incluso de Dimitri... que es amargo como el vinagre. —Su risita no logra arrancarme una sonrisa. Supe cómo era el hombre desde que oí su nombre.

Miro su vientre pensando en lo que supone traer un niño a un mundo así. Luego pienso en Lev. Y en cómo me abrazó anoche.

No sé qué hacer. Estoy en un callejón sin salida donde la única escapatoria es seguir adelante.

—Tengo miedo —admito, y ella apoya su mano en mi brazo apretando con suavidad.

—Estará bien. Lev no permitirá que te pase nada, ni Yuri tampoco. Es duro a veces, pero es leal y lucha por su familia.

Por mucho que intente tranquilizarme, sigo sin sentirme segura.

Si pudiera volver atrás el tiempo, regresaría al día que estuve cerca del puesto de comida y encontraría cómo huir. Ningún amor, por fuerte o protector que sea, merece arriesgar la vida así. Lev ya no es solo mi captor. Sé que me estoy enamorando locamente de él, pero aún preferiría mi vida aburrida.

Quizás por eso cuesta tanto quedarse ahora. Saber cuánto deseas a alguien y ver que vienen de mundos opuestos es desgarrador. Sabes que terminará mal, solo falta saber cuándo.

19

LEV

—Tenemos que trasladarla —dice Yuri, desplegando un mapa sobre la mesa y señalando un lugar en el norte de la ciudad —. La casa adosada está comprometida. Yaros sabe dónde vives, así que es solo cuestión de tiempo que vuelvan a intentarlo. Vivika salió corriendo por la puerta, pero no la perseguí. No va a huir porque conoce los riesgos, pero quedarme aquí sentado sabiendo que está ahí fuera enfadada y herida me pone tenso.

—¿La casa segura en la isla Krestovsky? —Fyodor se inclina hacia delante para estudiar el mapa—. Está lo bastante aislada como para ser defendible, pero lo bastante cerca del centro de la ciudad para movernos rápido si lo necesitamos.

—Eso es lo que estaba pensando —Yuri traza una ruta con el dedo —. La trasladamos esta noche, al amparo de la oscuridad, y la mantenemos allí hasta que se resuelva esta situación.

Miro el pequeño punto y frunzo el ceño. La hemos usado antes para operaciones muy delicadas, pero no a menudo. Es una buena opción: rodeada de agua por tres lados, con solo una carretera de entrada y otra de salida. Pero mantener a Vivika encerrada en otra jaula no la hará más dócil, y la encontrarán allí tarde o temprano.

—¿Y qué hay del plan? —pregunta Dimitri, pero todavía usa ese tono crispado y tenso. No le ha gustado esta operación desde el principio y está empezando a tocarme los cojones—. ¿Seguimos adelante con Kolar o esta nueva información ha cambiado las cosas?

—El plan sigue adelante —Yuri se endereza—. De hecho, esta nueva información lo hace más urgente. Si Yaros planea matar a Vivika públicamente y culparnos, tenemos que llegar a Kolar primero.

—¿Cómo propones que lo hagamos? —pregunto. Mantenerme enfadado con Dimitri solo me distraerá de lo que se supone que debo hacer. Eso pondría a Vivika en riesgo, y no puedo permitir eso.

—Una reunión privada —los ojos grises de Yuri se encuentran con los míos—. Solo tú, Vivika y Luka Kolar en un lugar neutral. Tráela como Ana Veche, y ficcionaliza un poco... Cuéntalo como que Ana sabe que Yaros ha estado tras ella para matarla y quedarse con su imperio, y mira qué hace Kolar.

No puedo evitarlo, pero me río con desdén. —Kolar no se lo creerá ni un segundo. Necesitaremos algún tipo de prueba que lo respalde.

—Entonces proporcionamos pruebas —Yuri coge una carpeta y la desliza hacia mí—. Todo lo que mi fuente ha recopilado sobre la muerte de Ana, la conspiración de Yaros, las órdenes de eliminar a la mujer que afirma que es su hermana. Combinado con el testimonio de Vivika y su parecido con la verdadera Ana, debería hacer que Kolar lo cuestione todo.

Hojeo la carpeta, examinando documentos y fotografías que pintan un cuadro condenatorio de la traición de Yaros Veche. Si la mitad de esto es exacto, nos ha estado tomando el pelo a todos durante meses. Y si Kolar ve estas pruebas, también se lo creerá. Pero eso no responde a qué haremos con Vivika cuando Kolar esté convencido y se vuelva contra Yaros. Pensará que Vivika es la verdadera Ana, pero no hay forma de que ella pueda liderar realmente a esa familia. Verán a través de ella.

—Romperá todos los acuerdos —dice Fyodor, siguiendo mi línea de pensamiento—. Kolar siempre ha sido leal a Ana personalmente, más que a la familia Veche como institución. Si cree que Yaros la mató, se desvinculará de todo lo que han construido juntos.

—Y cuando se desvincule, el castillo de naipes de Yaros se derrumba —el escepticismo de Dimitri se ha transformado en algo más calculador. Levanto la vista hacia su rostro y veo que la expresión de desdén se desvanece. No le gusta, pero está empezando a ver cómo este plan podría funcionar—. Sin el Sindicato de los Balcanes, Yaros pierde las rutas del sur. Sus capitanes buscarán alternativas, sus aliados cuestionarán su lealtad.

—Esa es la idea —Yuri me mira—. Pero todo depende de Vivika. Tiene que ser lo bastante convincente para que Kolar crea que realmente es Ana, y tiene que contar la historia de manera que él quiera actuar en consecuencia. ¿Puede hacerlo?

La pregunta no es si Vivika puede hacerlo, sino si lo hará. La he visto ser dura como el acero, pero ahora que comprende los riesgos, conquistar su miedo será el verdadero problema. Luego quedan las preguntas persistentes sobre qué haremos cuando Kolar decida que no le gusta que lo engañemos con una Ana falsa.

—Puede hacerlo —digo—. Me aseguraré de ello. Pero no estoy contento con esto. Expresaría mi preocupación ahora mismo, excepto que Vivika está ahí fuera en algún lugar y me siento inquieto por dejarla sin supervisión.

—Bien —asiente Yuri—. Trasládala al refugio esta noche y continúa su entrenamiento allí. Organizaremos la reunión con Kolar para finales de semana, lo que te da cuatro días para prepararla. No los malgastes.

La reunión termina después de eso, y salgo a buscar a Vivika en una de las salas, acurrucada en un sofá con Inessa a su lado y una taza de té enfriándose entre sus manos. Sus ojos están enrojecidos de

tanto llorar, pero cuando me ve, su rostro se suaviza y parece más relajada.

—Tenemos que irnos —le digo con suavidad—. Te lo explicaré todo en el coche, pero ahora mismo debemos movernos.

Mira a Inessa, quien le hace un gesto de ánimo con la cabeza, y entonces se levanta del sofá, dejando su taza atrás, y camina hacia mí sin cuestionarlo, confiando en que la mantendré a salvo aunque su mundo acabe de desmoronarse.

Cogo su mano y la conduzco al coche. Ha empezado a llover mientras estábamos dentro, un aguacero constante que tamborilea contra el techo y difumina las luces de la ciudad en franjas borrosas. Salgo de la entrada de Yuri y me dirijo a mi adosado, donde necesitaremos hacer las maletas antes de reubicarnos.

—¿Qué está pasando? —pregunta Vivika en voz baja. Percibo el miedo en su tono—. ¿Adónde vamos?

—A un lugar seguro. —Alargo la mano y vuelvo a coger la suya, necesitando el contacto tanto como intuyo que ella—. La casa adosada ya no es segura. Nos trasladamos a un refugio al norte de la ciudad, donde Yaros no pueda alcanzarte.

—¿Y luego qué?

—Y luego acabamos con esto. —Aprieto sus dedos con suavidad—. Hay un plan, Vivika. Una forma de derribar a Yaros y protegerte al mismo tiempo. Pero requiere que hagas algo difícil, algo que exigirá todo lo que has aprendido desde que te llevé conmigo.

—¿Qué es? —Sus dedos tiemblan, pero no los retira.

—Una reunión con Luka Kolar, jefe del Sindicato Balcánico. Volverás a interpretar a Ana una vez más, le contarás todo lo que Yaros ha hecho y lo convencerás de romper toda relación con los Veches. —La miro de reojo—. Es arriesgado. Si algo sale mal—

—Lo haré. —Esa respuesta tan rápida es algo para lo que no estaba preparado—. Si significa terminar con esta pesadilla, para dejar de mirar a mis espaldas cada segundo de cada día, haré lo que necesites que haga.

Oírla confirmar de nuevo que no se rinde conmigo hace que mi confianza se dispare. Lo que Inessa le haya contado sobre las cosas debe de haber ayudado. La Vivika que salió corriendo de la sala de operaciones de Yuri era un desastre destrozado, pero todavía no se da por vencida. Aprieto su mano y acelero. Si Yaros ha dado órdenes de matarla, realmente tenemos que alejarnos de aquí y llegar a ese refugio donde pueda controlar mejor las cosas.

La lluvia se intensifica al acercarnos a mi calle, cortinas de agua que caen por el parabrisas más rápido de lo que los limpiaparabrisas pueden despejar. Reduzco la velocidad al girar en mi bloque, y mis instintos se agudizan con una advertencia. Algo se siente mal: la calle está demasiado silenciosa, las sombras demasiado profundas, como si algo estuviera vivo y hambriento. Diría que solo estoy paranoico, pero Yuri sí me advirtió que los Veches van tras ella.

Entonces veo el coche aparcado frente a mi adosado que no pertenece en absoluto a esta calle, y cada nervio se eriza. Tengo que apretar los dientes para evitar jurar en voz alta.

—Agáchate —le murmuro a Vivika, pasando de largo frente a mi casa y aparcando en la esquina donde estamos ocultos de la vista directa—. Tenemos compañía.

—¿Compañía? —Su voz se eleva con miedo—. Lev, ¿qué—?

—Escúchame con atención. —Me giro en el asiento y le sostengo el rostro entre mis manos, manteniendo su mirada con una intensidad que espero transmita la seriedad de lo que voy a decir—. Voy a ponerte en un lugar seguro donde no puedan verte, y luego me ocuparé de quienquiera que esté dentro de mi casa. Quédate escondida hasta que vuelva a por ti. ¿Lo entiendes?

—¿Quieres que me esconda bajo la lluvia? —Suena incrédula, casi ofendida—. Lev, eso es una locura, debería quedarme contigo—

—Vivika. —La interrumpo con un firme apretón de manos que sacude su cabeza—. El coche es un objetivo. La casa es un objetivo. El único lugar seguro ahora mismo es algún sitio oscuro y escondido donde a nadie se le ocurra mirar. Necesito que confíes en mí en esto.

Mi pecho se agita mientras la adrenalina me prepara para lo que pueda enfrentar. ¿Quién sabe si es un solo sicario o si Yaros envió un equipo? Sé que serán profesionales, lo que lo hace más arriesgado, y sé que Vivika esperando en este coche es una idea estúpida. Sería un blanco fácil.

Sus ojos me suplican que no permita que esto ocurra, pero asiente y exhala un aliento tembloroso. —Vale. Vale, confío en ti.

La guío por la parte trasera de la propiedad, manteniéndonos agachados y usando la lluvia como cobertura, hasta llegar a un seto denso que bordea la valla. Lejos de lo ideal: estará empapada, helada y aterrorizada, pero es mejor que las alternativas. La empujo suavemente hacia las sombras detrás del seto y le sostengo el rostro una vez más.

—Quédate aquí —susurro contra su frente—. Quédate callada. Volveré a por ti.

Luego me giro y avanzo hacia la casa, sacando mi pistola de la funda mientras la lluvia ahoga cualquier sonido que puedan hacer mis pasos. La puerta trasera ha sido forzada, la cerradura colgando suelta e inútil, y me deslizo dentro con el arma levantada y los sentidos alerta a cualquier señal de los intrusos que esperan en la oscuridad.

Encuentro al primero en la cocina, una sombra moviéndose entre la encimera y el frigorífico, y le planto dos balas en el pecho antes de que pueda levantar su arma. El estruendo de los disparos estalla en

la casa silenciosa, rompiendo la tensión y anunciando mi presencia a cualquiera que se oculte en las habitaciones contiguas.

Un segundo hombre aparece en la entrada del salón, ya disparando, y yo me tiro detrás de la isla de cocina mientras las balas perforan los armarios sobre mi cabeza. Las astillas llueven sobre mis hombros y devuelvo el fuego a ciegas, soltando disparos en dirección al fogonazo de su arma hasta que oigo un gruñido y el golpe sordo de un cuerpo contra el suelo.

Dos menos. Pero podría haber más.

Recorro la casa habitación por habitación, despejando cada espacio con cuidado mientras escucho. No oigo pasos, pero eso no significa que esté solo. El comedor está vacío, el estudio intacto, pero al llegar al pasillo que conduce a los dormitorios, percibo movimiento adelante—el crujido de una tabla del suelo, el suave roce de una tela.

Me pego a la pared y espero, dejando que mis ojos se adapten a la oscuridad más profunda del pasillo, y entonces una figura sale de las sombras con un arma apuntando directamente a mi cabeza.

Reacciono por instinto, apartando el arma y clavándole el codo en la garganta, pero es más rápido de lo que esperaba y su puño impacta en mi herida con fuerza suficiente para enviar una agonía candente por todo mi cuerpo. Vacilo, casi pierdo el equilibrio, y él aprovecha su ventaja con una patada que me estrella contra la pared.

Su arma se levanta de nuevo y yo miro fijamente por el cañón, esperando el disparo que acabará con todo, cuando la tenue luz de un coche que pasa ilumina su rostro y el reconocimiento me golpea.

Tyrak.

¿Uno de mis propios hombres?

Está plantado en mi pasillo con un arma apuntando a mi cráneo, y la expresión en su rostro es de fría resignación.

—¿Por qué no puedes quedarte muerto? —pregunta con sorna—. Te metí una bala en la estación de autobuses y sobreviviste. Ahora estás aquí otra vez, negándote a morir como una persona sensata.

La estación de autobuses.

El tiroteo que destrozó mi costado y casi me mata en la carretera.

Aquellos no eran soldados de Veche en absoluto—era Tyrak, uno de los nuestros, escondido entre el caos y disparando cuando creyó que nadie lo notaría o sospecharía.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto con los dientes apretados, mi mano deslizándose hacia el cuchillo atado a mi tobillo—. ¿Cuánto llevas trabajando para Yaros?

—El suficiente —Tyrak se encoge de hombros con despreocupación, pero no ha apretado el gatillo. Esto es personal para él, no solo un trabajo—. Paga mejor que tu tío, y va a ganar esta guerra. Apoyar al bando ganador no es traición, Lev. Es solo buen negocio.

—Es motín —mis dedos se cierran alrededor del mango del cuchillo y aguardo mi momento—. Has vendido a tu familia, a tus hermanos, a todos los que confiaron en ti con sus vidas.

—Ahorra el sermón —su dedo aprieta el gatillo—. He escuchado suficientes discursos sobre el honor de los Gravitch para toda una vida. Ahora quédate quieto y déjame terminar lo que empecé.

Me muevo antes de que pueda disparar, lanzando el cuchillo con cada pizca de fuerza que me queda. La hoja lo alcanza en el hombro —una herida incapacitante más que mortal, pero suficiente para desviar su puntería cuando el disparo se estrella contra la pared junto a mi cabeza. Estoy sobre él en un instante, clavando mi puño en su hombro herido y arrancando el cuchillo en un chorro de sangre que pinta las paredes del pasillo.

Grita y suelta el arma, agarrándose la herida, y yo aparto el arma de una patada antes de presionar el cuchillo ensangrentado contra su

garganta. Ambos respiramos con dificultad, sangrando. Pero sé que tengo la ventaja. Tyrak no está entrenado para esto, y yo sí.

—Por favor —jadea Tyrak, sus ojos desorbitados por el terror repentino—. Lev, por favor, solo estaba—

—¿Solo seguías órdenes? —presiono la hoja con más fuerza, observando una fina línea roja aparecer bajo el acero—. Solo hacías lo que Yaros te pagó por hacer. Eres un imbécil.

—Puedo darte información. Puedo contártelo todo—

—No necesito tu información —no siento lástima por los traidores. Yuri no tenía idea de lo grave que se estaba poniendo esto, pero si Yaros tiene a alguien infiltrado en la familia, significa que ya ha comenzado su guerra—. Necesitaba tu lealtad, y la vendiste al mejor postor.

Paso el cuchillo por su garganta en un movimiento rápido, y las súplicas de Tyrak se ahogan en un gorgoteo de sangre que se derrama por su pecho y forma un charco en el suelo. Se desploma contra la pared y resbala lentamente, sus ojos ya vidriosos, y yo me alzo sobre su cuerpo observando cómo la vida abandona al hombre que traicionó todo lo que creí que representaba.

Luego limpio la hoja en su camisa, recupero mi arma de donde cayó durante la pelea, y escucho más pisadas arriba. No puedo seguir luchando contra más de ellos, y adiós a recuperar nuestras cosas. Tenemos que largarnos de aquí. Ahora.

20

VIVIKA

La lluvia empapa mi ropa y pega mi pelo al rostro mientras me agazapo tras el seto, esforzándome por oír algo más allá del repiqueteo del agua contra hojas y tierra. Hace minutos resonaron disparos dentro de la casa, y luego cayó un silencio como un manto, sofocando todo bajo él.

Tiemblo tan fuerte que me castañetean los dientes, con los dedos entumecidos donde agarran las ramas húmedas frente a mí, y cada sombra que se mueve en la tormenta hace que mi corazón golpee contra mis costillas. Lev me dijo que me escondiera y que confiara en él, pero ¿y si ahora mismo está tendido muerto en su propio suelo mientras yo estoy aquí sentada bajo la lluvia esperando a un hombre que nunca volverá? Prometió que regresaría…

Entonces veo una figura oscura emerger tras la casa y avanzar hacia mí a través del aguacero. No avanza acechando como un depredador. Va encorvado y trotando como intentando pasar desapercibido, y sé que es Lev. Salgo disparada de detrás del seto y me lanzo en sus brazos, sin importarme que ambos estemos empapados, helados y en medio de lo que quizá siga siendo una zona de guerra.

—Tenemos que irnos —dice Lev en mi oído, con voz apremiante—. Son demasiados y ya habrán pedido refuerzos. Debemos largarnos de aquí.

Me arrastra hacia el coche y prácticamente me empuja al asiento del pasajero antes de correr hacia el lado del conductor. El motor ruge al arrancar y nos ponemos en marcha antes de que pueda abrocharme el cinturón, saliendo disparados calle abajo.

Me giro en el asiento para mirar por la ventanilla trasera y se me hunde el estómago al ver que aparecen faros detrás de nosotros, acercándose rápidamente.

—Lev…

—Los veo —su mandíbula está tensa pero sus ojos van del retrovisor a la carretera—. Hay una pistola en la guantera. Cógela.

—¿Qué? No —lo hice una vez y casi le disparé. No puedo vivir así.

—Hazlo, Viv. Ahora. No tienes elección.

Me tiemblan tanto las manos que apenas puedo abrir la guantera, pero logro sacar el arma y sostenerla en mi regazo, mirándola como si pudiera morderme si me muevo rápido. La última vez que sostuve una pistola, casi le disparé en la cara a Lev cuando volvió al coche. No soy una asesina como él cree. Solo soy intérprete.

—Vivika —su voz corta mi pánico—. Necesito que dispares a ese coche.

—No puedo…

—Puedes. Has hecho cosas más difíciles que esta —toma una curva cerrada y el coche perseguidor sigue, tan cerca que ya distingo las siluetas de los hombres dentro—. Baja la ventanilla, apunta al conductor y aprieta el gatillo. No lo pienses, hazlo.

No sé de dónde sale el valor —quizá llevaba tiempo acumulándose dentro de mí, esperando el momento oportuno para emerger, o

quizá la desesperación tiene forma de hacerte más valiente de lo que creías posible—, pero me encuentro bajando la ventanilla y girándome en el asiento. La lluvia me azota el rostro inmediatamente mientras apunto el arma al coche tras de nosotros. El viento me arranca el pelo y el agua me ciega. Me tiemblan tanto los brazos que apenas puedo sostener el arma firme, pero aun así aprieto el gatillo.

El primer disparo se pierde, haciendo saltar chispas del asfalto a la izquierda. El segundo impacta en el capó del coche perseguidor pero no lo frena. El tercero… el tercero atraviesa el parabrisas, y el coche vira violentamente, derrapando por la carretera encharcada antes de rozar una barandilla y volcar una y otra vez en una espectacular explosión de fuego y metal retorcido que ilumina la noche tras nosotros.

Miro los restos del accidente durante un minuto mientras Lev se aleja a toda velocidad. Las llamas son sofocadas de inmediato por la lluvia, pero con un fuego tan intenso, un poco de lluvia no puede detenerlo. Me recuesto en el asiento, temblando ahora tanto por la adrenalina como por el frío que siento, y dejo que el arma caiga a mis pies en el suelo.

Lo hice yo. Yo maté a esos hombres.

—Buena chica —dice Lev, pero su elogio me resulta repulsivo—. Lo has hecho bien, Vivika.

Ni siquiera puedo responderle ahora porque esto traspasa todos los límites. Ni siquiera puedo llorar. Siento como si el shock me tuviera atenazada. Lo único que puedo hacer es mirar fijamente el arma en el suelo y tiritar hasta que el coche se calienta lo suficiente como para que cesen los temblores, pero la conmoción no desaparece del todo.

Conducimos durante lo que parecen horas. Lev no habla y yo tampoco, ambos perdidos en nuestros pensamientos mientras la distancia entre nosotros crece. Ser su peón es una cosa. Matar por

él es otra muy distinta. Siento que estoy viviendo una pesadilla ahora mismo y solo quiero despertarme.

Cuando se detiene frente a una vieja casa que parece haber visto tiempos mejores, por fin alzo la vista. El porche está inclinado y las ventanas oscuras. Si hay alguien en casa, está durmiendo, y Lev no parece importarle.

—¿Dónde estamos? —pregunto, tosiendo para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—En un lugar seguro. —Lev estaciona el coche frente a la casa y apaga el motor—. Vamos. Entremos antes de que nos congelemos.

La granja resulta aún más imponente de cerca. Su porche de madera se hunde por años de abandono y su puerta principal cuelga torcida en el marco. Sigo a Lev por los escalones crujientes y a través de la entrada. Cada paso hace que salga más agua de mis zapatos empapados, dejando charcos en el suelo.

Dentro está tan oscuro que no distingo nada, pero Lev entra como si conociera el lugar y lo oigo rebuscar hasta que una cerilla se enciende e ilumina su rostro con un resplandor anaranjado. Acerca la llama a una lámpara de aceite en una mesa cercana, y la habitación emerge lentamente de las sombras: una gran sala con muebles cubiertos por sábanas blancas, una chimenea de piedra junto a una pared y ventanas que traquetean con cada ráfaga de viento.

—Debería haber leña junto a la chimenea —dice Lev, dirigiéndose ya hacia ella—. Ayúdame a encender el fuego.

Trabajamos en silencio, arrugando periódico viejo y apilando troncos y astillas hasta que Lev enciende un manojo de papel y lo arroja dentro. La llama prende y comienza a crecer, iluminando mejor el lugar, y poco a poco el calor empieza a impregnar la estancia y mis huesos helados.

—¿Qué es este sitio? —pregunto, sentándome en el suelo frente a la chimenea y extendiendo las manos hacia el calor.

Lev se sienta a mi lado, lo bastante cerca como para que nuestros hombros se rocen. —La casa original de los Gravitch. Mi bisabuelo la construyó cuando llegó a Rusia, antes de que la familia se mudara a la ciudad y empezara el imperio que Yuri controla hoy. —Mira alrededor con nostalgia—. Ya nadie viene aquí. Está demasiado lejos de todo. Pero eso lo hace seguro.

—¿Hay comida?

—Probablemente nada comestible después de tanto tiempo. La casa lleva años vacía. —También extiende sus manos hacia el fuego como para calentarlas, pero en lugar del miedo que reflejo yo, veo calma en sus ojos. Está tan acostumbrado a estas cosas que ni siquiera las nota.

¿Así es como sobrevive? ¿Simplemente lo bloquea? O quizás está demasiado insensibilizado ante la violencia para importarle. Su mundo vive en constante agitación, así que esto se ha normalizado hasta el punto de que ni siquiera le sorprende que alguien saque una pistola. Me entristece y me aterra.

Observo las llamas danzar y crepitar mientras pienso en todo lo ocurrido desde que los hombres de Lev me arrancaron de aquella esquina hace semanas. El miedo, el entrenamiento, los momentos de ternura que me pillaron desprevenida, la violencia que parece seguirle a todas partes. He matado a gente. Le he visto matar. Me he convertido en alguien que jamás imaginé ser, y no sé si podré volver a ser quien era.

Lev saca su teléfono y revisa mensajes, frunciendo el ceño al leer lo que Yuri le envió. Me reclino contra su hombro y dejo que el fuego cálido mi rostro, demasiado agotada para hacer otra cosa que existir en este momento de paz temporal.

—¿Mi vida nunca volverá a la normalidad, verdad? —pregunto, abrazando mis rodillas contra el pecho mientras apoyo la barbilla en los brazos. Si le importo un mínimo, sé que me ayudará. Inessa dijo que Lev se preocupa, pero necesito verlo con mis propios ojos para creerlo.

Lev deja el móvil a un lado y toma mis manos entre las suyas. Logro alzar la mirada hacia él, pero esta vez no parece enfadado por que pregunte sobre mi futuro. —No quiero que vuelvas a la normalidad.

—¿Qué?

—Quiero que te quedes conmigo, Vivika. —Su agarre se tensa alrededor de mis manos—. Sé que esta vida es peligrosa y violenta, nada como lo que imaginaste para ti. Pero nunca he sentido por nadie lo que siento por ti, y no puedo dejarte marchar sin al menos pedirte que te quedes.

No sé si puedo hacer lo que pide. Quedarme con él significaría huir constantemente de gente, mirar por encima del hombro y vivir con miedo. Antes de todo esto, lo más aterrador de mi vida era la araña que vive sobre el cabezal de la ducha. No valgo para la vida de la Bratva.

—Lev… —Libero mis manos y vuelvo a cruzar los brazos sobre el pecho—. En la vida que llevas, los hombres intentan matarte constantemente. Intentan matarme a mí solo por estar a tu lado. Nunca me sentiría segura. No querrías que viviera así, ¿verdad?

—No será siempre así. —Alarga la mano y me enmarca el rostro entre sus palmas, obligándome a mirarle a los ojos—. La guerra con los Veche terminará. Yaros caerá, y cuando lo haga, todo se estabilizará. El peligro constante, la huida, el miedo… eso es porque estamos en medio de un conflicto. Cuando acabe, cuando ganemos, la vida será más tranquila.

—¿De verdad crees eso?

—Tengo que creerlo. —Su pulgar acaricia mi pómulo, pero no me inclino hacia su mano—. Quiero que estés segura, feliz y completa, y quiero ser quien te dé todo eso.

No sé qué decir. Una parte de mí quiere decir que sí, quiere refugiarse en sus brazos y dejar que me prometa que todo irá bien. Pero otra parte —la que recuerda el sonido de los disparos— sabe demasiado bien para confiar en sus palabras. Puede que no mintiera sobre las mujeres esclavizadas, pero no fue sincero sobre lo peligroso que sería hacerme pasar por Ana Veche.

—Necesito tiempo para pensar en todo esto —logro decir al fin—. Es una decisión demasiado importante para tomarla ahora, cuando todo está tan reciente…

—Lo sé. —Me besa la frente y retrocede, apartando las manos de mi rostro. Se levanta y se estira, con las articulaciones crujiendo audiblemente por la tensión de la noche que hemos sobrevivido—. Voy a intentar encender la llama piloto del calentador. Una ducha caliente nos ayudaría mucho a sentirnos humanos otra vez.

—Vale. —Le observo desaparecer por el pasillo, haciendo crujir las viejas tablas del suelo, antes de volverme hacia la chimenea y coger otro leño para añadir a las llamas.

La madera está seca y prende rápido, lanzando chispas en espiral por la chimenea como estrellas diminutas escapando hacia la tormenta. Me quedo sentada viéndolas ascender mientras pienso en la petición de Lev, dándole vueltas en la cabeza.

¿Podría estar realmente con un sicario de la mafia, un hombre que mata por oficio? Su vida es tan distinta a todo lo que he conocido. No sé si podría aprender a convivir con el peligro y la violencia. Lo que hace es aborrecible y arriesgado, ¿y si una noche no volviera a casa? ¿Qué haría entonces?

Las llamas crepitan, llenando el silencio con su voz, y vuelvo a subir las rodillas al pecho apoyando la barbilla mientras contemplo la luz

naranja danzante.

No tengo respuestas para ninguna de las preguntas que pululan en mi mente. Quizá no las tenga durante mucho tiempo, o quizá nunca. Pero sé que me siento más segura cuando estoy con él.

Llámame tonta, porque sin él no habría peligro, lo que significaría que soy inherentemente más segura, pero no lo creo. Él aporta un arraigo a mi alma que necesito —que siempre he necesitado. Y no sé cómo sería mi vida normal y aburrida sin esa nueva esperanza.

Quizá la pregunta real no sea si puedo ser feliz con Lev.

Quizá la pregunta sea si puedo ser feliz sin él.

21

LEV

La tormenta primaveral avanza por los campos, los relámpagos parpadean en el horizonte como fuego de artillería lejano. Estoy en el porche de la granja con un cigarrillo entre los dedos, observando cómo el cielo se abre mientras Vivika duerme en la casa detrás de mí. Las primeras horas de la madrugada siempre han sido mi momento para pensar, ese espacio tranquilo entre la medianoche y el amanecer cuando el mundo parece suspendido y cualquier cosa parece posible.

Nos quedamos hasta tarde trabajando en su papel, repasando escenarios y lenguaje corporal hasta que apenas podía mantener los ojos abiertos. Si quiere convencer a Luka Kolar de que es Ana Veche, debe parecerse más que nunca a Ana: más segura, más autoritaria, más como una mujer nacida para liderar un imperio criminal. Y ahora mismo, a pesar de todo el progreso que ha hecho, Vivika sigue pareciendo demasiado sumisa y pasiva para el papel que está a punto de interpretar.

Doy una larga calada al cigarrillo y dejo que el humo se enrosque saliendo de mis labios. El problema no es su inteligencia ni su capacidad para recitar los hechos de la vida de Ana. El problema es algo más profundo, algo fundamental en quién es Vivika como

persona. Ha pasado su vida siendo pequeña, callada y prudente, y eso es lo opuesto a todo lo que representaba Ana Veche.

La mosquitera chirría detrás de mí y me giro para ver a Vivika saliendo al porche, envuelta en una de las mantas de la cama y descalza. Su pelo está revuelto por el sueño y sus ojos aún están cargados de somnolencia, pero se acerca a mí con pasos inseguros y una mirada cansada.

—¿No podías dormir? —pregunto.

—La cama estaba fría sin ti. —Se detiene a mi lado y se apoya en la barandilla del porche—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Pensando. —Le ofrezco el cigarrillo y ella lo coge, llevándoselo a los labios y aspirando profundamente. Es un poco sorprendente, considerando que nunca la había visto fumar—. No sabía que te permitías esos placeres.

—Solía hacerlo. Antes… —Exhala un fino hilo de humo y me devuelve el cigarrillo—. Antes de todo esto, quiero decir. Lo dejé hace años. —Cuando baja la cabeza, me doy cuenta de que soy un lastre que la está arrastrando de vuelta a un mal hábito que quiere dejar atrás.

Tiro el cigarrillo, lo apago con el pie y me paso una mano por los ojos. Llevo varios días con una sensación de inquietud que me carcome. Vivika quiere normalidad. Es lo que anhela. Pero incluso en las cosas más simples, no puedo darle normalidad. Soy la antítesis de todo lo que ella desea, hasta en ese mal hábito que abandonó y al que la estoy arrastrando de nuevo.

—Lo siento —digo suavemente, y bien podría ser una de las primeras disculpas sinceras que he pronunciado en mi vida.

—¿Por qué? —Vivika se acerca hasta que su cuerpo se alinea con el mío y apoya la cabeza en mi hombro.

—No eres como yo, y yo simplemente… —Ni siquiera puedo terminar. Las palabras que tengo son insuficientes e inútiles. Ella merece más que palabras, pero no puedo darle lo que merece.

—¿Me besas? —dice en voz baja, y al principio no estoy seguro de lo que intenta decir. Pero le doy un beso en la frente y ella se endereza —. No, bésame de verdad, Lev.

Alargo la mano, enroscando los dedos alrededor de su cuello y tirando de ella hacia mí para besarla. Sus manos se deslizan bajo mi camisa, sus dedos recorren los músculos de mi estómago hasta llegar a mi pecho, y siento que mi cuerpo responde a su tacto como siempre lo hace. Pero algo me hace retroceder para agarrarle las muñecas y mantenerla a distancia, aunque cada instinto me grita que tome lo que me está ofreciendo.

—Espera —gruño. Esto es una lección, y aunque me odio por pensarlo, debo aprovecharla.

La confusión parpadea en su rostro. —¿Qué pasa? Pensé que querías—

—Sí que te quiero. —Suelto sus muñecas y le acaricio la cara con las manos, obligándola a mirarme a los ojos—. Pero no te tendré así.

—No lo entiendo.

—Vas a encontrarte con Luka Kolar en dos días. —Deslizo el pulgar por su pómulo, observando cómo sus ojos van de un lado a otro entre los míos—. Vas a sentarte frente a uno de los hombres más peligrosos de Europa del Este y convencerle de que eres Ana Veche, y ahora mismo sigues abordando todo —incluyéndome a mí— como una mujer que teme pedir lo que quiere.

Ella se aparta ligeramente, frunciendo el ceño. —¿Me estás rechazando? —Hay miedo en sus ojos, miedo a que la rechace, pero quizá también porque sabe lo que estoy a punto de pedir.

—No, Vivika. No es eso.

—Entonces… ¿qué, quieres que sea agresiva o algo así? —Su labio inferior hace un mohín. Sé que quiere suavidad y conexión, y quiero dárselo. Pero ahora mismo quiero que tome las riendas de su poder y lo use. Y quiero que aprenda.

—Quiero que seas una Donna. —Dejo que mis manos caigan de su rostro y cruzo los brazos sobre el pecho, apoyándome en la barandilla del porche—. Ana Veche no pedía las cosas. Las tomaba.

—No sé cómo hacer eso.

—Entonces aprende. —Mantengo su mirada, dejando que el desafío permanezca—. Muéstrame qué haría Ana si quisiera a un hombre. Muéstrame cómo una Donna de la mafia toma lo que le pertenece.

Vivika me mira sin expresión, pero echa los hombros hacia atrás y da un paso hacia mí, y puedo ver que intenta canalizar algo más fuerte que ella.

—Ven aquí —dice, y su voz es más firme que antes pero aún carece del tono autoritario que busco.

Así que no me muevo. —Una Donna no pide. Ordena. Y cuando ordena, no hay pregunta en su voz, solo expectativa.

Ella se muerde el labio, la frustración cruza sus facciones, y lo intenta de nuevo. —Ven. Aquí. —Esta vez, señala el suelo frente a ella, levantando la barbilla en lo que probablemente cree que es un gesto imperioso.

Pero me quedo donde estoy. —Mejor, pero todavía estás pidiendo. Todavía esperas ver si obedeceré en lugar de esperarlo como algo que te corresponde.

—Esto es demasiado difícil —murmura.

—Todo lo que vale la pena es difícil. —Me aparto de la barandilla y acorto la distancia entre nosotros, deteniéndome a solo centímetros de su cuerpo—. Piensa en ello, Vivika. ¿Cómo se siente cuando te

digo lo que tienes que hacer? Esa certeza, esa confianza absoluta en que seguirás donde yo te guíe... eso es lo que necesitas proyectar.

Sus ojos escrutan mi rostro, y puedo ver las ruedas girando tras ellos. Luego algo cambia en su expresión, y cuando vuelve a hablar, su voz ha bajado a un registro que nunca había oído en ella.

—De rodillas.

Las palabras son electrizantes. No me muevo de inmediato, poniéndola a prueba, y sus ojos se estrechan al mirarme, oscureciéndose y llenándose de lujuria.

—Dije de rodillas, Lev. —Da un paso más cerca y me agarra la mandíbula, frunciendo los labios antes de continuar—. Estoy harta de esperar a que decidas lo que se me permite tener.

Me arrodillo en las tablas desgastadas del porche, mirándola a través de la neblina de lluvia que se desliza bajo el alero. Esto es lo que he estado esperando. Esta es la mujer que puede convencer a Luka Kolar de que nació para gobernar.

—Eso es —murmuro—. Eso es exactamente.

—¿He dicho que podías hablar? —Entrelaza sus dedos en mi pelo y tira, inclinando mi cabeza hacia atrás—. Has pasado semanas diciéndome qué hacer, cómo caminar, cómo hablar, cómo ser alguien completamente distinto. Esta mañana vas a escucharme y harás exactamente lo que te diga. Y vas a agradecerme el privilegio.

El dominio en su voz me hace estremecer. He creado algo peligroso aquí, he despertado algo en ella que sospecho que ha estado dormido toda su vida. Y no podría estar más satisfecho.

—Sí, señora —digo—. Lo que usted quiera.

—Levántate. —Suelta mi pelo y da un paso atrás, sus ojos recorren mi cuerpo con un hambre que hace que mi sangre arda—. Ahora sígueme...

Vivika se da la vuelta y entra en la casa, donde veo que avivó el fuego antes de salir. Cierro la puerta tras nosotros, y ella me conduce directamente hacia la chimenea, donde gira sobre sus talones y me mira por encima del hombro. —Desnúdate.

Me quito la camisa por la cabeza, dejándola caer al suelo, y la pongo a prueba cruzando los brazos sobre el pecho. Lo ha clavado a la perfección. La voz, el tono que está usando... Vivika me está poniendo duro como una roca.

—El resto —ordena cuando dudo con las manos en la cintura del pantalón—. Todo. Quiero ver lo que es mío.

Lo que es mío... Sus palabras no podrían ser más acertadas. Soy suyo. He sido suyo desde el momento en que vi su rostro en aquella esquina y decidí tomarla, quedármela y convertirla en algo extraordinario.

Termino de desvestirme y me quedo frente a ella desnudo y deseoso. Ella me rodea lentamente, deslizando sus dedos por mis hombros y bajando por mi columna, y me mantengo perfectamente quieto bajo su inspección como un soldado que espera órdenes de su oficial al mando, y mi polla se yergue orgullosamente firme.

—Has sido tan paciente conmigo —dice contra mi oído mientras se detiene detrás de mí. Su mano se desliza alrededor de mi cadera y más abajo, y mi respiración se corta—. Esta noche no quiero tu paciencia. No quiero tu control. Quiero al hombre que hay debajo de todo eso, al que toma lo que quiere sin pedir perdón.

—Vivika...

—Ana —me corrige con una brusquedad que hace que mi pulso se dispare—. Esta noche soy Ana. Y Ana no suplica, no espera, no pide permiso. —Presiona su cuerpo contra mi espalda, sus labios rozan la concha de mi oído—. Ana toma.

Sus palabras encienden algo primitivo dentro de mí, una mezcla de orgullo y excitación que hace que mi polla palpite mientras estoy allí

desnudo. Ella encarna a Ana ahora, dominando el espacio con una autoridad que la transforma de cautiva a reina, y me deleito en ello incluso cuando el deseo de recuperar el control hierve bajo mi piel.

—Desvísteme —ordena, dejando caer la manta al suelo y revelando la fina camisa de dormir que lleva debajo. Levanta ligeramente los brazos, esperando, y yo avanzo con manos firmes para agarrar el dobladillo y quitársela por la cabeza, exponiendo sus pechos, sus pezones erectos por el resplandor del fuego.

Arrojo la tela a un lado, luego engancho mis dedos en sus bragas y las bajo por sus piernas, arrodillándome brevemente para ayudarla a salir de ellas. Ahora está desnuda, su cuerpo iluminado por las llamas. Cada una de sus curvas es adictiva y tentadora.

—De rodillas de nuevo —ordena, entrelazando sus dedos en mi pelo y guiándome hacia abajo. Obedezco, mi cara a la altura de su sexo, el aroma de su excitación llenando mis sentidos. Abre más las piernas, con una mano en mi hombro para apoyarse, la otra apretando mi pelo—. Cómeme, Lev. Adórame... Muéstrame cuán devoto puedes ser.

Me inclino, separando sus pliegues con la lengua y saboreando su dulzura mientras lamo su hendidura, rodeando su clítoris con movimientos concentrados. Ella gime, acercándome más, y la devoro, chupando su clítoris entre mis labios mientras mis manos agarran sus muslos, manteniéndola abierta. El calor del fuego refleja el fuego que crece en mi cuerpo, y sus caderas se mueven contra mi cara mientras clavo la lengua dentro de ella, follándola con ella antes de volver a hacer vibrar su hinchado botón.

—Eres tan bueno en esto —susurra ella con la voz temblorosa de placer—. Lámeme más fuerte, Lev. No pares hasta que te empape la cara. Su dominio me alimenta y obedezco, con la lengua trabajando sin descanso, alternando lengüetazos largos y círculos rápidos. Su humedad cubre mi barbilla y ella se balancea contra mí, jadeando. Es tan fácil, tan delicioso. Deslizo dos dedos dentro de ella,

curvándolos para alcanzar ese punto sensible mientras mi boca chupa con avidez.

Su cuerpo se tensa, los muslos tiemblan alrededor de mi cabeza y ella tira de mi pelo con más fuerza, obligándome a profundizar. —Sí, exactamente así —exige.

Bombeo mis dedos más rápido, mi lengua azota su clítoris sin piedad y ella estalla, con las paredes apretándose alrededor de mis dedos mientras oleadas de liberación la atraviesan. Gime de placer, inundando mi boca con su esencia mientras su cuerpo se estremece en éxtasis.

Pero mientras ella se deshace, algo se rompe dentro de mí—la visión de ella en control, la forma en que exige mi sumisión—despierta a la bestia que mantengo atada. Ya no puedo contenerla. La necesidad de dominar recorre mis venas como un incendio.

Me levanto bruscamente, me limpio la boca con el dorso de la mano y la giro para que mire hacia el fuego, inclinándola sobre el sillón cercano. Mi mano golpea su trasero con un azote agudo, provocando un grito que mezcla sorpresa con placer persistente.

—Basta —gruño, inmovilizando sus muñecas tras la espalda con una mano mientras la otra se desliza entre sus piernas, provocando su núcleo aún palpitante—. Te has divertido, Ana. Ahora es mi turno para recordarte quién manda realmente. Ella se debate levemente, pero la sostengo con firmeza, mi polla presionando su entrada, lista para reclamarla por completo. El cambio de poder electriza el ambiente, el fuego rugiendo como si aprobara, y me introduzco en ella con una embestida poderosa, llenándola completamente.

Me clavo en ella una y otra vez, hundiéndome hasta el fondo en cada embestida que arranca un grito agudo de sus labios. Suelto sus muñecas solo para agarrar sus caderas, atrayéndola hacia mí con cada empuje, los sonidos húmedos de nuestra unión llenando la habitación junto al crepitar de las llamas. La luz del fuego danza

sobre su piel mientras ella se apoya en el sillón, la espalda arqueada, el cuerpo cediendo a mi posesión.

—Creíste que podías mandarme —gruño, asestando un azote fuerte en su trasero que la hace sacudirse hacia adelante y apretarse alrededor de mi polla—. Pero olvidas a quién perteneces, Vivika. Este cuerpo es mío para tomarlo cuando quiera.

Ella gime fuerte, empujando contra mí, recibiendo cada embestida castigadora. —Lev… por favor —jadea—. Más fuerte…

Otro azote, más agudo esta vez, deja una marca roja floreciendo en su piel. Gime, pero sus caderas se mueven desesperadas, persiguiendo el escozor. —Así me gusta —alabo, clavándome más hondo, sintiendo sus paredes palpitar a mi alrededor—. Toma cada centímetro como la mujer perfecta que eres. Tan estrecha, tan húmeda para mí incluso después de correrte en mi lengua.

Sus súplicas se vuelven frenéticas. —Por favor, Lev, no pares.

Accedo, golpeando su carne repetidamente con la palma, cada golpe haciéndola gritar y apretarse deliciosamente. —Buena chica —gruño con posesividad—. Suplicando tan hermosamente. Eras magnífica como Ana, pero esto—esto es lo que me vuelve loco. Eres todo lo que anhelo.

Alcanzo con la mano, los dedos encuentran su clítoris y lo froto en círculos rápidos que la hacen temblar. Ella solloza mi nombre, el cuerpo temblando al borde.

—Correte para mí otra vez —ordeno, embistiendo más rápido, más hondo, el calor del fuego reflejando el ardor en mi sangre—. Muéstrame cuánto amas que te reclamen.

Me hundo más profundo cuando su cuerpo se bloquea tenso. Mis dedos presionan su clítoris con más fuerza, trazando círculos veloces mientras embisto en ella. Ella jadea mi nombre y luego estalla en un grito desgarrado cuando el orgasmo la golpea.

Sus paredes agarran mi polla en espasmos rítmicos y fieros, apretando desde la base hasta la punta en pulsaciones estrechas que me ordeñan sin piedad. Humedad caliente inunda alrededor, goteando por sus muslos mientras ella se estremece violentamente. Su espalda se arquea, la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta en gemidos agudos y desesperados que llenan la habitación. Sus uñas se clavan en mis brazos, las caderas empujando salvajemente contra mí.

La visión de ella deshaciéndose—rostro sonrojado, ojos vidriosos—rompe mi control. Me entierro completamente, la polla palpitando mientras la liberación estalla. Chorros espesos y calientes salen disparados dentro de ella, pulso tras pulso llenándola hasta que rezuma alrededor. Mi gemido se libera, las caderas sacudiéndose en cortas embestidas para vaciar cada gota. El placer surge en oleadas cegadoras, sus paredes aún contraídas prolongándolo.

Cuando se calma, la atraigo hacia mis brazos y nos movemos al sofá, respirando con dificultad y cubiertos de sudor. Vivika se acurruca a mi lado con la cabeza en mi pecho, y yo envuelvo su espalda con mi brazo acercándola, maravillado por la mujer en que se ha convertido en tan poco tiempo.

—Estás preparada —le digo, dejando un beso en su coronilla—. Para la reunión con Kolar. Estás preparada.

Ella levanta la cabeza y me mira, sus ojos aún oscuros por los remanentes del poder que canalizó esta noche. —¿De verdad lo crees?

—Lo sé —trazo la línea de su mandíbula con la yema del dedo, recordando cómo me ordenó, la certeza en su voz, el fuego en su tacto—. La mujer que acabo de ver—podría convencer a cualquiera de cualquier cosa. Podría entrar en una habitación llena de hombres peligrosos y hacerles creer que nació para liderarlos.

—No sabía que tenía eso dentro. Se sintió bien —se acomoda de nuevo contra mi pecho y extiende la palma sobre mi vientre.

—Siempre estuvo ahí —aprieto el brazo alrededor de ella—. Solo necesitabas permiso para dejarla salir.

La tormenta empieza a desvanecerse, los truenos se distancian y la lluvia se suaviza en un golpeteo gentil sobre el tejado. Abrazo a Vivika con fuerza y observo el relámpago titilar en el horizonte, sintiendo genuina confianza en que vamos a triunfar.

Ahora solo tenemos que convencer a Luka Kolar.

22

VIVIKA

La bañera estaba perfumada con algo caro, aceites que dejaron mi piel suave y fragante al salir y envolverme en una bata blanca y gruesa que una de las mujeres me sostuvo abierta. El calor del baño aún se aferra a mis músculos, aflojando la tensión que había estado cargando, y me tomo un momento para respirar profundamente y centrarme antes de que comience la transformación.

Tres de ellas llegaron a la casa de campo esta mañana en un todoterreno negro cargado de fundas de ropa y maletas llenas de suministros, y me han tratado como a una reina desde que cruzaron la puerta. Porque creen que soy de la realeza. Lev les dijo que soy Ana Veche.

—Por aquí —dice la mayor de las tres, una mujer de aspecto severo con mechones plateados en su pelo oscuro y una postura encorvada —. Empezaremos con tu pelo.

La sigo hasta lo que solía ser el dormitorio principal de la casa de campo, que se ha transformado en un salón de belleza improvisado durante la noche. Una silla de peluquería está frente a un gran

espejo que una de las mujeres debió de traer, rodeado de maletas de maquillaje, productos para el pelo y herramientas.

Las fundas de ropa cuelgan de la puerta del armario como regalos esperando a ser abiertos, y una mesita sostiene una gama de esmaltes de uñas en tonos que van desde el burdeos intenso hasta el nude clásico o el champán brillante.

Me acomodo en la silla y encuentro mis propios ojos en el espejo, obligándome a sentarme más recta, a levantar la barbilla, a encarnar a la mujer que finjo ser. Ana Veche no se encorvaría ni parecería insegura o abrumada por tres mujeres que existen solo para servirla. Aceptaría esta atención como nada más que el respeto básico que se debe a una mujer de su posición.

—Tu pelo es precioso —dice la peluquera, pasando los dedos por las hebras húmedas y examinando el color a la luz de la ventana—. Pero ayudaremos a sacarle su riqueza con un poco de tinte, ¿qué te parece?

—Haz lo que necesites hacer —le digo con un gesto de muñeca, aunque preferiría no cambiar tanto mi aspecto. Lev me prometió que este cambio de imagen que organizó para mí sería como un mimo, aunque yo no soy el tipo de mujer que suele hacer este tipo de cosas. Me siento incómoda con todo ello, así que supongo que es una buena práctica para más tarde, cuando me vea obligada a reunirme con Luka Kolar.

Ella asiente y empieza a mezclar algo en un cuenquito, el fuerte olor químico del amoníaco llenando el aire y haciendo que se me arrugue ligeramente la nariz. Otra mujer—más joven, con dedos ágiles y una colección de anillos de plata que chocan entre sí cuando se mueve—coge mi mano izquierda y empieza a examinar mis uñas, chasqueando la lengua.

—Estas necesitarán trabajo —murmura, más para sí misma que para mí—. La forma es buena, pero las alargaremos un poco y haremos una manicura francesa. Cuando levanta la vista hacia mí, mantengo

la barbilla erguida para que la peluquera pueda seguir trabajando mientras la miro por encima del hombro. Estoy segura de que me hace parecer altiva, pero ella sonríe—. ¿Te parece bien?

—Mmm… bien —digo secamente, como imagino que diría alguna princesa rica y mimada a su estilista. Casi me siento mal tratando así a la gente, aunque parecen estar acostumbradas.

Dejo que trabaje, observando en el espejo cómo la peluquera empieza a aplicar el tinte en mi pelo con una brocha. El color es más oscuro que cualquier cosa que haya llevado nunca, y me sorprendo preguntándome si reconoceré a la mujer que me devuelve la mirada cuando terminen. Sé que Lev no intenta convertirme en la verdadera Ana Veche, pero a veces parece que Vivika está desapareciendo. No me gusta sentirme así.

Todo el tiempo, solo puedo pensar en aquellas mujeres de la estación de autobuses. Las veo cada vez que cierro los ojos—los hombros encorvados, las miradas bajas, la forma en que subieron a aquel autobús como ganado arreado al matadero. No puedo permitirme imaginarlo con demasiado detalle o romperé a llorar. Y aquí estoy yo, siendo mimada, perfumada y transformada en una Donna de la Mafia, todo para poder ayudar a detener la máquina que se alimenta de su sufrimiento.

Miro a la mujer que me arregla las uñas, a su cabeza inclinada y su concentración cuidadosa, y pienso en lo fácil que ella podría haber sido una de ellas. Lugar equivocado, momento equivocado, circunstancias equivocadas—eso es todo lo que habría hecho falta. La línea entre servir a una Donna y ser vendida por una es más delgada de lo que nadie quiere admitir.

—Tenéis suerte —digo en voz baja, y ella alza la mirada con sorpresa en los ojos—. Todas vosotras… Tenéis habilidades, un oficio, una forma de manteneros que os mantiene a salvo. Hay mujeres en este mundo que no tienen tanta suerte.

La estilista se detiene con el cepillo a medio camino de mi cabeza, y la tercera mujer —que ha estado organizando los estuches de maquillaje— se vuelve para mirarme con los ojos muy abiertos.

—Tienes razón —dice la estilista mayor tras un momento. Sus ojos se encuentran con los míos en el reflejo del espejo frente a mí mientras continúa—. Hemos oído historias de lo que les ocurre a las mujeres que caen en malas manos… —La voz se le corta, incapaz o no dispuesta a terminar la frase porque los horrores y las atrocidades de este mundo son tan oscuros que nadie quiere pensar en ellos, y mucho menos hablar abiertamente de ellos.

—Por eso he vuelto y estoy luchando contra mi hermano —digo, y me sorprende comprobar que lo digo completamente en serio—. Esas mujeres merecen a alguien que derribe los sistemas que se lucran con su dolor.

Los ojos de la manicura se han humedecido, y parpadea rápidamente mientras vuelve a prestar atención a mis manos. —Es un honor servirla, señorita Veche, un verdadero honor.

No sé qué decir a eso, así que me quedo callada y las dejo continuar con su trabajo. Pero algo ha cambiado en la habitación, una nueva energía que casi parece devoción, y me doy cuenta de que estas mujeres seguirían a Ana Veche hasta el fuego si se lo pidiera. A la verdadera Ana, quiero decir —o al menos a la versión de ella que existe en sus mentes, la poderosa Donna que las habría protegido si aún viviera.

Y comprendo que debo ser digna de eso. Esta pequeña farsa que estoy montando tiene que ser tan increíble que mueva montañas como lo haría Ana Veche, porque si no por estas mujeres que me miman, las del autobús cuentan conmigo. Tengo la oportunidad de marcar la diferencia, y ese pensamiento refuerza mi confianza.

El tinte actúa mientras la manicura termina mi manicura, cada uña ahora perfectamente perfilada y reluciente con unas sutiles puntas francesas que hacen que mis manos parezcan más elegantes de lo

que nunca han sido en toda mi vida. Luego la estilista me lleva a un lavabo para aclarar, y observo cómo el agua oscura forma remolinos hacia el desagüe mientras ella masajea el acondicionador en mi cabello recién teñido con dedos firmes y seguros.

Cuando vuelvo a mirarme en el espejo, no me reconozco. La mujer que me devuelve la mirada tiene el cabello del color de un espresso intenso, varios tonos más oscuro que mi marrón natural, y hace que mi piel parezca de porcelana y mis ojos verdes resulten más impactantes que nunca. La estilista lo seca con suavidad y luego empieza a trabajar con una plancha de rizos, creando ondas sueltas que enmarcan mi rostro y caen con elegancia sobre mis hombros. Yo jamás podría hacer esto sola.

—Preciosa —susurra la maquilladora, acercándose con un estuche que al abrirse revela más productos de los que he tenido en toda mi vida—. Ahora vamos a realzar lo que la naturaleza te ha dado.

Empieza con una prebase y base, alisando mi piel hasta que parece impecable y luminosa, como sacada de un anuncio de revista. Luego aplica corrector bajo mis ojos para ocultar las sombras de tantas noches en vela, contornea mis pómulos y mandíbula para afilar mis rasgos, iluminador en los puntos altos de mi rostro para captar la luz.

Observo fascinada cómo transforma mis rasgos, volviéndolos más definidos y marcados, más parecidos a las fotografías de Ana que Lev me enseñó hace semanas cuando todo esto empezó.

—Tus ojos son tu mejor rasgo —dice, seleccionando una paleta de sombras neutras con toques bronce y champán—. Lo mantendremos clásico pero dramático. Serás inolvidable.

Mezcla y superpone capas como una artista, creando profundidad y dimensión en mis párpados hasta que mis ojos parecen más grandes y dramáticos. Un delineador líquido crea una línea sutil en las esquinas exteriores, alargando mis ojos y dándoles un aire felino que atrae la atención. Y tres capas de máscara de pestañas hacen que

mis pestañas parezcan increíblemente largas y tupidas, desplegándose como plumas oscuras.

Cuando da un paso atrás para examinar su trabajo, incluso ella parece impresionada por lo que ha logrado. —Labios —anuncia, seleccionando un tono de baya intensa—. Esto completará el look.

Delinea mis labios y los rellena con ese rico color, luego añade un brillo transparente que los hace parecer más llenos y atractivos. Los aprieto y examino el resultado en el espejo, y la mujer que me devuelve la mirada es alguien a quien nunca he conocido antes.

Es poderosa.

Es hermosa.

Es el tipo de mujer que entra en una habitación y acapara la atención sin decir una palabra.

Es Ana Veche —yo soy Ana Veche.

Y es impactante.

—Ahora la ropa —dice la estilista mayor, abriendo la primera funda de ropa para revelar un traje que me deja sin aliento.

Es gris pizarra, claramente hecho a medida con tela cara. Es el tipo de material que susurra dinero y poder, pero resulta intimidante. Combinado con la blusa de seda, este es un traje de poder, algo que nunca me había probado, y mucho menos poseído. Es exquisito, y dejo caer la bata sin dudar —Ana no sería modesta— y dejo que me ayuden a vestirme pieza por pieza.

La seda sobre mi piel se siente lujosa, y los pantalones me quedan como hechos a medida, ceñidos a mis caderas y alargando mis piernas. Cuando me pongo la chaqueta y me giro hacia el espejo, siento que algo fundamental cambia dentro de mi pecho.

Esta es la persona que podría haber sido toda mi vida con la crianza adecuada y la influencia correcta. No es un papel que esté

interpretando —este traje, el maquillaje. Esta realmente soy yo. La única impostura es el nombre que llevo, pero en el fondo, sé que si tuviera que entrar en el territorio de Luka Kolar y decirle que quiero que liberen a esas mujeres, podría hacerlo siendo yo misma. Solo necesitaba el voto de confianza de Lev para darme el impulso mental necesario.

Eso hace que la idea de continuar con esta farsa sea más llevadera.

—Gracias —digo, y me giro para enfrentarme a ellos con una cálida sonrisa—. A todos. Habéis hecho un trabajo excepcional.

Sonríen radiantes ante el elogio mientras recogen sus utensilios y se preparan para marcharse. Permanezco de pie frente al espejo, practicando mi postura y mi expresión, asegurándome de que cada elemento de Ana Veche esté en su sitio antes de que Lev vea el resultado final.

Cuando la puerta del dormitorio se abre detrás de mí, veo su reflejo aparecer en el espejo antes de oír su voz.

—Jesucristo —susurra.

Me giro lentamente, permitiéndole apreciar plenamente la transformación. Sus ojos recorren desde mi cabello recién oscurecido hasta mi rostro dramáticamente maquillado y el traje que se ciñe a mi cuerpo en todos los lugares adecuados, y observo cómo su expresión cambia de sorpresa a aprecio y luego a algo mucho más hambriento.

—¿Apruebo la inspección? —pregunto, asegurándome de que mi voz transmita la fría autoridad de una Donna en lugar de la inseguridad de una traductora de San Petersburgo.

—¿Aprobar? —avanza hacia mí con esa gracia depredadora que conozco tan bien, sus ojos oscuros de admiración—. Vivika, estás… joder. Estás absolutamente increíble.

—Ana —le corrijo, manteniendo mi posición mientras se acerca—. Hoy soy Ana.

—Ana, entonces —se detiene frente a mí y alarga la mano para tocarme la cara, sus dedos se deslizan por mi mandíbula con una posesividad que hace que el calor se acumule en mi bajo vientre—. Ana, eres la cosa más hermosa que he visto jamás.

Su mano se desliza más abajo, por mi cuello hasta la clavícula, dirigiéndose hacia los botones de mi blusa de seda, y le agarro la muñeca antes de que pueda ir más lejos. El movimiento hace que sus ojos se abran de par en par, y aprovecho su confusión momentánea para retroceder y poner espacio entre nosotros.

—Vas a estropear mi maquillaje —digo con frialdad, y estoy orgullosa de lo firme que suena mi voz. Realmente estoy preparada para esto.

—Estropearé más que eso si sigues mirándome así —avanza de nuevo, y esta vez, cuando intenta tocarme, le aparto la mano de un golpe con un chasquido agudo de carne contra carne.

Sus cejas se elevan. —¿Acabas de—?

—Te lo dije —levanto la barbilla y encuentro su mirada con la mirada imperiosa que he estado practicando durante semanas—. Vas a estropear mi maquillaje… —Dejo que mi expresión fría se convierta en una mirada feroz para que entienda el mensaje, aunque no estoy enfadada con él—. Estas mujeres pasaron horas haciendo que luciera así, y no voy a permitir que destruyas su trabajo antes de que salga siquiera de esta casa.

Por un momento pienso que he ido demasiado lejos, que el verdadero Lev va a anular el juego que estamos jugando y tomará lo que quiera a pesar de mis protestas. Pero entonces una sonrisa lenta se extiende por su rostro, y veo orgullo titilando tras el calor en sus ojos oscuros.

—Ahí está —murmura—. Eres exquisita.

Se mueve tan rápido que apenas lo registro, una mano se enreda en mi cabello recién peinado mientras la otra me agarra la cadera y me atrae contra su cuerpo. Su boca choca contra la mía en un beso duro, exigente y absolutamente devastador, y jadeo cuando finalmente se aparta.

—Cuando estás tan fogosa —gruñe contra mis labios—, me es imposible mantener las manos lejos de ti.

Me río, sabiendo que si estropea mi maquillaje, no habrá manera de arreglarlo sola, así que con la palma extendida sobre su pecho, empujo suavemente. —Si quieres una Donna de la mafia —murmuro contra sus labios, apartándome lo justo para encontrarme con sus ojos con un desafío en los míos—, vas a tener que trabajar para ello.

Su sonrisa de respuesta es lobuna, cálida y llena de promesas que tengo toda la intención de que cumpla. —Nunca he tenido miedo al trabajo duro.

—Bien —deslizo mis manos por su pecho y luego lo empujo hacia atrás, creando espacio entre nosotros de nuevo—. Porque tengo una reunión a la que asistir. Y espero que me traten con el respeto que mi posición exige.

Lev ríe con un sonido delicioso y cálido, y da un paso atrás con las manos levantadas en una rendición fingida. —Como desee, Donna Veche. Vivo para servir. La forma en que lo dice despierta anhelo en mi pecho. Es imposible y estúpido, y no debería pensar así, pero creo que estoy perdida ahora, perdidamente enamorada de un hombre que me robó de la calle y sin querer cambiar nada.

Me vuelvo hacia el espejo y compruebo mi reflejo una última vez, asegurándome de que su beso no haya manchado mi pintalabios ni despeinado mi cabello. Unos pequeños ajustes y vuelvo a ser perfecta, pulida y poderosa, lista para enfrentarme a esta reunión con el aliado de Ana.

Luka Kolar no tiene ni idea de lo que está a punto de entrar en su reunión.

Y tampoco, pienso, la mujer que solía ser.

23

LEV

—¿Lista? —pregunto.

Vivika se vuelve para mirarme y veo a Ana Veche observándome desde detrás de sus ojos cuidadosamente maquillados. —Nací lista —dice.

Casi sonrío ante eso.

Vivika ya no es la misma mujer que rescaté de la calle, y no es solo su apariencia. Se ha transformado en algo perverso y rígido, una representación espeluznantemente buena de lo que es una mujer endurecida por esta vida. Ha perfeccionado el papel y ahora es momento de presentarla.

Salimos del coche y nos dirigimos al punto de encuentro designado, un gran almacén en el centro del complejo donde Yuri ha concertado nuestra reunión con Luka Kolar. Mi tío ya está allí cuando llegamos, de pie en las sombras cerca de la entrada, con Dimitri y Fyodor flanqueándolo como perros fieles. Varios soldados de la familia se han posicionado alrededor del perímetro. No veo armas, pero sé que cada uno va armado.

—Lev… —Yuri me hace un gesto de asentimiento y luego recorre a Vivika con la mirada, destellando aprobación en sus ojos curtidos. —Parece convincente.

—Lo es —afirmo, y lo digo en serio. He visto a esta mujer transformarse por completo durante los últimos días encerrada en esa casa segura. Está preparada para esto.

Observo a Vivika mientras se acerca a la puerta del almacén, con una postura perfecta y una expresión fría. —Nunca he estado tan segura de algo en mi vida.

—Bien, bien… —Los ojos de Yuri recorren el almacén y se posan en mí. —Si algo sale mal—

—No saldrá —le aseguro mientras asiento y paso a su lado, reuniéndome con Vivika donde está de pie.

Cuando Kolar aceptó esta reunión, sonó reacio. No es habitual que un enemigo tienda la mano con términos de cooperación y pida ser escuchado. Lo apostamos todo a la ingenuidad de Kolar sobre el verdadero estatus de Ana. Dijimos que la teníamos. Él quiere verla. Es la única razón por la que accedió a presentarse.

Los minutos pasan como horas, y la tensión crece hasta hacerse tan espesa que cuesta respirar. El viento cambia y trae el sonido lejano de las bocinas de los barcos desde el río, y compruebo mi reloj tres veces por minuto, al parecer.

Porque algo no va bien. Me eriza la nuca y grita "peligro" aunque en superficie todo parezca tranquilo. Es una simple reunión para conversar, no un golpe de estado, pero mi instinto no miente, y la postura hiperalerta de Yuri no ayuda.

Cuando oigo los motores acercándose desde el este, varios vehículos aproximándose rápido, sé antes de verlos que algo ha salido terriblemente mal. Luka Kolar conduce un solo sedán blindado. Viaja con dos guardaespaldas como máximo, prefiriendo discreción y tacto. Lo que sea que se acerca suena como un ejército.

El primer coche toma la curva y mi sangre se hiela.

Es un convoy de todoterrenos negros, al menos seis, y el vehículo principal lleva un símbolo que reconozco al instante—el escudo de la familia Veche, estampado en el capó como una declaración de guerra. El estómago se me cae cuando el convoy frena en seco formando un semicírculo alrededor de la entrada del almacén, las puertas se abren de golpe y hombres armados hasta los dientes salen en tromba. Debe haber treinta, quizá más, desplegándose en amplias maniobras de flanqueo.

Y en el centro de todo, bajando del todoterreno principal con una sonrisa que me dan ganas de ponerle una bala entre los ojos, está Yaros Veche.

—¡Gravitches! —Su voz resuena burlona en el espacio que nos separa. —Espero que no esperaran a nadie importante.

—Kolar nos ha traicionado —gruñe Dimitri, con el arma ya en la mano. —El bastardo se lo dijo a Yaros.

—O Yaros interceptó la reunión de algún modo —La voz de Yuri es serena mientras se refugia tras una pila de palés. Atraigo a Vivika hacia mí cuando añade—: Ahora ya no importa. Lo que importa es que nos superan en número y en armamento.

Mi mente trabaja a toda velocidad mientras analizo la situación, buscando una salida que no acabe con nosotros muertos. Yaros ha traído al menos treinta soldados. Nosotros tenemos quizá una docena, incluyendo miembros de la familia que no deberían estar cerca de un tiroteo.

Es obvio por qué está aquí y no necesito decirlo, pero las palabras se escapan de mis labios de todos modos. —Ha montado esto para masacrarnos. Quiere eliminarnos y matar a Vivika de paso. Así podrá decir a todos que intentó salvar a su hermana pero murió en la batalla contra los Gravitches.

—La coartada perfecta —conviene Yuri con gravedad. —Su muerte se nos atribuye a nosotros mientras él queda limpio, y no más preguntas sobre dónde ha estado Ana todos estos meses.

Yaros alza la mano y sus hombres avanzan, formando una línea que se estrecha a nuestro alrededor como un lazo. —Tienen algo que me pertenece —anuncia. —Mi querida hermana, resucitada de entre los muertos. Me gustaría recuperarla ahora, si no les importa.

—Vete al infierno —le grita Vivika, y a pesar del terror que veo en el blanco de sus ojos, su voz tiene la misma determinación que Ana.

La sonrisa de Yaros no se inmuta. —Acabad con todos. No dejéis supervivientes.

El primer disparo rasga el aire y entonces todo se disuelve en el caos. Empujo a Vivika detrás de una pila de cajas y devuelvo el fuego. Mis balas encuentran blancos en la línea avanzada de soldados Veche. Dos caen antes de que el resto se disperse buscando cobertura, y entonces es una guerra a gran escala, los destellos de los cañones iluminándose como luces estroboscópicas en una discoteca del infierno.

Uno de los nuestros cae a mi izquierda, agarrándose el pecho mientras la sangre brota entre sus dedos. Otro recibe una bala en la pierna y se arrastra tras una carretilla elevadora oxidada, disparando incluso mientras se arrastra hacia un lugar seguro. El aire se llena con los gritos de hombres heridos y el acre hedor a cobre de la sangre derramada. Me muevo por el caos con Vivika pegada a mi espalda, protegiéndola mientras abato a cualquiera que se acerque demasiado.

Un soldado Veche dobla la esquina de un contenedor y le clavo tres balas en el centro de la masa corporal antes de que pueda levantar el arma. Otro aparece detrás de él y lo derribo con un disparo a la cabeza que salpica sangre por el metal oxidado tras él, y Vivika grita de miedo.

—¡Lev! —La voz de Yuri corta el estruendo—. ¡Nos están flanqueando! ¡Vienen por el lado este!

Me giro y veo a un grupo de hombres Veche avanzando desde nuestra derecha, intentando cortar nuestra ruta de escape. Dimitri ya está enfrentándose a ellos, pero son demasiados y siguen llegando como una marea que se niega a retroceder.

—¡Necesitamos retroceder! —grito—. ¡Nos van a rodear!

Yaros aparece al borde de mi campo de visión y nuestras miradas se cruzan mientras sonríe, una expresión fría y triunfal que me hace sentir un hormigueo en el dedo del gatillo por la necesidad desesperada de acabar con él. Levanto el arma, pero una ráfaga de disparos desde mi izquierda me obliga a tirarme al suelo buscando cobertura, y cuando miro de nuevo, se ha desvanecido entre el humo y la confusión.

—Dios mío, Lev, ¿estás bien? —Vivika está conmigo en un montón en el suelo, pero me incorporo. No hay tiempo para sentarse y lamer las heridas ahora.

—Muévete —le ordeno, y retrocedemos hacia la parte trasera del almacén. Si logramos salir por la puerta trasera, el SUV está a solo cuarenta yardas de carrera. En este punto, sálvese quien pueda, y todos los Gravitch aquí lo saben.

Caen dos más de los nuestros. Luego un tercero. Las fuerzas Veche nos empujan hacia atrás, superando nuestras posiciones defensivas y causando más bajas. Esto es lo que Yaros quería: una carnicería que elimine al liderazgo Gravitch y entierre la amenaza de Vivika de una vez por todas.

Pero Yuri aparece a mi lado, sangre manando de un corte en su frente, y sus ojos están afilados y concentrados. —Sácala de aquí —ordena—. Llévate a Vivika y corre. Nuestro plan con Kolar aún podría funcionar, pero solo si ella sobrevive.

—No voy a dejarte...

—Es una orden. —Su mano agarra mi hombro y me da un empujón —. Tienes que protegerla ahora. Dimitri y yo cubriremos vuestra retirada, pero tienes que iros. Ahora.

Lo miro —mi tío, mi mentor, lo más parecido a un padre que he tenido desde que murió el mío— y veo la resignación en sus ojos. Sabe las probabilidades, pero va a quedarse y luchar sabiendo que con un hombre menos, puede que no salga limpio de esto. Y no voy a defraudarle.

Agarro la mano de Vivika y corro. Zigzagueamos por el laberinto de contenedores y maquinaria oxidada, balas silbando sobre nuestras cabezas mientras Yuri y Dimitri nos cubren con disparos tras nosotros. Puedo oírles gritar órdenes, reagrupando lo que queda de nuestras fuerzas, comprándonos segundos preciosos con cada disparo que hacen.

Mi coche está milagrosamente intacto entre la carnicería, y empujo a Vivika al asiento del pasajero antes de deslizarme tras el volante y pisar el acelerador a fondo. Los neumáticos chirrían contra el asfalto mientras salimos disparados del distrito de almacenes, y no miro atrás.

—¿Adónde vamos? —pregunta Vivika. Su voz tiembla aunque noto que intenta proyectar un tono de acero.

—A la casa segura. —Tomo una curva tan rápido que el coche empieza a derrapar—. Reagrupamos, planeamos nuestro próximo movimiento.

Ella tiembla y se recuesta en el asiento, agarrando la manilla de la puerta y mirando con ojos desorbitados la carretera mientras conduzco a toda velocidad hacia el único lugar de esta ciudad donde sé que ha estado realmente segura. Yaros va ahora a por su sangre, y yo he provocado eso. Nunca me perdonaré si la atrapa.

—Lev, tengo miedo. —Vivika alarga la mano y apoya su palma sobre mi rodilla, y yo cubro su mano con la mía. Lo ha dicho unas cuantas

veces desde que la conocí, pero nunca con tanta emoción. Y tiene motivos de sobra para tener miedo.

Por lo que sé, mi familia dejada atrás en ese almacén ha sido masacrada por completo. Yuri podría estar muerto, Dimitri y Fyodor también. He visto caer a nuestros hombres como moscas por esto.

Yaros es justo el tipo de hijo de puta enfermo que acabaría con una familia entera para controlar la narrativa. Si cree que amenazamos sus alianzas, eliminarnos es la única forma de asegurarlas. Y sabe que estamos jodiendo su relación con Kolar; de otro modo, ¿cómo habría sabido cuándo y dónde nos reuniríamos con él?

El resto del trayecto a la casa segura transcurre en silencio, aunque oigo a Vivika resoplar de vez en cuando. Estoy demasiado encerrado en mis pensamientos y enfadado para decir nada más. No estoy seguro de cuál será el siguiente movimiento si concertamos una reunión para hoy y Kolar ni siquiera apareció. ¿De qué servirá concertar otra reunión? ¿No hará Yaros lo mismo?

Se abalanzó con tantos hombres porque planeaba emboscarnos. Demuestra que su motivo claro no era negociar por su hermana en absoluto. Quería que ella muriera, y supo desde el principio que ni siquiera era ella.

—Eh, Lev... —Las palabras de Vivika me sacan de mi espiral obsesiva y miro a lo lejos, hacia la casa segura al otro lado del puente donde hay varios SUV más aparcados. La casa está en llamas, y hombres con equipo táctico pasean por el jardín.

—¡Joder…! —Mis ojos no me engañan. Yaros ha descubierto dónde la teníamos escondida esta semana y intenta demostrar que puede burlarnos.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta ella, pero su tono no es más que un sollozo. Han desaparecido las venas de acero que ensayó para Ana Veche. Vivika vuelve a ser el ratoncito asustado.

—No lo sé —le digo mientras detengo el coche. Meto la marcha atrás para dar la vuelta, pero ya he llamado su atención. Los hombres de Veche se mueven, subiendo a sus coches para perseguirnos—. Pero tenemos que hacerlo rápido.

En menos de treinta segundos nos alcanzan aunque he pisado el acelerador a fondo. El motor de mi coche sufre bajo la presión, pero no puedo aflojar y dejar que lleguen a ella. No desearían nada mejor que provocar un accidente y matarnos a los dos.

—El arma, en la guantera —gruño, pero al mirarla veo que no está mentalmente preparada para volver a hacerlo. No me queda más opción que intentar dejarles atrás. Así que giro hacia la autopista y acelero a fondo, esquivando coches a más de doscientos kilómetros por hora para escapar. Durante diez minutos interminables, la adrenalina recorre mi sangre mientras intento evadirles, y cuando uno de sus todoterrenos toma una curva demasiado rápido y sale de la carretera en una explosión ardiente, sé que les he vencido.

Vivika agarra el tirador de la puerta y el reposabrazos, su rostro pálido como la cera, y suelto el acelerador cuando estoy seguro de que han detenido la persecución, pero sé que no se rendirán. Van a seguir viniendo.

—Dios mío —gimotea, y la miro para ver lágrimas surcando de nuevo su rostro. Tengo que sacarla de esta ciudad y fuera del alcance de Yaros para siempre. Él nunca se rendirá.

—Está bien… —Mi mente da vueltas mientras tomo una salida y vuelvo sobre mis pasos, esperando encontrar un coche para robar y deshacerme de este—. Estás bien. —Intento consolarla mientras simultáneamente intento no perder los nervios.

Es mi culpa que esté en este lío, y es mi culpa lo que ha pasado hoy. Toda mi familia podría estar muerta y nadie tiene la culpa excepto yo.

El pánico empieza a remitir un poco cuando Vivika se deshace en sollozos, usando un servilleta de papel que metí en la guantera después de comer un día. Sus hombros tiemblan, y el maquillaje aplicado cuidadosamente para que se pareciera a Ana se mancha y emborrona hasta que es un desastre.

—¿Conoces a alguien en Moscú? —pregunto, desarrollando una idea en mi cabeza. Tenemos varios contactos allí que podrían mantener a Vivika oculta un tiempo hasta que todo esto se calme, o hasta que la familia Gravitch pueda reorganizarse y eliminar a Yaros de una vez por todas.

—Eh… no realmente, quizá una tía, pero no sé si sigue viva —Se seca los ojos, pero el plan ya se está formando en mi mente.

—Conozco a un tipo… Es un buen hombre, Viv. Te mantendrá a salvo. Puedo enviarte a Moscú un tiempo, y podemos terminar esto con Kolar solos… O quizá puedas participar por videoconferencia o algo así. —Giro hacia la estación de tren, sabiendo que sale uno cada treinta minutos. Si intento un vuelo, nos pillarán en los controles del aeropuerto y si Yaros nos alcanza, no solo nos matará a ambos, sino que matará a mucha gente inocente en el proceso.

—No, Lev —susurra, pero mi decisión está tomada—. No quiero ir a Moscú. Quiero estar contigo.

Vuelvo a girar hacia la estación, por una franja estrecha de terreno que sé que nos llevará allí en menos de diez minutos, y niego con la cabeza—. Tiene que ser así, Viv. Yaros sabe quién eres. Si te saco de la ciudad, no sabrá dónde estás. Mi contacto —Rurik— te esperará en la estación y te protegerá. Estarás segura con él.

Miro el reloj y veo que nos quedan menos de quince minutos para llegar a la estación y comprar un billete antes de que el próximo tren salga de San Petersburgo. Así que vuelvo a forzar el coche y Vivika llora con más fuerza.

Esto es duro para mí, más de lo que debería. Nunca debería haberme encariñado tanto con ella. Sabía que esto podía pasar, ya fuera porque alguien la matara o porque tuviéramos que enviarla lejos. Estar conmigo es lo último que necesita. Nunca estará segura. Viviremos mirando por encima del hombro cada día. Es más seguro que se vaya, al menos un tiempo. Aunque tenga que arrancarme el corazón y enviárselo con ella.

Los siguientes diez minutos me desgarran el alma, escuchándola sollozar y suplicarme que no la envíe lejos. Cuando llegamos al mostrador de billetes, el empleado pregunta si está bien, pero ella logra calmarse lo suficiente para decir que sí. Pongo una excusa pobre sobre que no quiere separarse de mí, que el señor se traga, y luego acompaño a Vivika a su tren, que ya está embarcando cuando llegamos.

Ella se queda en el escalón, aferrándose a la barandilla metálica mientras se inclina para atraerme—. Ven conmigo, Lev, por favor no me hagas ir sola.

—No puedo —le digo, mirando por encima del hombro. Con lo caliente que está la ciudad ahora, no estoy seguro de que los hombres de Yaros no nos hayan seguido—. Tienes que irte ya. Debo quedarme y terminar esto o nunca podrás volver segura.

—Por favor —gimotea mientras el tren silba y suena el pitido.

—Vete… —le digo, acariciándole la mejilla. Mis labios rozan los suyos con ternura. Sé que quizá sea la última vez que nos veamos, y necesito que sepa lo que siento—. Haré todo lo que esté en mi mano para traerte de vuelta cuando sea seguro.

—Lev —lloriquea cuando el tren empieza a moverse y nuestro contacto se rompe. Solo puedo quedarme de pie y verla desaparecer más allá del andén mientras el vagón se aleja de mí y empieza a rodar por la vía. Me tienta correr tras ella, pero oigo el caos a mis espaldas, gritos y voces airadas de hombres, y sé que los hombres de Yaros están aquí. Nos han localizado, y debo acabar con esto.

Así que aparto la vista del tren y fijo los ojos donde veo movimiento en la multitud, preparándome para otra pelea.

No dejaré que la alcancen.

24

VIVIKA

El tren se balancea mientras avanza por el campo ruso. Apoyo la frente contra el frío cristal de la ventana y observo cómo la oscuridad se desdibuja al pasar, las luces de la ciudad dando paso a campos vacíos y granjas dispersas. Mi reflejo me devuelve la mirada en el cristal—el rímel corrido, el pintalabios manchado, el pelo que se escapa del peinado cuidadoso que me hacía parecer tanto a Ana Veche que Lev no podía apartar las manos de mí.

Ahora, estoy hecha un desastre. Y me siento peor.

Nunca en mi vida había sentido mi corazón tan duro y muerto. Admitiré que me sentía sola antes de conocer a Lev. A veces deseaba encontrar un hombre con quien formar una familia, pero salir con alguien en este mundo es una pesadilla. Esperaba a que apareciera mi príncipe azul y me encontrara, y no tenía ni idea de que cuando Lev me arrancó de esa calle, él sería mi príncipe azul. Ahora no sé qué sentir.

Estoy enamorada de él, y estoy en un tren que se aleja de él a toda velocidad porque estar con él no es seguro. El hombre al que amo, y ni siquiera puedo alargar la mano para tocarlo.

El compartimento está en silencio y cierro los ojos intentando dormir, pero mi mente vuelve una y otra vez a la estación, a la desesperación en los ojos de Lev cuando me empujó hacia el andén. Su voz se quebró cuando me dijo que seguiría luchando hasta encontrar la manera de traerme de vuelta, pero yo vi lo que pasó en ese almacén. Sé que no encontrará la manera.

Él se quedó atrás para enfrentarse a esos hombres que vi abriéndose paso entre la multitud hacia el tren, y estaban seis contra uno. Lev se quedó allí para luchar contra ellos para que yo pudiera escapar a un lugar seguro.

Y yo se lo permití.

La culpa me corroe las entrañas, provocándome náuseas. Debería haberme negado a subir a este tren sin importar lo que dijera. Pero estaba asustada y él era insistente, y ahora me dirijo a toda velocidad hacia Moscú sin tener ni idea de lo que está pasando allí. ¿Está muerto? ¿Lo atraparon? ¿Y su familia? Yuri espera un hijo y contuvo la marea para que Lev pudiera sacarme de allí. ¿Sabe Yuri dónde estoy?

Mis pensamientos de pánico no cesan, ni siquiera cuando voy al vagón bar y pido un whisky escocés doble con hielo. Pero sí me ayuda a sentirme más cansada. Cuando encuentro mi sitio y vuelvo a sentarme, el sueño acaba por arrastrarme. Sueño con Lev—sus manos, su voz, el porche de la granja durante la tormenta. Luego el sueño cambia y él está cayendo, sangrando, muriendo solo mientras yo huyo.

Me despierto jadeando cuando el tren frena bruscamente.

Han pasado horas y la oscuridad de la noche lo cubre todo. La voz del maquinista resuena por los altavoces anunciando nuestra llegada a Moscú, y los pasajeros empiezan a recoger sus pertenencias y a caminar hacia las salidas. Yo permanezco en mi asiento, mirando el andén a través de la ventana, incapaz de moverme.

Si bajo de este tren, se acabó. Me esconderé en Moscú y esperaré noticias que quizá nunca lleguen. Y no tengo ni idea de cómo se pondrán en contacto conmigo.

¿Es eso lo que quiero? ¿Estar atrapada aquí? Pero, ¿a qué voy a volver? Si Yaros me encuentra, estoy muerta, y ¿qué pasa con esas mujeres que necesitan ser rescatadas?

Me levanto y me dirijo a la salida. El andén está frío cuando salgo a él, el aire nocturno me cala a través del traje arrugado. Escudriño a la multitud y veo a un hombre sosteniendo un cartón con el nombre *Vivika* garabateado en gruesas letras oscuras. Nuestras miradas se encuentran y veo reconocimiento en sus ojos. Es como si viera un fantasma, igual que todas las personas que me han mirado desde que empezó todo esto.

No soy ella, y él lo sabe, pero aún así es muy significativo lo mucho que me parezco a la mujer a la que he estado imitando.

Camino hacia él con la barbilla alta y los hombros erguidos.

—¿Rurik? —pregunto.

—Sí —su voz es áspera y grave, pero parece educado—. Tú eres la mujer que Lev envió.

—Soy yo.

Dobla el cartel y hace un gesto hacia la salida. —Tengo un coche esperando. El mensaje de Lev decía que podría haber gente siguiéndote.

Lo sigo por la estación hasta la zona de aparcamiento donde un sedán negro está al ralentí con el motor en marcha. Cada pocos pasos, miro por encima del hombro, aunque si los hombres de Yaros estaban en ese tren, habrían venido a por mí durante las ocho horas de viaje.

Cuando llegamos al coche, Rurik abre la puerta trasera y me deslizo dentro, agradecida por el calor y los cristales tintados. Él se sienta

en el asiento del conductor y sale del aparcamiento con soltura. Obviamente conoce bien este lugar y no necesita mapa ni GPS para orientarse, pero no conozco a este hombre, ni confío en él. Necesito estar con Lev, y necesito volver a San Petersburgo.

—No puedo quedarme en Moscú —digo.

Sus ojos se encuentran con los míos en el retrovisor. —¿Perdona?

—Tengo que volver a San Petersburgo —me inclino hacia delante, cogiendo el respaldo de su asiento—. La única manera de ayudar a esas mujeres y salvar todo por lo que Lev ha estado luchando es terminar lo que empezamos.

—Volver a... —Niega con la cabeza—. Lev casi murió al subirte a ese tren. Volver es un suicidio.

—Puedo volver sin tu ayuda, pero tengo que volver —oigo acero en mi propia voz, algo que no estaba ahí antes de que Lev me enseñara a ser Ana Veche. Aunque me alivia oír que Rurik cree que Lev sigue vivo—. Yaros cree que ha ganado. Cree que me he ido o que estoy muerta y que no puedo interferir en sus asuntos, pero eso lo convierte en el momento perfecto para atacar.

—¿Atacar? —La voz de Rurik se eleva. Esta vez, cuando sus ojos capturan los míos en el reflejo, parece sorprendido—. Eres una mujer contra toda la organización Veche. ¿Qué crees que puedes lograr?

—Lo mismo que se suponía que debía lograr antes de que Yaros nos tendiera una emboscada —mantengo su mirada en el espejo—. Luka Kolar todavía cree que Ana Veche está viva. Si puedo llegar a Kolar y hacerle entender lo que Yaros ha hecho—

—¿El plan que fracasó? ¿El que hizo que emboscaran a Lev? —Rurik suelta una risotada oscura y grave que rezuma incredulidad y desprecio.

Los hombres de esta familia son groseros e ignorantes. Sé lo que hago y lo haré, aunque tenga que escabullirme de este hombre para hacerlo. Lev me dijo que tienen pruebas de que Ana Veche está muerta y de que Yaros la mató. Tengo que llevar esas pruebas a Kolar.

—El plan que fracasó porque Yaros llegó primero. Pero él cree que la amenaza ha sido neutralizada ahora —dejo que lo asimile—. No esperará que vuelva a entrar en San Petersburgo.

Rurik guarda silencio, con las manos apretadas en el volante. Puedo ver que está pensando en lo que digo. Tiene la cara arrugada en concentración mientras me mira un par de veces. Es un soldado que sigue órdenes y confía en sus comandantes. Ahora mismo, su comandante necesita su ayuda y él lo sabe jodidamente bien.

—Lev me dijo que te mantuviera a salvo —dice por fin.

—Y la única manera de mantenerme a salvo de verdad es terminar con esta guerra —me enderezo y dejo que Ana Veche se pose sobre mí como una armadura—. Voy a volver a San Petersburgo, Rurik. La cuestión es si me ayudas o intentas detenerme.

Sus ojos se entrecierran. —¿Me estás dando órdenes?

—Te estoy diciendo lo que va a pasar —mi voz desciende al tono autoritario que he practicado—. Si voy a salvar la ruta comercial de Gravitch y ayudar a esas mujeres, tengo que convertirme en Ana Veche por completo. Y Ana Veche no se esconde en Moscú mientras sus aliados luchan y mueren.

—Estás loca —dice, pero algo en su voz suena a respeto—. ¿Lo sabes?

—Quizá. Pero soy la única oportunidad que tiene Lev. La única oportunidad que tienen cualquiera de ellos —le agarro del hombro—. Yuri, Dimitri, Fyodor, todos en ese almacén... cuentan con que el plan funcione. Soy la única que puede hacerlo realidad ahora.

Rurik lucha con su lealtad y la situación imposible en la que lo he puesto. Debe lealtad a Lev y a Yuri, y ahora mismo, la familia Gravitch necesita a alguien dispuesto a entrar en el fuego para mear en la llama que Yaros encendió y salvarlos.

—Lev me va a matar —murmura.

—Lev te va a dar las gracias —le aprieto el hombro—. Me conoce lo suficiente para saber que nunca iba a quedarme escondida mientras él luchaba solo.

Cuando me recuesto, sé que la decisión ya está tomada, pero Rurik se anda con remilgos durante veinte minutos más mientras nos quedamos atascados en el tráfico. Su frente permanece continuamente fruncida en una concentración sombría, pero cuando mira por encima del hombro hacia mí, veo la mirada de un hombre que ve a un igual, no a una mujer a la que tiene asignada proteger.

—Siete horas hasta San Petersburgo —dice.

—Entonces deberíamos ponernos en marcha.

Toma la siguiente salida y se incorpora a la autopista dirección norte. Las luces de Moscú se desvanecen detrás de nosotros mientras la carretera se abre delante. Me recuesto y veo la oscuridad pasar rápidamente. He terminado de huir de los problemas.

Hace tres meses, le habrías preguntado a Vivika Rozhkova si podía verse como una heroína y yo le habría dicho a cualquiera que solo soy una mujer. El único poder especial que tengo es que puedo traducir una frase a doce idiomas diferentes.

Ahora, sin embargo, después de que Lev me entrenara para ser despiadada y astuta, sé que mi superpoder es la confianza. Si puedo convencerme de que algo es posible, entonces todo es posible, y todo lo que tengo que hacer es actuar como si lo fuera.

Al menos eso espero.

Y espero que Rurik tenga suficientes luces para saber cómo encontrar a Luka Kolar una vez que estemos en San Petersburgo sin alertar a Yaros. Todo depende de eso. Sin eso, estoy perdida.

25

LEV

La bota impacta en mi sien y el mundo se inclina mientras los colores se desvanecen en sombras y el sonido se convierte en estática. Unas manos me arrastran por el suelo de la estación, pero el tren de Vivika se ha ido y no pueden detenerlo. Saben adónde se dirige, pero incluso si lo persiguen, ella llegará a Moscú horas antes que ellos y, para entonces, Rurik la habrá escondido en algún lugar seguro.

Mi cuerpo se afloja y dejo que piensen que estoy inconsciente mientras me llevan hacia una salida. Dos hombres, quizá tres—no distingo con este zumbido en el cráneo. Discuten sobre dónde llevarme y qué quiere Yaros que hagan con mi cuerpo.

Fuera, el aire es cálido y húmedo mientras la primavera sigue echando raíces en Rusia. Mantengo la farsa el tiempo suficiente para que me metan en su coche, pero quiero evaluar mi entorno. No es frecuente que tenga que enfrentarme a tres hombres a la vez.

Cuando uno de ellos me suelta en el hormigón, oigo a otro dar una orden brusca en un dialecto serbio que me desconcierta. Le dice al conductor que me meta en el maletero—quizá piensan que estoy muerto. Y no puedo dejar que me lleven.

Entreabro los ojos para espiar el aparcamiento y veo tres pares de pies mientras un hombre se acerca al maletero y abre la cerradura. Mi coche no debería estar muy lejos, pero desde mi posición en el suelo es difícil orientarme. Cuando actúe, debe ser rápido y contundente; sin arma, tendré que desarmar a uno para protegerme, pero es esto o la muerte.

Cuando el hombre se agacha para cogerme, gruñendo una orden de ayuda, me muevo veloz.

Mi codo se clava en su garganta y él se tambalea hacia atrás, atragantándose, con las manos arañando su tráquea aplastada. Arranco la pistola de su funda mientras ruedo y disparo dos veces al pecho del segundo hombre antes de que pueda levantar su arma. Retrocede tambaleándose y cae, con los ojos desorbitados por la sorpresa, mientras el tercero apunta su arma hacia mí. Le disparo en la cara, su cráneo se retuerce en una salpicadura roja que pinta la pared tras él.

Todo ocurre tan rápido que apenas tengo tiempo de ponerme en pie. Mis entrañas gritan antes incluso de oír el disparo, y el impacto me hace dar varios tumbos hacia la estación de tren que acabamos de dejar. Me han herido de gravedad y no tengo tiempo de pensar qué pasará si me detengo.

—¡Canalla! —el hombre logra decir entre ahogos, y noto que su tráquea está muy magullada por el golpe que le di. No sabía que llevaba una segunda pistola, pero oigo más disparos y me agacho tras una furgoneta de servicio.

Mi pecho palpita mientras miro el carmesí que florece en mi camisa y me agarro el estómago. El dolor me atraviesa hasta la espalda, donde no puedo comprobar si hay herida de salida. Y los disparos continúan.

—¡Vas a morir! —grita el hombre, y sigo moviéndome, agachado entre vehículos hasta que por fin me oriento y sé hacia dónde debo

ir para llegar a mi coche. Casi lo veo, pero requiere correr a cielo abierto.

El fuego de cobertura que hago obliga al hombre a buscar refugio, pero funciona. Me lanzo hacia mi coche y me pongo al volante con las manos ensangrentadas y un pulso débil. Me desvanezco rápido. Tengo que llegar a casa de Yuri antes de desmayarme.

Más disparos repiquetean en mi coche cuando el motor ruge al encenderse, y piso a fondo el acelerador, con los neumáticos chillando mientras salgo del aparcamiento. El hombre emerge entre los vehículos apuntando a mi coche, pero no me molesto en frenar. Sus balas destrozan el parabrisas y paso por encima de él, oyendo el golpe sordo de su cuerpo al chocar contra el suelo mientras mi coche lo atropella, sacudiéndose antes de salir disparado a la calle.

El tráfico de Moscú es ligero a esta hora, pero casi embisto a un taxi al girar hacia la carretera principal. El conductor toca el claxon y lo ignoro, concentrando todo en mantener el coche entre las líneas. Mi visión se nubla y parpadeo con fuerza para mantenerme alerta. No me atrevo a mirar hacia abajo, donde noto el calor que rezuma de mi estómago hasta la entrepierna, ahora empapada.

Y el dolor me golpea en oleadas, subiendo y bajando con cada latido. Me aferro al volante y me obligo a respirar hondo, una y otra vez. Me han disparado antes y he sobrevivido a cosas peores. Solo debo seguir conduciendo.

Pero algo se siente muy mal.

Los pensamientos sobre Vivika inundan mi mente. Nunca tuve la oportunidad de asegurarme de que está a salvo y decirle lo que siento. Quizá ahora nunca lo haga. Mi cuerpo está tan débil que apenas puedo mantener los ojos abiertos. No es buena señal, pero no me rendiré ni dejaré que la muerte me lleve. Debo luchar por mantenerme consciente.

El trayecto se hace eterno, o quizá no dura nada—la conciencia se escapa y vuelve, la carretera aparece y desaparece como un sueño febril. Me salto dos semáforos en rojo y rozó un autobús, pero de algún modo mantengo el coche en la dirección correcta.

Cuando llego a la finca de Yuri, aparecen las puertas y apenas recuerdo el código para abrirlas. Mis dedos tropiezan en el teclado, manchando de sangre los botones, pero de algún modo acierto y las verjas de hierro se abren.

Aprieto los dientes y vuelvo a pisar el acelerador, haciendo que el coche avance a trompicones por la entrada. Logro detenerlo frente a la casa principal antes de que mi visión se vuelva gris en los bordes. Lo único que puedo hacer es apoyarme en el claxon. Es imposible que salga de este coche y camine ahora.

Además, ni siquiera sé si mi familia salió viva de ese almacén.

Cuando mi visión se oscurece de nuevo, me desplomo sobre el volante y dejo que el peso de mi cuerpo mantenga pulsado el botón hasta que la oscuridad me atrapa.

—Lev— Las manos de Yuri me agarran los hombros, intentando incorporarme. —Lev, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está la mujer?— Parpadeo con fuerza y miro alrededor. Yuri está a salvo, y está frente a mí mientras alguien me lleva por su entrada. El dolor es insoportable, mi pulso tan débil que podría desmayarme de nuevo en cualquier momento.

—A salvo— le digo, dejando que mis ojos se vuelvan hacia atrás. —Tren a Moscú. Rurik la encontrará—.

—Estás sangrando por todas partes— Ahora grita, llamando a alguien, pidiendo ayuda. —¡Que venga el médico ahora! ¡Dile que es una emergencia!—

La conciencia va y viene. Me zarandean y hago una mueca por el dolor punzante, los brazos demasiado débiles para defenderme

aunque quisiera. Cierro los ojos de nuevo y oigo voces a mi alrededor.

—Quédate conmigo— La voz de Yuri atraviesa la neblina. —Lev, quédate conmigo. No te atrevas a morirte en mi suelo—.

Intento reírme pero sale como una tos, y siento un líquido tibio extenderse por mis labios. El regusto metálico me dice que es mi propia sangre. Significa que esto es peor de lo que pensaba. Me alcanzaron en el vientre de algún modo, y sin ayuda de emergencia, los disparos en el vientre pueden ser mortales.

Las manos de alguien presionan mi vientre con fuerza, aplastándome hasta que apenas puedo respirar, probablemente intentando frenar la hemorragia.

—El médico viene, solo aguanta— dice mi tío. —Quédate conmigo, Lev… Vamos—.

Mi cuerpo se desvanece de nuevo, hundiéndose en las profundidades de la inconsciencia. Vuelvo a ver el rostro de Vivika, sonriéndome desde un lugar cálido y soleado. Sus manos se extienden hacia mí, invitándome a acercarme, y quiero hacerlo. Joder, cómo quiero ir hacia ella. Es tan cálido y relajante. Podría estar con ella y dejar todo este dolor atrás.

—¡Lev!— oigo, y segundos después, siento una bofetada en la cara. Abro los ojos de golpe y veo a mi tío inclinado sobre mí con los ojos desorbitados. —¡Quédate conmigo!—

—Yuri— Le agarro del brazo y le acerco, forzando a mis ojos a enfocar su rostro a través de la neblina de dolor y debilidad. —Prométeme algo—.

—Lo que sea. Dime—.

—Si no logro superar esto…— Las palabras cuesta formarlas. Debo esforzarme para decir cada una con claridad. —Encuentras a Vivika y… te aseguras… de que esté a salvo—.

—Vas a superarlo. El médico está de camino—

—Prométemelo— Aprieto mi agarre en su brazo aunque sé que aún le parecerá débil. —Júralo por nuestra sangre…— Vuelvo a sentir el temblor de la inconsciencia arrastrándome.

Nunca oigo su respuesta. Mis ojos se vuelven hacia atrás y la oscuridad me consume.

Cuando las voces me arrastran de vuelta hacia la conciencia, suenan como si vinieran a través del agua. Intento abrir los ojos pero mis párpados no responden. Creo que me han drogado, y no tengo ni idea de cuánto tiempo he estado inconsciente.

—…perforó el intestino— La voz masculina no me resulta familiar. —Tiene septicemia—.

—¿Qué significa eso?— oigo, y es la voz de Yuri. Algo se agita en mí, pero aún no puedo forzarme a abrir los ojos. —En términos claros, ¿qué estás diciendo?—

—Digo que sus probabilidades no son buenas— Vuelve a hablar la primera voz masculina, y luego me desvanezco.

Me duele el corazón y mi mente da vueltas en torno a pensamientos de Vivika viniendo a mi lado y viéndome así. ¿Qué diría ella? ¿Qué tan mal estoy?

¿Voy a salir de aquí? ¿O la puse en ese tren y salvé su vida solo para morir mientras ella se marchaba?

26

VIVIKA

Rurik aparca el coche detrás de una fila de contenedores abandonados y apaga el motor, con la mandíbula tensa mientras escudriña el distrito de almacenes a través del parabrisas. Llevamos tres horas en San Petersburgo y no he dormido en casi dos días, pero el agotamiento es lo último que me preocupa ahora mismo. Dentro de aproximadamente diez minutos, entraré en una reunión con uno de los hombres más peligrosos de Europa del Este e intentaré convencerle de que su socio comercial asesinó a su hermana.

—Esto es un error —refunfuña Rurik. Sigue intentando advertirme y yo sigo diciéndole que no me importa—. Deberías dejarme contactar primero con Yuri. Hazle saber lo que planeas.

—Si contactamos con Yuri, la noticia podría llegar a Yaros antes de que estemos preparados —compruebo mi reflejo en el espejo del parasol, asegurándome de que la capucha oscura de mi chaqueta oculte lo suficiente de mi rostro—. El objetivo principal es que esta reunión no haya llegado por los canales habituales de Gravitch. Kolar aceptó reunirse porque cree que está tratando con alguien ajeno a la estructura familiar que tiene información que él desea.

—¿Y cuando se dé cuenta de que eres la mujer a la que Yaros ha estado persiguiendo por toda la ciudad? —Los ojos de Rurik se entrecierran mientras frunce el ceño. Noto que no le gusta recibir órdenes de una mujer, y si Lev estuviera aquí, me habrían apartado —. No eres Ana Veche, por mucho que te parezcas a ella.

—Entonces le diré la verdad —Por dentro, el estómago se me revuelve y las manos me tiemblan tanto que tengo que presionarlas contra mis muslos para mantenerlas quietas—. Lev tiene pruebas de todo. El plan de cebo y cambio funcionará —Solo desearía creerme a mí misma.

—No sabes que hay pruebas esperando en la finca. Ni siquiera sabes si Lev sigue vivo.

Tiene razón, y he estado intentando por todos los medios evitar pensar en esa posibilidad concreta. No hemos tenido noticias de Lev ni una sola vez desde que me envió a Moscú en aquel tren. Diablos, toda la cúpula de Gravitch podría haber sido eliminada en aquella batalla del almacén, y podría estar entrando en una reunión en la que me maten sin motivo alguno.

Pero no puedo permitirme pensar así. Si pienso de ese modo, me derrumbaré, y derrumbarse no es una opción ahora mismo.

—Lev me envió a ti para que me protegieras —digo en voz baja—. Esa fue la última orden que te dio antes de que subiera a aquel tren. ¿Vas a cumplirla?

Rurik frunce el ceño hacia mí y suspira hondo, pero mete la mano en el bolsillo interior de su abrigo y saca un arma, entregándomela.

—El seguro está quitado. Apunta y aprieta si tienes que usarla — Espera a que coja la pistola, cosa que hago con las manos temblorosas, y dice—: Estaré justo fuera de la puerta todo el tiempo. Si algo sale mal, grita y entro disparando. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza y meto la pistola en la cinturilla de mis pantalones, bajándome la chaqueta para cubrirla. Esta es mi última

oportunidad de echarme atrás. Podría darme la vuelta y liberarme de Lev, de Yuri y de todo este lío. Pero sé que nunca seré libre. Me enamoré y mi antigua vida ya no significa nada para mí. Si no termino esto, nunca me perdonaré.

—Sé lo que estoy haciendo —le digo, aunque ambos sabemos que solo es parcialmente cierto—. Confía en mí.

—Confío en el criterio de Lev con la gente —Abre la puerta y sale a la noche—. Esperemos que tuviera razón contigo.

Nos acercamos al almacén a pie, avanzando por las sombras entre edificios y pilas de palés. El distrito está tranquilo a estas horas. El trabajo ha terminado por la noche y no hay nadie alrededor para presenciar lo que pueda pasar. Rurik camina ligeramente delante de mí, y noto lo rígida que es su postura. Hace poco que lo conozco, pero lo leo como un libro. Está muerto de miedo, igual que yo. Dos de nosotros entrando en una reunión con Dios sabe cuántos hombres armados. Somos unos tontos.

Pero prefiero salir en una llama de gloria antes que quedarme de brazos cruzados viendo sufrir al hombre que amo. Sé lo que esto significa para el apellido Gravitch y sé lo que significa para esas mujeres atrapadas en los planes de Yaros.

El almacén que buscamos está al fondo de un callejón estrecho. Sus puertas de carga están cerradas y solo se ve una entrada lateral. Un sedán negro aparcado cerca significa que Kolar ya ha llegado. Es pronto. No sé si es buena o mala señal.

Rurik se coloca junto a la puerta y me hace un último gesto de asentimiento. —Estaré justo aquí. No hagas tonterías.

—Define tonterías —digo, bajando mi capucha sobre el rostro y empujando la puerta antes de que pueda responder.

El interior del almacén es amplio y casi vacío, con suelos de hormigón que se extienden hacia paredes lejanas flanqueadas por estanterías abandonadas. Parece que este lugar lleva tiempo

inactivo, y han retirado cualquier objeto tras el que alguien pudiera esconderse para un ataque sorpresa. Una única lámpara de trabajo ilumina el centro del espacio, pero la oscuridad llega hasta las paredes.

Dos hombres permanecen en ese círculo de luz: uno claramente es un guardaespaldas, pero el otro es quien he venido a ver.

Luka Kolar es más bajo de lo que esperaba, aunque igual de impecablemente vestido, y observa mi aproximación con ojos que no pierden detalle. Este es un hombre que construyó un imperio por ser más listo y despiadado que todos, y ahora esos ojos calculadores intentan descifrar qué tramo.

Me detengo al borde de la luz, manteniendo mi rostro en sombras, pero antes de que pueda hablar, él lo hace.

—Usted es quien solicitó esta reunión —la voz de Kolar es suave y culta, con un leve acento que no logro identificar—. ¿Tiene información sobre Ana Veche? —Se desabotona la chaqueta del traje y se mete las manos en los bolsillos con frialdad. Al principio me tenso, preguntándome si debería alcanzar el arma que llevo en el cinturón, pero no quiero escalar la situación.

—Así es —respondo con mi voz más firme.

—Entonces compártala. Soy un hombre ocupado. No aprecio que me hagan perder el tiempo —los ojos de Kolar se dirigen a su guardia mientras levanta la barbilla, y este aparta la chaqueta del traje, exponiendo un arma que seguramente está cargada y lista para eliminarme en cualquier instante.

Respiro hondo y me recuerdo que he estado entrenando semanas para este momento, que Lev pasó horas enseñándome a proyectar seguridad y autoridad incluso cuando el miedo me paraliza. Ana Veche no dudaría ni mostraría temor. Y ahora debo ser ese pilar de fuerza una vez más.

—Ana está muerta —digo manteniendo la voz estable—. Lleva meses muerta. Yaros la mató para controlar la familia, y ha estado mintiendo a todos —incluido usted— desde entonces.

La expresión de Kolar no cambia, pero algo se altera en sus ojos, un destello emocional que desaparece antes de que pueda registrarlo. —Es una acusación grave. ¿Tiene pruebas?

—La familia Gravitch tiene pruebas. Documentación, testigos, todo lo necesario para verificar lo que le digo.

—Los Gravitches —bufa antes de reírse con oscuridad. Ahora su expresión sí cambia. Su boca esboza una sonrisa burlona que luego se tensa con ira—. Así que esta reunión sí viene de canales Gravitch al fin. Pensé que el enfoque parecía inusual.

—Los Gravitches no saben que estoy aquí —mantengo la voz firme aunque el corazón me golpea las costillas—. Organicé esto por mi cuenta, fuera de sus operaciones habituales, porque sabía que era la única forma de que me escuchara. Si hubiera llegado por canales oficiales, habría asumido que era una trampa y habría enviado a Yaros en su lugar como la última vez.

La garganta se me cierra mientras hablo, y debo forzarme a permanecer quieta. Todo en mí grita por huir.

—¿Y qué le hace pensar que no lo desestimaré ahora? —Kolar da un paso hacia mí, su guardaespaldas moviéndose con él como una sombra—. ¿Por qué debería creer una sola palabra que sale de su boca?

—Porque usted está aquí —mantengo mi posición, aunque sé que me ve temblar—. Aceptó esta reunión a pesar de no saber quién la solicitaba ni qué quería. Eso me dice que tiene dudas. Sabe que la historia de Yaros no cuadra, y esperaba que alguien le diera una explicación coherente.

Kolar me estudia con esa mirada penetrante, y casi puedo ver los cálculos tras ella: sopesando mis palabras contra lo que él sabe,

buscando agujeros en mi relato, intentando discernir si digo la verdad o tiendo una trampa.

—Quítese la capucha —dice finalmente.

Se me cae el alma a los pies. —Eso no es—

—Quítese la capucha o esta conversación se acaba —su voz se ha vuelto gélida, sin ningún rastro de civilidad—. No negocio con personas que esconden el rostro. Si quiere que crea lo que dice, muéstreme quién es.

Dudo durante un largo momento, cada nervio de mi cuerpo grita que esto es un error. Pero no he venido hasta aquí para echarme atrás ahora. No voy a defraudar a Lev por haberme asustado y huido cuando la situación se complicó.

Aparto la capucha y dejo que vea mi rostro. Kolar se queda completamente inmóvil, los ojos abriéndose desmesuradamente conforme surge el reconocimiento. Sabe cómo es Ana porque ha trabajado estrechamente con ella. Y ahora tiene ante sí a una mujer que podría ser su gemela, afirmando que la verdadera Ana está muerta.

—Usted —suspira—. Usted es la mujer que Yaros ha estado persiguiendo. La impostora.

—Me llamo Vivika Rozhkova —me obligo a sostener su mirada sin pestañear—. Hace semanas me secuestró la familia Gravitch porque guardo un gran parecido con Ana Veche. Me entrenaron para suplantarla, para ganarles tiempo mientras reunían pruebas contra Yaros.

—Así que admite que ha estado engañando a la gente… —Kolar está furioso. Observo cómo la sangre le sube al rostro mientras su frente se pliega en profundos surcos.

—Admito que hice lo necesario para sobrevivir —articulo con voz ahogada mientras la fachada se desmorona y Ana me falla—. Antes

de esto era traductora. Tenía una vida normal, un trabajo normal, hasta que un día me arrancaron de una esquina y me arrojaron a una guerra que no comprendía. Me han disparado, me han perseguido, casi me han matado más veces de las que puedo contar. Y en todo este tiempo, he aprendido algo que importa más que nada.

—¿Y qué es? —pregunta.

—Yaros Veche es un monstruo —doy un paso hacia él, acortando distancias aunque el guardaespaldas lleve la mano al arma—. Asesinó a su propia hermana para hacerse con el poder. Ha dirigido una red de trata de personas por las rutas del sur, vendiendo mujeres al mejor postor mientras su familia miraba hacia otro lado. Y no parará hasta destruir a todo el que amenace su control, incluido usted, si cree que se está convirtiendo en un problema.

La mandíbula de Kolar se tensa y sus ojos se entrecierran. —¿Tiene pruebas de esto?

—Las tengo… —nunca he visto las pruebas, pero sé que Lev las posee. Lo estoy apostando todo a ello—. Y puedo llevarle hasta ellas si confía en mí.

Su mano se desliza con suavidad en el bolsillo del abrigo y saca una pistola, alzándola hasta apoyar el cañón en mi sien.

—Déme una razón para no matarla ahora mismo —dice en voz baja.

El metal está frío contra mi piel y el corazón me late tan fuerte que creo que voy a desmayarme, pero de algún modo mantengo la voz serena al responder.

—Porque si todo lo que le he contado es mentira, matarme no cambia nada. Vuelve a su alianza con Yaros, continúa con sus negocios como siempre, y la vida sigue —sostengo su mirada sin titubear, recurriendo a cada ápice de fuerza que me queda—. Pero si todo lo que le he dicho es cierto, entonces ha estado aliado con un

hombre que mató a su propia hermana y le ha estado mintiendo en la cara durante meses.

La pistola no se mueve. El dedo de Kolar descansa sobre el gatillo. Miro fijamente sus ojos glaciales y suplico a cualquier poder superior que exista por clemencia.

—Lléveme a la finca de los Gravitch —digo—. Permita que Yuri le muestre las pruebas. Si miento, puede matarme allí con la misma facilidad que aquí. Pero si digo la verdad, tendrá la oportunidad de enderezar esto. De elegir el bando ganador antes de que sea demasiado tarde.

Pasan segundos que parecen una eternidad. Entonces, lentamente, Kolar baja el arma y la guarda de nuevo en la chaqueta.

—Si me está mintiendo —dice con voz queda y peligrosa—, no me limitaré a matarla a usted. Mataré a todos en esa finca. A cada soldado Gravitch, a cada familiar, a todo el que haya participado en este engaño. ¿Comprende lo que le digo?

—Lo comprendo.

—Bien. —Se vuelve hacia la puerta y hace un gesto a su guardaespaldas para que lo siga—. Entonces vamos a ver esa prueba suya.

27

LEV

Me despierto con el sonido de la voz de Yuri en algún lugar más allá de la puerta de mi habitación, hablando con alguien por teléfono. Mi cuerpo se siente como si lo hubieran pasado por una picadora de carne y lo hubieran vuelto a montar alguien sin formación médica. Cada respiración tira de la herida en mi vientre y envía nuevas oleadas de dolor que se irradian por mi torso.

Bajo las piernas por el borde de la cama y me obligo a incorporarme, ignorando el grito de protesta de mi abdomen. La pared se convierte en mi muleta mientras avanzo hacia la puerta con una mano apoyada contra el yeso fresco y la otra agarrando las vendas que me envuelven el estómago. La visión se me nubla con cada paso, pero aprieto los dientes y sigo avanzando. Tengo que saber si hay noticias sobre Vivika. Ni siquiera he comprobado si Rurik llegó a encontrarla en la estación.

El camino hasta el salón se me hace eterno porque tengo que parar cada pocos pasos para recuperar el aliento y dejar que mi vientre descanse. Pero cuando por fin llego a la puerta, veo a Yuri apoyado en la repisa de la chimenea con el teléfono pegado a la oreja. Me da la espalda y no levanta la vista cuando entro tambaleándome, pero tengo la sensación de que lo que sea que esté pasando no es bueno.

—¿Qué pasa? —Mi voz sale áspera y un poco arrastrada gracias a la fuerte medicación que me han puesto.

Yuri se vuelve hacia mí, sorprendido. —Deberías estar en la cama. El médico dijo específicamente—

—Que el médico se vaya al infierno —gruño mientras me apoyo con fuerza en el marco de la puerta. Nunca en mi vida me había sentido tan débil—. ¿Quién está al teléfono? ¿Es por Vivika?

Yuri pulsa un botón en la pantalla y levanta el teléfono, pero solo oigo un crepitar de la línea que se corta. Sacude la cabeza, frunciendo el ceño hacia mí, y gruñe—: Rurik… Esa mujer tonta se ha metido en un buen lío ahora.

Se dirige con paso firme hacia la ventana y mira por entre las cortinas, espiando algo fuera mientras yo me acerco cojeando a él, parándome en el brazo de su sofá de cuero para descansar un momento.

—¿Qué está pasando? La única mujer tonta de la que podrías estar hablando es Vivika, pero ella está en Moscú, ¿verdad?

—Kolar está aquí —los ojos de Yuri se clavan en los míos mientras mete la mano en el aparador y saca dos pistolas, lanzándome una. Fallo al cogerla, y rebota en el sofá a mi lado mientras él monta el cargador en la suya y frunce el ceño—. Esa nos lo ha traído directamente a nuestra puerta. Rurik está con ellos y vienen en son de guerra.

Nada de esto tiene sentido. Se supone que Vivika está a salvo, a horas de distancia de esta ciudad, en algún hostal de Moscú, no aquí en San Petersburgo con Luka Kolar. —¿Está aquí? —pregunto mientras compruebo el cargador, ignorando el dolor agudo que atraviesa mi abdomen con el movimiento. Las noticias no son buenas. Si Kolar entra directamente en territorio Gravitch con intención de hacernos daño, ¿cómo van a resistir nuestras fuerzas

maltrechas esa guerra? —¿Cuántos hombres tenemos en la propiedad?

—Cuatro. Quizá cinco si Ruslan ha vuelto de su misión —Yuri se mete su arma en la cintura y coge una segunda pistola—. Todos los demás todavía se están recuperando del almacén o están fuera en otras misiones.

—Entonces defendemos la entrada y rezamos a Dios para que quiera hablar antes de empezar a disparar.

Él se dirige hacia la puerta principal mientras yo me levanto pesadamente del sofá y me agarro el costado. Dos veces tengo que parar, encorvado, y agarrarme el costado, pero lo consigo justo cuando oigo las puertas de los coches cerrándose fuera.

Yuri se coloca a un lado de la puerta y yo me pongo al otro, apoyado contra la pared porque mantenerme en pie sin apoyo está más allá de mis fuerzas ahora mismo. Pero tengo la pistola levantada y lista, y estoy esperando a que empiece el espectáculo. Si han capturado a Rurik y a Vivika, no van a rendirse fácilmente ahora.

Echo un vistazo por la puerta, que está abierta de par en par, y observo. Pero la primera persona que aparece no es Luka Kolar. Es Vivika.

Sale a la entrada de gravilla con la barbilla levantada y los hombros erguidos, cada línea de su cuerpo proyectando la confianza y autoridad que pasé semanas inculcándole. Lleva el mismo traje arrugado, pero de algún modo, se mantiene con gracia a pesar de todo. Sostiene la puerta abierta detrás de ella y sus ojos se alzan lentamente y me encuentran allí, mirándola fijamente.

Es exquisita. Pensé que nunca volvería a verla, pero ahí está, llegando a nuestro territorio en el coche del enemigo como si fuera su dueña.

—¿Qué cojones? —masculla Yuri entre dientes, bajando el arma lentamente.

Mi mirada se desplaza de Vivika al hombre que ahora sale del coche detrás de ella. Luka Kolar se ajusta la chaqueta al pisar la gravilla. Sus ojos penetrantes recorren la propiedad como si evaluara nuestra seguridad, pero no lleva el arma desenfundada. Hace un gesto con dos dedos hacia el coche, y salen más hombres: un guardaespaldas, Rurik, un conductor.

Estoy tan confundido como Yuri cuando bajo el arma y respiro hondo para sofocar la tensión en mi pecho.

—Creo que tenemos asuntos que discutir —dice Vivika, y al decirlo, asiente hacia Kolar como si fueran viejos amigos—. Quizá deberíamos continuar dentro.

Es desconcertante verla aquí en la ciudad, pero verla dar órdenes a un hombre conocido por su crueldad con la misma facilidad con la que Yuri dirige esta familia es igual de perturbador. Empiezan a dirigirse hacia la puerta principal y mi mente aún da vueltas.

Yuri se recupera más rápido que yo. Guarda el arma y asiente, retrocediendo para permitirles entrar. —Por favor. Pasen.

Vivika guía a Kolar por las escaleras, y al pasar junto a mí, extiende la mano y me aprieta la mano solo un instante, lo suficiente para que sepa que me ve, que sabe que estoy herido, pero que lo explicará todo tan pronto como pueda. Luego me deja atrás y entra en la casa, y yo me quedo de pie en el escalón con la herida ardiendo y la cabeza dando vueltas.

La expresión de Rurik es agria y marcada por la preocupación mientras sube los escalones. Echa un vistazo a mi estado y se acerca a mi lado sin decir palabra, ofreciéndome su hombro como apoyo. Quiero negarme, pero mis piernas amenazan con fallarme y el orgullo no vale tanto como para desplomarme en los escalones de entrada.

Me apoyo en él y dejo que me guíe de vuelta al interior, siguiendo al guardaespaldas y al conductor de Kolar, ambos fuertemente

armados.

El salón se ha convertido en un espacio de reunión improvisado para cuando llegamos, con Yuri y Kolar sentados frente a frente en sillones de cuero mientras Vivika está de pie cerca de la ventana con los brazos cruzados. El guardaespaldas de Kolar se sitúa junto a la puerta, como si intentara recordar a todos en la habitación lo rápido que esto podría volverse violento.

Rurik me deja en un sofá cerca de la chimenea y se queda junto a mí, y aunque he puesto el seguro del arma, no la entrego. Descansa sobre mi rodilla. Odio sentirme inútil, pero mi cuerpo no me da opción.

—Vivika me dice que tienen pruebas —dice Kolar— de que Yaros asesinó a su hermana y que me ha estado mintiendo durante meses. Estoy aquí porque quiero verlo.

La expresión de Yuri se suaviza lentamente de la fría preocupación a la confianza. Vivika no pudo convencer a Kolar de que era una Veche auténtica, así que hizo lo segundo mejor: le convenció de que podíamos quitarle la venda de los ojos.

—Tenemos esa prueba exacta —dice Yuri, y lo veo contener una sonrisa—. No pudimos contactar con Kolar a través de Yaros por nuestra cuenta. La reunión que organizamos fue saboteada por Yaros, pero Vivika encontró una manera, y ahora las piezas encajarán sin problemas.

—Enséñemelo.

Yuri se levanta y se dirige a una caja fuerte escondida tras un cuadro de paisaje en la pared del fondo. Lo veo marcar la combinación y sacar una carpeta llena de papeles, fotografías y grabaciones almacenadas en memorias USB. Ha estado recopilando estas pruebas durante semanas, reuniéndolas pieza a pieza mientras llevábamos a cabo nuestras operaciones y entrenábamos a Vivika para interpretar su papel.

Este fue siempre el objetivo final: demostrar la culpabilidad de Yaros a Kolar, para que el hombre pudiera ver lo malvada que se ha vuelto toda la organización Veche. Con Ana muerta, la alianza de Kolar con ella se ha roto. Tratar con el saco de mierda mentiroso en que se ha convertido Yaros no tiene por qué ser un problema para él.

Le entrega la carpeta a Kolar, que la abre y empieza a examinar el contenido. Pasan minutos en silencio mientras revisa documento tras documento, su expresión volviéndose más sombría con cada página que pasa.

Vivika cruza la habitación mientras Kolar lee y se coloca a mi lado. No dice nada, pero sí que baja la mano y toma la mía con la suya, entrelazando nuestros dedos. Su piel está cálida contra la mía, prueba de que realmente está aquí y de que esto no es otro sueño febril.

—Se suponía que debías quedarte en Moscú —logro decir, con la voz apenas un susurro.

—No pude —me aprieta la mano—. No podía esconderme mientras luchabas solo. Tenía que volver.

—Podrías haber muerto —levanto la vista para contemplar su rostro, ahora limpio y con un aspecto más parecido a ella misma.

—Tú también —me mira a los ojos con compasión, y veo cómo le tiembla el labio inferior—. Solo déjame hacer lo que me entrenaste para hacer.

Yuri tiene razón. Esta mujer es tonta y estúpida, y temeraria, y mía. Toda mía, y ha vuelto para ayudarme, no porque quisiera salvar a mujeres del comercio de esclavas, sino porque no quería abandonar mi lado desde un principio. ¿Cómo puedo culparla por eso? Nuestras miradas se demoran la una en la otra un momento hasta que la voz de Kolar corta el momento.

—¿Esto es auténtico? —

Yuri asiente. —Cada parte. Podemos proporcionar testigos que corroboren la documentación si necesita verificación adicional. —

—¿Testigos? —Kolar arroja la carpeta sobre la mesa entre ellos, luego se frota la cara con ambas manos y gruñe con fuerza. —¿Tienen testigos que puedan confirmar que Yaros asesinó a su propia hermana? —

—Así es. —

Kolar guarda silencio mientras niega con la cabeza, mirando los papeles esparcidos con una expresión que promete violencia. Cuando finalmente habla, su voz me eriza la piel. —Mi alianza con Ana Veche fue un posicionamiento estratégico de recursos para un fin concreto… —Clava la mirada en Vivika y la fulmina con los ojos. —El hermano es como mucho una molestia y como poco la razón por la que la organización Veche debería ser desmantelada. —

Luego se gira, encontrando la mirada de Yuri. —Ella me prometió que lo tenía controlado. Y ahora me dicen que la mató, y que me ha estado mintiendo a la cara durante meses… —

—Eso es exactamente lo que le estamos diciendo. —

—¿Ahora me cree? —Los dedos de Vivika tiemblan en mi agarre pero ella continúa. —La única forma de sacarlo a la luz y forzarle a mostrar sus cartas era usar mi rostro para demostrar lo que realmente es. Fue un error engañarle, por eso cuando acudí a usted, no fingí ser nadie más que yo misma. —

—¿Por qué? ¿Qué gana con todo esto? —Kolar se recuesta, estudiando ahora a Vivika con curiosidad. Noto lo rápido que se ha relajado de nuevo. Significa que ya tiene en mente un nuevo plan formándose, uno que eliminará cualquier "molestia" de su vida y le encaminará por otra senda. —

Vivika levanta ligeramente la barbilla y dice: —Las mujeres que Yaros vende en el mercado negro podrían haber sido yo en otra

vida. Quiero salvarlas, y quiero que su operación se cierre. Para siempre. —

Una sonrisa delgada se extiende por su rostro, luego una carcajada brota de sus entrañas. El hombre es confiado y arrogante, pero maneja tantos hilos en esta familia como mi tío. —

—Tiene cojones —dice—. ¿Presentarse en una reunión con un hombre como yo sin respaldo? Ana tenía esa misma cualidad. Era lo que más valoraba de ella. —Luego se vuelve hacia Yuri y su expresión es más seria ahora. —No quiero tener nada más que ver con la familia Veche. Yaros ha tomado su decisión, y ahora afrontará las consecuencias. Pero aún tengo intereses en esta región que proteger, alianzas que mantener. Si la familia Gravitch está dispuesta a ocupar el lugar donde los Veche fracasaron, estoy preparado para discutir condiciones. —

Yuri se inclina hacia adelante, y puedo ver los cálculos tras sus ojos —el futuro que de repente se abre ante nosotros. —Estamos preparados para discutir cualquier acuerdo que beneficie a ambas partes. —

—Bien. —Kolar se levanta y se abrocha la chaqueta. Su guardaespaldas se acerca a su lado y él permanece con la barbilla erguida, esperando órdenes. —Pero tengo una condición antes de proceder —continúa Kolar. —

—Dígame. —

Kolar señala a Vivika. —Ella es con quien quiero tratar. Es el tipo de activo que no se desperdicia en papeles secundarios. —Mira a los ojos de Vivika. —Si vamos a hacer negocios juntos, la quiero en la mesa—en cada reunión. Se ha ganado ese asiento. —

Miro a Vivika, esperando verla temerosa o insegura, pero ella le asiente con confianza y dice: —Sería un honor. —

Kolar sonríe como un loco. —Entonces hay entendimiento. Me pondré en contacto para discutir los detalles. —Se dirige hacia la

puerta, deteniéndose brevemente para mirar a Yuri. —Y Yaros es cosa suya. No tengo más interés en protegerle de lo que sea que le espera. —

La puerta se cierra tras él y sus hombres, y Yuri se levanta y camina hacia el aparador para servirnos una copa a cada uno. Mientras está distraído, aprovecho para sentar a Vivika sobre mis rodillas. Rurik se aparta, concediéndome un momento de intimidad. —

—Has vuelto —digo, porque aún no me lo creo del todo. —

—Te dije que lo haría. —Ella me toma el rostro entre sus manos, y sus pulgares trazan suaves caminos sobre mis pómulos. —¿De verdad creíste que te dejaría luchar solo? —

Las palabras son insuficientes en este momento. Estaba libre y podría haber desaparecido para siempre, pero volvió. Ni siquiera puedo formar un pensamiento coherente ahora, mucho menos responderle. —

Así que en vez de eso, la beso. —

Duele—todo duele ahora mismo—pero ella vale cada punzada. Y ahora que ha vuelto, no pienso soltarla jamás. —

28

VIVIKA

Todo está listo para que el plan se lleve a cabo. Lev nos espera en la vieja gasolinera con todas las luces apagadas, fuertemente armado, y ha llenado cada estantería con material de primeros auxilios, agua, tentempiés y paquetes de atención para cada mujer que rescatemos de esos autobuses que se dirigen al sur hacia Ucrania. Rurik, que insistió en venir para ver esto hasta el final, está sentado a mi lado en el todoterreno oscuro aparcado detrás del edificio con las luces apagadas.

El humo se eleva de su cigarrillo, flotando por la ventana mientras la brisa pasa junto al coche, helándonos. El motor todavía chasquea al enfriarse, aunque llevamos aquí casi una hora. Han pasado tres semanas desde que finalmente convencimos a Luka Kolar para que viera la verdad tal cual es, y hoy sus hombres están apostados junto a la línea de árboles junto a los soldados de Gravitch mientras esperamos.

—Lev debería estar en casa, en la cama, descansando —gruñe Rurik. Ha sido una gran ayuda para Yuri desde que me trajo de vuelta de Moscú, aunque Lev discutiría.

—No te equivocas… —levanto los prismáticos y enfoco la carretera a kilómetros de distancia. A Lev le ordenaron que permaneciera en la cama unos días más, pero a las tres semanas se está volviendo loco. Yuri le permitió esperar sentado en la gasolinera, pero nada más. Si no se cura bien, nunca recuperará su capacidad total, y casi muere por ese disparo en el vientre. Estoy totalmente de acuerdo con la recomendación de que descanse y se cure, así que ocupo su lugar en este coche.

—Todavía tienes tiempo para entrar en la gasolinera y esperar con él —Rurik da una larga calada a su cigarrillo, haciendo que la brasa brille más intensamente durante unos segundos, pero yo bajo los prismáticos y le fulmino con la mirada.

Todos los hombres de esta familia han intentado arrinconarme en algún oscuro rincón desde que mi utilidad como Ana Veche llegó a su fin. No importa que haya demostrado tener agallas para plantar cara a alguien como Luka Kolar. En el momento en que empezaron a verme como una distracción o una debilidad, dejaron de ver mi valor. Yo, por mi parte, estoy agradecida de que Kolar se negara a hacer negocios con nadie más que conmigo. Me coloca justo donde quiero estar: en medio de la acción.

—Creo que conoces la respuesta a eso —refunfuño, y el ceño de Rurik se oscurece. No soy una princesa frágil que necesita protección. Soy una mujer fuerte, y aprender a convertirme en Ana Veche sacó a relucir cualidades que nunca había explorado. Ni hablar de volver a ser una marioneta.

Mi concentración en la carretera resulta agónica. El informe de que Yaros enviaba dos autobuses llenos de mujeres por esta ruta hacia el sur esta noche llegó hace solo unas horas, información extraída de una web que el equipo técnico de Yuri ha estado vigilando. Una vez todo estuvo listo, derribaron la web, y ahora estamos preparados para la guerra total. Ya hemos tomado una gasolinera en esta ruta, aunque yo estaba junto a la cama de Lev cuando eso ocurrió y no se

rescató a ninguna mujer. Pero esta vez, estoy preparada para llevar a casa sanas y salvas al menos a treinta mujeres por autobús.

—¿Crees que saben que estamos tras ellos? —pienso en las otras tres gasolineras de esta ruta y en cómo, una vez que el equipo de Lev consiga que las armas pasen, será mucho más fácil acabar con las rutas restantes. Y pienso en cómo las fuerzas de Kolar han accedido a unirse a nosotros para acabar con este asqueroso comercio.

No soy tan ingenua como para creer que él no saca algo a cambio también, pero al menos los hombres al mando de estas dos facciones coinciden conmigo en que la venta de mujeres es detestable. Si cambian el tráfico de mujeres por el de armas o drogas, es un paso en la dirección correcta.

—Ahí, mira… —Rurik apaga su cigarrillo en una lata de refresco, que silba con fuerza mientras me arrebata los prismáticos y los lleva a sus ojos.

Afinó la vista hacia la distancia y veo en lo que se concentra. Allí en el horizonte, justo delante del resplandor de San Petersburgo, hay un par de faros. Es el primer tráfico que vemos tan lejos de la ciudad en al menos una hora, y debemos estar preparados para la posibilidad de que sean los autobuses de Yaros y las mujeres que pretende mantener esclavizadas.

Rurik coge el walkie-talkie y pulsa el botón mientras sigue sujetando los prismáticos con una mano, escrutando la distancia. —Tenemos compañía, chicos. Tres minutos… Prepárense para moverse.

Una oleada de adrenalina me hace incorporarme. No estoy segura de qué esperar, pero sé que habrá un tiroteo. Tienen suficientes armas para abastecer a un ejército completo y sé que todos están deseando disparar, especialmente ahora que uno de los nuestros lleva tanto tiempo de baja, y varios miembros menores de la familia Gravitch fueron enterrados en las últimas semanas.

—¿Estás preparado para esto? —le pregunto a Rurik, pero es una pregunta tonta destinada más a motivarme a mí misma para algo que creo que no estoy preparada.

Él se estira hacia el asiento trasero y saca el chaleco antibalas que Lev insistió en que llevara si iba a formar parte de esto, y yo frunzo el ceño. Pero como el menor de dos males, sé que tengo que ponérmelo.

—¿Y tú? —pregunta, lanzando el chaleco sobre mi regazo. Es pesado y voluminoso, probablemente treinta libras de placas y bolsillos forrados de velcro. Deslizo los brazos por las mangas y empiezo a abrochármelo cuando Rurik se inclina delante de mí para sacar dos armas, completamente cargadas y listas para usar.

—La única razón por la que formo parte de esta familia es para salvar a estas mujeres —golpeo la última tira de velcro sobre mi pecho y le miro con una fría mirada—. El mismísimo infierno no me impedirá salir ahí a rescatarlas.

Él tira de las correas, comprobando que están lo suficientemente ajustadas, supongo, y refunfuña algo entre dientes antes de montar una bala en su pistola y hacer lo mismo en la mía. Cuando me tiende el arma, la cojo e intento no pensar en lo que pueda tener que hacer.

—Quédate en este puto coche hasta que te dé el visto bueno. ¿Entiendes? —La forma en que me habla como si fuera mi padre es irritante, pero no soy tonta. No estoy entrenada para matar como lo están estos hombres. Lo hice una vez porque tuve que hacerlo, pero no porque quisiera.

—¿Y después? —digo, conteniendo la respiración. El chaleco es tan pesado que cuesta respirar.

—Entonces corre como un poseso, saca a esas mujeres del autobús y mételas en la estación para ponerlas a salvo. —Asiente y abre la puerta, saliendo. La luz interior permanece apagada, pero aún

distingo su silueta al cerrar la puerta y avanzar sigilosamente por el hormigón hacia los surtidores. Todos estamos preparados para actuar en cuanto lleguen los autobuses, incluida yo.

Cuando los faros se distinguen claramente y el autobús entra en foco, mi corazón comienza a palpitar como el de una liebre. Todo lo ocurrido en los últimos meses me asalta de repente.

Ver a esas mujeres siendo arreadas fuera de esta estación hacia un autobús para ser enviadas a la esclavitud me partió el corazón y me decidió a seguir adelante con esto, quizá con un punto de estupidez. Hoy seré parte del rescate de muchas de ellas, y tal vez esto conduzca a salvar a muchas más en el futuro.

El autobús apenas se detiene cuando estalla el caos. Observo los fogonazos de los cañones en la oscuridad mientras los hombres de Gravitch y Kolar reventaban cada neumático del autobús. Momentos después, la puerta se abre y los hombres empiezan a salir con sus armas levantadas disparando. Todo ocurre tan rápido que me pregunto si el segundo autobús recibirá aviso y dará media vuelta, pero aparece junto al primero según lo planeado.

El plan era que me quedara aquí hasta que cesara la mayor parte de los disparos, pero en cuanto veo a mujeres bajando de ese autobús, cambio de idea. No me quedaré sentada permitiendo que esquiven balas mientras me escondo en la seguridad del coche de Rurik.

Abro la puerta y corro a través del aparcamiento, haciendo señas frenéticas a las mujeres mientras grito a pleno pulmón. —¡Aquí! ¡Venid aquí! —Agito las manos y algunas mujeres me ven mientras corren presas del pánico.

Estamos bajo intenso fuego, pero la mayoría parece dirigido a los autobuses o a los hombres que disparan. Tras unos segundos, ya guío un flujo constante de mujeres, agachadas y corriendo como demonios, directamente hacia la estación de servicio donde estarán seguras.

Se me llenan los ojos de lágrimas y permanezco en la puerta, llamando a más mientras Lev las conduce a la trastienda lejos de las ventanas que podrían romperse. Hemos invertido el esquema que usó Yaros el día que debíamos reunirnos con Luka en ese almacén, y las fuerzas de Veche están superadas cinco a uno.

—¿Cuántas? —pregunta Lev, pero no puedo contarlas. Siguen saliendo de los autobuses y corriendo hacia mí entre gritos.

—¡No lo sé! —le grito, pero los disparos amainan. Cuerpos yacen boca abajo en el asfalto entre charcos de sangre. Uno de los autobuses echa humo del motor, y pronto las últimas mujeres entran, donde los sollozos y lágrimas constantes se convierten en el telón de fondo de mi reencuentro con Lev.

Me atrae contra su pecho con una mueca de dolor y planta un beso fiero en mi frente. Yo me aferro a él con igual fuerza, solo que esta vez no parece que luche por mi vida. Siento que las piezas de mi vida encajan.

—¿Por qué saliste del coche? —pregunta contra mi piel, y yo le sonrío.

—¿Te habrías quedado dentro si estuvieras ahí fuera? —replico sonriéndole, y luego me alejo.

Pasamos los siguientes treinta minutos curando pequeños cortes y magulladuras, dando agua y comida a las mujeres, y escuchando algunas de sus historias. Hemos salvado a cincuenta y dos mujeres en total, dos de ellas embarazadas. Lo que significa que nacerá una nueva generación de supervivientes.

Cuando todas están instaladas y se organiza un nuevo autobús para llevarlas a un refugio en San Petersburgo, encuentro a Lev junto a la puerta principal hablando con Yuri y Fyodor. Ambos tienen sangre en las manos y ambos parecen exhaustos. Hace rato que no veo a Dimitri, y Rurik se marchó poco después de que cesara la lucha para

organizar espacio en el refugio para tantas mujeres, pero todo ha terminado.

—Hoy lo has hecho bien —dice Yuri, levantando la barbilla hacia mí —. Estas mujeres tienen suerte de que alguien como tú luche por ellas.

Lev desliza su brazo alrededor de mi cintura, aunque imagino que ahora lo hace más para apoyarse en mí que para sentir cercanía. Lleva mucho tiempo en pie.

Apoyo la mano en su vientre y suspiro mientras miro a su tío. —Gracias —le digo— por cumplir tu palabra de salvarlas. —Nunca tuvo que hacerlo y podría haber tomado otra ruta sin alterar el negocio de Yaros.

—¿Y mirar por el cañón del arma de Kolar? —Yuri ríe entre dientes y me guiña un ojo—. Cosas de cada día, ¿verdad, Lev? —Lev me atrae más cerca y sonríe.

—Por cierto, pronto me casaré. Espero que esta misma primavera. —Lev le da la mano a Yuri mientras yo lo miro confundida.

—¿Casarte? —digo, separándome para fruncirle el ceño en tono juguetón—. ¿Es esa tu forma de proponerme matrimonio, o te has liado con alguna superviviente mientras yo jugaba a ser camarera?

—Propuesta... ¿Así es como funciona? —Fyodor ríe disimuladamente y da un codazo a Yuri, que ahora está absorto en su móvil.

—Bueno, así es como se supone que hay que hacerlo. De rodillas con un anillo y todo... —Bromeo. Me casaría ahora mismo con este loco sin importar cómo.

—Quizá cuando esté lo bastante recuperado para mantenerme en pie sin apoyo. —Hace una mueca y finge casi caerse, y yo me río de él.

—Déjame llevarte a casa... —Me vuelvo hacia Fyodor—. Vosotros podéis encargaros de subir a las mujeres a los autobuses, ¿verdad?

—Podemos ocuparnos —dice Fyodor, asintiéndome.

Se dirige al grupo de mujeres apiñadas mientras yo guío a Lev hacia su coche. Hoy fue un buen día. Hemos frustrado con éxito el control de Yaros sobre las rutas comerciales del sur hacia Rumanía y el nombre Gravitch vuelve a estar en lo más alto.

Pero lo que más significa para mí es que, al final del día, he encontrado una familia que no pedí pero que me enorgullece llamar mía.

29

LEV

El comedor de la finca de Yuri nunca ha estado tan impresionante como esta noche. Inessa se ha superado con los preparativos, aunque con cinco meses de embarazo, la han relegado al papel de supervisora mientras el personal doméstico realiza el trabajo real. Se sienta a la derecha de Yuri con una palma apoyada en su vientre hinchado, radiante.

Yo estoy al otro extremo de la mesa con Vivika a mi lado, tan cerca que noto el calor de su hombro contra el mío. Frente a nosotros, Fyodor y su pareja Noemi discuten amigablemente sobre algo ocurrido en el colegio de su hijo, mientras Dimitri ocupa el asiento más cercano a Yuri; ambos parecen más relajados que en los últimos meses.

Tenemos motivos para celebrar. Por primera vez en años, la familia Gravitch opera desde una posición de auténtica fortaleza. Todavía quedan situaciones por resolver, pero todos nos sentimos satisfechos con nuestra posición en esta ciudad.

—Por nuevas alianzas —dice Yuri, alzando su copa de vino—. Y por las oportunidades que traen.

Todos brindamos, y la conversación recupera su flujo relajado. Escucho con medio oído mientras observo a Vivika charlar con Noemi sobre algo —recetas, supongo, o quizá destinos de viaje.

Ahora es tan natural aquí, tan cómoda entre gente que le era desconocida hace semanas. La traductora asustada que sequestré en aquella esquina se ha transformado en alguien que pertenece a esta mesa. Realmente se ha ganado su sitio en esta familia y ha marcado la diferencia, y estamos mejor por ello.

—La ruta sur ha superado las previsiones —dice Dimitri, atrayéndome de vuelta a la discusión de negocios del extremo de Yuri—. Con el refuerzo de seguridad de Kolar supliendo al nuestro, hemos movido el doble del volumen anticipado. Las perturbaciones de Veche han cesado por completo: su gente restante o bien se pasa a nuestro bando o se esconde.

—¿Y Yaros? —pregunto.

—Sigue escondido —responde Dimitri, con su rostro marcado retorciéndose en oscuro divertimento—. El cobarde ha desaparecido por completo. Nuestras fuentes dicen que está en algún territorio del sur, pero precisar su ubicación exacta se ha complicado. Sabe que lo buscamos.

—Saldrá a la superficie tarde o temprano —dice Yuri en voz baja. Ya ha esperado a enemigos antes, como al hombre que creemos asesinó a su hijo, que ahora se esconde en algún lugar de Serbia—. Hombres como Yaros no pueden ocultarse para siempre. Su orgullo no lo permite. Cuando dé un paso, estaremos preparados.

La conversación deriva a otros temas: horarios de envíos, asignación de personal, las continuas negociaciones con la gente de Kolar para expandir nuestra colaboración a nuevos territorios. Contribuyo cuando puedo, pero mi mente insiste en vagar hacia la pequeña caja de terciopelo guardada en el bolsillo de mi chaqueta. Vivika no tiene idea de que sus regaños juguetones me motivaron a hacer esto como debe ser.

Y además, estoy usando el anillo de mi madre. El que mi padre le regaló al proponerle matrimonio. Lo llevó puesto cada día de su vida hasta que murió, y aunque Fyodor es mayor y lo merece, me ha permitido usarlo porque técnicamente seré el primero en pedir matrimonio.

—Lev —la voz de Yuri corta mis pensamientos—. Deberíamos hablar sobre tus nuevas responsabilidades.

Me incorporo en la silla y le presto toda mi atención. —¿El corredor de Bielorrusia?

—Sí —dice con tono serio—. Serás responsable de mantener la seguridad en toda la ruta, coordinar con la gente de Kolar las operaciones conjuntas, y asegurar que nuestros envíos circulen sin interferencias. Es un puesto importante... que requiere alguien en quien confíe completamente.

—Lo comprendo —y así es. Esto es más que un trabajo: es una declaración de fe de mi tío. He demostrado ser digno de asumir un rol de liderazgo en la familia. Y tras todo lo ocurrido, siento que esto culmina algo que he perseguido toda mi vida adulta.

—Te lo has ganado —afirma Yuri con sencillez—. Nunca dudé de tu lealtad ni tus capacidades. Ahora el resto de la familia verá lo que siempre he sabido.

Inclino la barbilla en señal de asentimiento mientras Yuri dirige su atención a Vivika, y la veo incorporarse. —También tenemos un puesto para ti, si estás dispuesta a aceptarlo.

—Te escucho —murmura, con los ojos encontrando los míos mientras bebe vino lentamente, pero sus labios dibujan una sonrisa pícara, como si Yuri ya le hubiese hablado y este anuncio es para mi beneficio, no el suyo.

—La red de trata de Yaros no surgió de la nada. Tenía fuentes —gente que le suministraba mujeres, redes que canalizaban víctimas desde Europa del Este hacia su circuito. Esas redes siguen activas,

incluso con Yaros escondido. Simplemente han trasladado su negocio a otros compradores.

Vivika aprieta la mandíbula. —Localizaré a cada una de ellas.

—Quiero que las desmanteles —Yuri se inclina, sosteniendo su mirada—. Trabajarás con Rurik y los recursos que la alianza Gravitch-Kolar pueda proporcionar. Tu misión es simple: identifica las redes de origen, localiza sus operaciones y ciérralas permanentemente. Acabaremos con este comercio para siempre.

La mesa se ha quedado en silencio, observando el rostro de Vivika en busca de su reacción. Esta es una responsabilidad enorme —una que la colocará en el centro de nuestras operaciones. Le están ofreciendo un puesto en la mesa en el sentido más verdadero, un papel que definirá su lugar dentro de la familia durante años venideros.

—Por supuesto que lo haré con orgullo —dice. Apenas puedo distinguir la diferencia entre su tono seguro y la farsa que solía interpretar como Ana Veche. Vivika se ha convertido en una fuerza de la naturaleza por su propio pie y me enorgullece tanto poder llamarla mía.

Algo cambia en la expresión de Yuri cuando dice: —Bien. Rurik ya ha empezado la recopilación preliminar de información. Te reunirás con él mañana para repasar lo que sabemos y desarrollar una estrategia de cara al futuro.

—Estaré preparada.

La conversación continúa, pero no puedo dejar de mirar a Vivika. Su porte, la tranquila determinación en sus ojos... esta es la mujer que siempre estuvo destinada a ser. Nunca me he sentido más orgulloso de nadie.

La cena llega a su fin durante la siguiente hora, y la charla fluye de los negocios a la familia, hasta un cómoda charla trivial. Fyodor cuenta una anécdota sobre algo ocurrido durante un trabajo en

Minsk que hace reír a todos, incluso a Dimitri, cuyo sentido del humor suele estar tan marcado como su personalidad. Luego Inessa habla de la habitación del bebé que Yuri y ella están preparando, algo que las señoras escuchan encantadas.

Así es como se ve una familia. Por esto he luchado —por estas personas, por esta mesa, por esta sensación de pertenencia a algo más grande que yo mismo.

Y quiero que Vivika forme parte de ello oficialmente.

—Si me disculpáis —digo, apartándome de la mesa—, me gustaría un momento a solas con Vivika antes del postre.

Los ojos de Fyodor se encuentran con los míos, y veo un destello de comprensión en su rostro. Sabe lo que estoy a punto de hacer. Probablemente lo supo en el momento en que le pedí el anillo de mi madre hace tres días.

—Toma todo el tiempo que necesites —dice Yuri, y me asiente como si él también lo supiera. Mi hermano se lo habrá contado.

Le tiendo la mano a Vivika y ella la coge, frunciendo ligeramente el ceño con confusión mientras la llevo fuera del comedor y al pasillo que recorre la parte trasera de la casa. Las ventanas aquí dan al jardín, con la luz de la luna derramándose sobre los setos cuidados y los caminos de piedra que mantiene el jardinero de Yuri.

—¿Qué pasa? —pregunta Vivika mientras la guío a un punto donde la luz es más intensa—. ¿Pasa algo malo?

—No pasa nada malo. —Me giro para enfrentarme a ella, y todo lo que puedo hacer es quedarme allí como un tonto mirándola embobado. Es tan hermosa en todos los sentidos. Poco sabía yo que cuando cogí a una mujer extraña de la calle, ella se convertiría en mi otra mitad. Es increíble cómo el destino alinea nuestras vidas.

—Lev, me estás asustando.

—No es mi intención. —Tomo aire y meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta, cerrándola alrededor de la cajita de terciopelo que me ha estado quemando el bolsillo toda la noche—. Solo necesitaba hacer esto como es debido.

Me arrodillo sobre una rodilla, y veo cómo sus ojos se abren de par en par cuando la comprensión ilumina su rostro.

—Vivika. —Mi voz sale ronca y áspera mientras la emoción amenaza con ahogar las palabras que llevo días ensayando mentalmente—. Cuando te metí por primera vez en este lío, solo eras una herramienta y nunca planeé que nada de esto ocurriera.

—Lev—

—Déjame terminar. —Abro la cajita para mostrar el anillo de mi madre: una sencilla banda de oro blanco con un solo diamante en el centro. Es elegante y discreto, exactamente como la mujer que lo llevó durante treinta años—. Estaba equivocado. Lo estaba sobre todo. Nunca fuiste solo una herramienta o un activo. Desde el momento en que te conocí, fuiste algo que nunca esperé encontrar: eras valiente e inteligente y aguantaste todo lo que te lancé. —Sonrío al recordar lo dócil que fue conmigo.

Los ojos de Vivika brillan ahora, con lágrimas amenazando con derramarse por sus mejillas.

—Te quiero —continúo—. Quiero a la persona que eras cuando te encontré, y quiero a la persona en la que te has convertido. Admiro tu valentía y tu terquedad. Y me encanta que hayas vuelto por mí cuando podrías haber huido.

Levanto el anillo, dejando que la luz de la luna atrape el diamante.

—Era de mi madre. Lo llevó puesto todos los días de su matrimonio, en buenos y malos momentos, frente a todo lo que la vida lanzó contra ella y mi padre. He esperado toda mi vida para encontrar a alguien digna de llevarlo. —La miro a los ojos y dejo que vea todo lo

que siento: el amor, la esperanza, la absoluta certeza de que esto es lo correcto—. Vivika Rozhkova, ¿quieres casarte conmigo?

Las lágrimas corren libremente por sus mejillas, pero está sonriendo: esa sonrisa brillante y radiante que transforma todo su rostro y hace que me duela el pecho por lo mucho que deseo pasar el resto de mi vida siendo la razón por la que sonríe así.

—Sí. —La palabra sale ahogada por la emoción, pero es el sonido más hermoso que he oído jamás—. Sí, Lev. Por supuesto que me casaré contigo.

Deslizo el anillo en su dedo, y encaja a la perfección, como si siempre hubiera estado destinado a estar allí. Entonces Vivika me levanta y me besa, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello y presionando su cuerpo contra el mío. La abrazo tan fuerte que probablemente la estoy lastimando, pero ella no parece importarle, ni a mí tampoco.

—Te quiero —susurra contra mis labios.

—Yo también te quiero —me aparto lo justo para mirarla a la cara—. Lo he hecho desde la primera vez que me pegaste. Simplemente aún no lo sabía.

Ella ríe, esa risa luminosa y sorprendida que nunca deja de hacerme sonreír. —¿Me secuestraste, te agredí y te enamoraste de mí? — Dios, cómo me mira es tan fascinante. Pagaría hasta el último céntimo que tengo por esto, y lo mejor es que ella lo da tan libremente. Así es como se siente el amor. Y no quiero vivir ni un día más sin sentirlo.

—Algo así.

—Estás loco —gime mientras niega con la cabeza.

—Probablemente. —Le beso la frente, las mejillas, la comisura de sus labios—. Pero igualmente has dicho que sí.

—Sí que lo he hecho. —Se apoya en mí, con la cabeza descansando suavemente sobre mi pecho, y puedo sentir su corazón latiendo—. Sí que lo he hecho.

30

EPÍLOGO

VIVIKA

La suite nupcial de la catedral se ha convertido en mi hogar fuera de casa durante los últimos días mientras preparamos nuestra boda. Estoy frente a un espejo de cuerpo entero mientras Inessa se afana con la cola de mi vestido y Noemi ajusta el delicado velo de encaje que cae por mi espalda. Afuera, puedo oír el murmullo de los invitados tomando asiento, las suaves notas de un cuarteto de cuerda calentando para la procesión.

Mis padres esperan en el antecuarto, listos para acompañarme al altar. Mi madre lloró cuando me vio por primera vez con el vestido—una reacción que no esperaba de la mujer práctica que me crió para ser autosuficiente y escéptica con los cuentos de hadas. Mi padre simplemente sonrió y me dijo que parecía un ángel, lo que hizo llorar a mi madre con más fuerza.

No saben todo sobre cómo conocí a Lev ni la violencia que nos costó llegar hasta aquí. He editado cuidadosamente nuestra historia de amor para su consumo. Por lo que a ellos respecta, conocí a un empresario a través del trabajo, me enamoré rápida y profundamente, y ahora me caso con una familia con extensas propiedades en importación y exportación. Se acerca lo suficiente a la verdad como para que no me sienta culpable por las omisiones.

Mi teléfono vibra en el tocador y lo cojo automáticamente, ignorando la mirada de desaprobación de Inessa mientras me observa cogerlo.

—Vivika, no puedes hablar en serio —dice, con una mano apoyada en su vientre—. Te casas en quince minutos.

—Es Rurik. Podría ser importante.

—Todo es importante para Rurik. Por eso te llama doce veces al día. —Se ríe, pero habla en serio. Lo recluté para nuestra red porque tiene dedos en todas partes, y ¿qué mejor manera de salvar a más mujeres que usar un activo con tanto alcance?

Contesto, apartándome del espejo para hablar en voz baja por el teléfono. —Dime que tienes buenas noticias.

—Las mejores. —La voz de Rurik es áspera de satisfacción, y parece que nuestra operación ha salido exactamente según lo planeado—. Encontramos la fuente en Kazán. El hombre que dirigía el reclutamiento para la red de Yaros—ha estado canalizando mujeres de las provincias orientales durante años. Chicas locales, en su mayoría… Estudiantes y fugitivas desesperadas.

Aprieto el teléfono con más fuerza. —¿Y?

—Y lo eliminamos. Su operación está cerrada permanentemente.

Cierro los ojos y dejo que el alivio me invada. Otra pieza de la red de Yaros desmantelada, otro conducto de miseria humana cerrado para siempre. Rurik y yo hemos estado trabajando en esto durante meses, identificando y eliminando sistemáticamente las fuentes que alimentaban la operación de trata de Yaros. Este es el tercer nodo importante que hemos desmantelado desde que se anunció la boda.

—¿Y sus contactos? ¿Las personas por encima de él en la cadena?

—Ya estamos trabajando en ello. He enviado a dos de nuestros mejores hombres para ocupar su lugar—se abrirán camino sigilosamente por la jerarquía de la Veche, identificarán a quien coordinaba con él y rastrearán la red hasta sus raíces. Danos unos

meses más y tendremos suficiente información para derribar toda la estructura.

—Bien. —Miro el espejo y sonrío al ver cómo las buenas noticias hacen que mi piel brille. Lev dice que la felicidad me sienta bien, y viendo esto, estoy inclinada a creerlo—. Mantenme informada. Quiero saber en el momento en que tengas algo que se pueda actuar.

—Te casas hoy, Vivika. ¿Quizá tomarte unas horas libres?

—El trabajo no se detiene porque lleve un vestido blanco.

Rurik se ríe, esa risa áspera que he llegado a asociar con su particular marca de humor negro. —Lev eligió bien. Te llamaré mañana con un informe completo. Intenta disfrutar de tu boda.

Cuelga antes de que pueda responder, y dejo el teléfono de nuevo en el tocador con una sonrisa tirando de mis labios. Otra fuente eliminada, otra pieza del imperio de Yaros desmoronándose hasta convertirse en polvo. Para cuando terminemos, no quedará nada de la red que traficaba con esas mujeres—y nadie que quede vivo sabrá cómo reconstruirla.

—Vivika Rozhkova. —La voz de Inessa es aguda de exasperación mientras aparece a mi lado, su vientre de embarazada chocando contra mi cadera—. Te casas en diez minutos. Cualquier empresa criminal que estés desmantelando puede esperar hasta después de que hayas dicho tus votos.

—No era una empresa criminal. Era justicia.

—Era una llamada que te va a hacer llegar tarde a tu propia boda. —Me toma por los hombros y me gira físicamente hacia el espejo, obligándome a mirar mi reflejo—. Mírate. Eres hermosa. Estás a punto de casarte con un hombre que te quiere más que a su propia vida. ¿Puedes, por favor, durante una hora, dejar de ser una Donna de la mafia y ser solo una novia?

Atrapo su sonrisa irónica en el espejo mientras respondo.

—Puedo ser las dos cosas —le digo a Inessa, y ella pone los ojos en blanco pero no discute.

Noemi aparece en el umbral, radiante de emoción. —Es la hora. El cuarteto ha empezado la procesional.

Mi corazón golpea contra mis costillas, un repentino aleteo de nervios al pensar en el hombre que me espera al final de ese pasillo. Secuestrador convertido en amante, y ahora será mi esposo. Qué historia tan extraña tenemos, pero Lev es todo lo que podría haber deseado en un cónyuge.

La antecámara está en silencio cuando cruzo la puerta y veo a mis padres levantarse de sus asientos con idénticas expresiones de orgullo. Mi madre lleva el vestido azul que elegimos juntas el mes pasado, y mi padre luce distinguido con un traje que sospecho que Lev pagó, aunque ninguno lo admitiría jamás.

—Estás preciosa, cariño —dice mi madre, y percibo un temblor en su tono.

—No empieces a llorar otra vez —la advierto—. Acabarás haciéndomelo a mí y luego Inessa tendrá que retocarme el maquillaje.

—Estoy bien. —Se seca los ojos con un pañuelo que aparece de la nada—. Es que estoy... emocionada.

Mi padre me toma del brazo y me da palmaditas en la mano con la suave tranquilidad que me ofrece desde que era una niña asustada por las tormentas. —¿Preparada? —Envuelve mis dedos alrededor de su bíceps mientras me sonríe, y hasta sus ojos brillan.

—Creo que sí.

Las puertas de la catedral se abren y la música crece, esa procesional familiar que ha acompañado a innumerables novias por este pasillo durante siglos. Veo a los invitados levantarse de sus

asientos, volverse para mirarnos mientras atravesamos la entrada: miembros de la familia Gravitch a la izquierda, mis parientes y amigos dispersos a la derecha, todos aquí para presenciar mi boda.

Avanzamos lentamente por el pasillo con mi madre guiando la cola de mi vestido mientras mi padre me acompaña. Las miradas se clavan en mí mientras veo rostros que no reconozco y otros que sí, entremezclados. Y al final de todo, esperando pacientemente en el altar con las manos entrelazadas y los ojos fijos en los míos, está Lev.

Está completamente curado ahora, la herida que casi lo mata no es más que una cicatriz oculta bajo su esmoquin perfectamente cortado. Su pelo oscuro está peinado hacia atrás y su mandíbula bien afeitada, y me mira con una expresión que me corta la respiración. Ambos hemos esperado este momento durante mucho tiempo, y parece surrealista saber que ya está aquí.

Mi padre coloca mi mano en la de Lev, y el calor de su palma contra la mía se siente como volver a casa tras un viaje largo y difícil. Mi madre retrocede para ocupar su asiento, secándose los ojos de nuevo, y entonces solo quedamos nosotros dos junto al sacerdote con los dedos entrelazados.

La ceremonia transcurre en un borrón de oraciones, lecturas y rituales. Cuando llega el momento de los votos, Lev se vuelve completamente hacia mí, tomando mis dos manos.

—Vivika —logra decir entrecortadamente, y juro ver lágrimas en sus ojos—. Prometo estar a tu lado —continúa— en la oscuridad y en la luz. Cuando el trabajo sea duro y los enemigos sean muchos. Prometo amarte exactamente como eres: la mujer que siempre has sido. —Río entre lágrimas, apretándole las manos—. Prometo —prosigue— pasar el resto de mi vida mereciendo el amor que me has dado. Porque sé que no lo merezco. Pero soy demasiado egoísta para devolverlo.

El sacerdote me mira, y me doy cuenta de que es mi turno; así que con voz temblorosa, hago lo posible por mantenerme entera mientras pronuncio mis propios votos.

—Lev, viste algo en mí que yo no podía ver. Me empujaste a ser más fuerte, más valiente, más feroz de lo que jamás creí posible. Confiaste en mí con tu familia y tu corazón. —Aprieto sus manos—. Prometo honrar esa confianza. Estar a tu lado en la lucha. Amarte en la oscuridad y en la luz, a través de sangre y fuego y todo lo que esta vida nos depare.

Alargo la mano y le acaricio la cara, mi pulgar recorriendo el arco de su pómulo.

—Prometo ser tu compañera. Tu igual. Tu esposa. Mientras ambos tengamos aliento.

Sé que el sacerdote dice cosas después de eso. Así son las bodas, ¿verdad? Pero estoy tan perdida en la expresión de Lev mientras me mira que pierdo la noción del tiempo hasta que se inclina para besarme cuando el sacerdote lo ordena. Sus labios son tiernos y suaves, pero llenos de hambre, y cuando se aparta, gimo. Quiero experimentar la magia de este momento por más tiempo.

—Hola, esposa —murmura, y yo le sonrío mientras me alzo para darle otro beso fugaz en los labios.

Luego nos volvemos juntos hacia la congregación, su mano firmemente entrelazada con la mía, y veo nuestro futuro extendiéndose ante nosotros. No será fácil. No será seguro. Habrá enemigos que combatir, redes que desmantelar y toda una vida de trabajo por delante.

Pero lo afrontaremos juntos.

Como marido y mujer.

El cuarteto de cuerda empieza a tocar la marcha nupcial y caminamos juntos de vuelta por el pasillo, pasando ante sonrisas,

manos que arrojan puñados de arroz y los antiguos muros de piedra que han presenciado siglos de comienzos como este. Mis padres lloran. Inessa llora. Incluso Yuri tiene los ojos sospechosamente húmedos al pasar.

Y yo río, agarrando fuerte la mano del hombre que amo, caminando hacia el futuro con la cabeza alta y el corazón lleno de esperanza.

Esta es mi vida ahora. Esta es nuestra vida.

Y acaba de empezar.

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Clan Gravitch Serie

Su Novia Forzada || Su Maestra Cautiva || Su Mentira Perfecta

Noche de Paz, Noches de Pecado Serie

Sangre y Nieve || Su Ajuste de Cuentas Navideño || Sangre & Muérdago

El Sindicato de Roma Serie

Pintado en Pecado || La Deuda Matrimonial || Bella Evidencia || La Rosa del Capo || La cautiva del asesino

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje || Secretos Protegidos || Amor Indomable

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta || La Novia del Pakhan

---